FRONTERAS DE SANGRE



GONZALO GRANDE MORENO

Rojo

Fronteras de sangre

Gonzalo Grande Moreno

K
FRONTERAS DE SANGRE



Círculo rojo – Novela www.editorialcirculorojo.com

Primera edición: junio 2013

www.editorialcirculorojo.com info@editorialcirculorojo.com Colección *Novela*

Edición: Editorial Círculo Rojo.
Maquetación: Juan Muñoz Céspedes
Fotografía de cubierta: © Fotolia.es
Cubiertas y diseño de portada: © Luis Muñoz García.
Impresión: Círculo Rojo.
ISBN: 978-84-9050-129-0
DEPÓSITO LEGAL: AL 509-2013

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

A mí querida esposa y mi hijo Daniel, la luz que guía mis pasos

1806-1807

E

ran aquellos tiempos imposibles de la España rural, corría el verano del año 1806 y sobrevivir se convertía en una necesidad de fundirse con el entorno, reinventarse dentro de la mediocridad del paisaje, hermoso sin dudas pero solitario sin lugar a dudas. Al recorrer las calles de aquella pequeña población sin historia, sólo la tranquilidad de sus intransitables calles llenas de piedras y cuestas sin fin infundía la seguridad necesaria para recorrerlas.

Ana Martín Blanco tenía ya 27 años y los últimos siete años había aprendido a convivir con aquellas personas de apariencia afable, cercanas en la necesidad, dispuestas a ayudar en todo momento, pero

luego tan cerradas en su propio mundo, tan protegidas dentro de sus propios muros, dentro de sus hogares. Año 1806, trescientas cincuenta y siete almas encerradas como taciturnas en la población de Castillejo de Dos Casas, población fronteriza de la raya del Gardon próxima a Portugal.

No obstante, esta situación no era nueva para ella, sus primeros veinte años los había pasado en una población muy cercana no mucho mas diferente a esta. Ciertamente Aldea del Obispo no era muy diferente a su actual lugar de residencia salvo por el trasiego de los soldados del majestuoso Fuerte de la Concepción y el obligado paso de muchos comerciantes e incluso declarados contrabandistas a las cercanas poblaciones fronterizas de Portugal. En cierto modo y de alguna manera, la repentina muerte de sus padres Pedro Martín y Francisca Blanco, había sido el detonante de un inevitable traslado con su hermana al pueblo vecino. Esto había sido una liberación a la rutina de los primeros años de su infancia, sus primeros escarceos inocentes con la adolescencia.

No había futuro para ella en aquel lugar testigo de sus primeros veinte años. Huérfana y obligada por las circunstancias, sin dote conocida, ni herencia considerable sólo su hermana mayor recién casada con un natural de Castillejo de Dos Casas pudo ofrecerle una tabla de salvación a la soledad y los posibles peligros que la esperaban en su hogar paterno de Aldea del Obispo. Además alejarse del fuerte con sus siempre rudos e incontrolados soldados suponía también una garantía a su seguridad e integridad física. Los soldados obedecían a una disciplina férrea impuesta por el gobernador pero no dejaban de ser renegados y castigados de la peor calaña, del escalafón bajo del ejército español.

Soltera y sola en un pueblo que como muchos otros de la zona anclados en un siglo pasado, el lugar de sus ancestros no parecía ofrecer el entorno adecuado para sobrevivir en un paraje tan pobre y a su vez machista, donde las mujeres no disponían de mas voz y voto que el que sus cuerpos podían ejercer, moldeando los deseos y anhelos de los instintos más primitivos de los hombres. Si en algo la naturaleza había provisto a la joven, esto era una belleza natural sin comparación en aquellos parajes, un atractivo del que la joven era consciente y en multitud de ocasiones, la había servido para sus inocentes fines.

Su llegada a aquella pequeña población adoptiva, no la defraudo en absoluto, tan necesitada como estaba de cierta tranquilidad. La novedad por lo nuevo distrajo su mente y el dolor que sentía su alma por los seres queridos, perdidos a edad tan temprana pero siempre y aún recordados con la devoción que se espera de una hija.

Lastimeros lamentos interiores como reflejos perpetuos de su ser fueron quedando en lo profundo de su alma, sin aflorar al exterior,

como una gran defensa, una barrera invisible ante su pequeño mundo, un signo desesperado de fortaleza ocultando su debilidad, su gran fragilidad de mujer. No obstante, el recibimiento no fue muy caluroso, incluso este fue distante, siempre se sintió como una extraña en aquel lugar. Poco a poco se fue adaptando y asumió con paciencia sus quehaceres diarios. Su jornada comenzaba, con el canto del altivo gallo pinto, a las siete de la mañana, llevando un pequeño rebaño de siete cabras que pastaba a sus anchas por los caminos libres del pueblo hasta que este llegaba a un pequeño prado en el que el pasto todavía abundaba en esa época del año.

Los campos habían cambiado aquel verano el verde de las lluvias por un color seco, con tintes a quemado, casi amarillo lunar en los campos de cultivo de trigo, todavía sus espigas a media altura, a pocos meses de la esperada cosecha. La joven luego volvía sobre sus pasos a preparar el desayuno de la familia de su hermana, una familia cada vez más numerosa y necesitada de atención. Aunque próximos a la pobreza, se consideraban privilegiados en una época en que comer dos veces al día resultaba un milagro digno del mejor sermón dominical. La joven siempre ayudaba en las tareas del campo hasta la hora de la comida. Su hermana, consciente de las limitaciones de su hermana pequeña, su carácter soñador, ausente, la liberaba de cuando en cuando de las tareas de limpieza de la casa y del lavado de la ropa en la cercana rivera. Un pequeño río sin categoría de tal y próximo a denominarse arroyo. En definitiva como era nombrada y conocida por los lugareños de forma coloquial como “la rivera”. Pero lo cierto es que Ana siempre disfrutaba acercándose a aquel lugar, revoloteando en la zona del pequeño molino de agua donde una veintena de mujeres todos los días lavaban la ropa y cantaban canciones populares muy antiguas, con letras tan antiguas que los padres de sus padres ya las entonaban, perdiéndose en tiempos remotos, en generaciones pasadas, el origen de sus letras, el significado de las mismas.

Todavía estaba muy reciente en las mentes de aquellas mujeres el incidente de la pobre señora Aurora. La vieja curandera del pueblo se sintió mal repentinamente, con dolores en el vientre. Al observar su cintura se encontró con una serpiente, que en las poblaciones de esta zona fronteriza vulgarmente son conocidas como bastardos, estaba peligrosamente enroscada en su cuerpo, oprimiendo su abdomen. De todos era conocido, leyenda o no, que al secar la ropa sobre la hierba cercana a los juncos del cauce, en ciertos ciclos y estados de las mujeres, el olor unido a restos de sangre aun perceptibles a pesar del uso de un jabón casero hace que estas criaturas se sientan poderosamente atraídas. Aunque no muy peligrosas, su fuerza podía causar grandes marcas y dolores intensos. Ana siempre había pensado que el peligro de los bastardos residía en su capacidad para enterrar

su cabeza en la tierra y utilizar el resto del cuerpo como un peligroso látigo. Aquel verano tan caluroso y en especial en la conocida cuesta de la vega, camino del teso de San Pedro, los bastardos habían sido numerosos, más que nunca. Los jóvenes del lugar habían tenido que matar a muchos de estos reptiles que se acercaban peligrosamente a las puertas de las viviendas del pueblo, donde vivían algunos bebes aun lactantes.

Pero esto era ya parte del pasado cercano, cotidiano y anecdótico de la joven, desde que fue pretendida por aquel entonces con éxito hemos de decir por el joven Manuel Grande López, un joven residente en la cercana población de La Alameda del Gardon, hijo de los ya difuntos Domingo Grande y Catalina López. Con este gallardo joven había contraído sagrado matrimonio el 10 de Agosto de 1806, estableciéndose la pareja definitivamente en el municipio de Castillejo de Dos Casas. El tiempo corría inexorable, un año había pasado desde aquel feliz acontecimiento, era ya el verano de 1807.

El invierno se acercaba más rápidamente de lo esperado. Pronto la deseada época estival llegaría a su final, adiós a su brillo efímero, sus fiestas populares en toda la comarca y la consiguiente distracción anhelada por cualquier joven del lugar. A sus ahora veintiocho años todavía se sentía joven. La diversión prometida en aquel verano, las charlas de medianoche en los corrillos taciturnos de Castillejo, la cada vez más estrecha complicidad con su marido, suponían en su conjunto un ligero cambio de aires. Una rutina llevadera, más amena. Con el calor y las horas de luz casi eternas todo tenía otro sentido. El ir y venir de los jóvenes de otras poblaciones animaba las calles, impregnando otro color a su siempre triste aspecto, su solitario ir y venir cambiaba por momentos, resultando aquel un verano inolvidable, diríamos memorable a ambos lados y a lo largo de la rivera.

Sin embargo, en ese verano algo opaco y gris flotaba en el aire, los rumores lejanos de una guerra en ciernes, martilleaban todos los corrillos de la zona. Una más que inminente invasión francesa estaba en la boca de todos. El marqués del Gardon, frecuente en la capital madrileña y en las tertulias de Salamanca capital traía noticias a este lado de la provincia nada tranquilizadoras.

El ir y venir de nobles a Inglaterra en busca de la protección perdida en la España del Borbón Carlos IV tampoco calmaba los ánimos. Los corros de los hombres respiraban a muerte inminente en el suelo patrio. Incluso el cercano fuerte de La Concepción perdía efectivos militares cada día por el refuerzo necesario y demandado por la capital. Las madres en la privacidad de sus hogares comenzaban a llorar sin consuelo por el futuro de sus hijos. La idea de la hambruna de la devastación, la impotencia ante la injusticia del invasor se

comenzaba a respirar aún a sabiendas equivocadamente que aquella zona remota y perdida de Dios no sería sin lugar a dudas escenario de la épica que los últimos años, protagonizaba un joven de Córcega, primero general, luego emperador.

Que equivocación, nada tan lejano a la realidad y el tiempo cual testigo mudo de los acontecimientos, el tiempo que todo lo ve, todo lo dispone, juez impasible de la vida de los hombres se encargaría de llevar la contraria a la historia.

Llego un Octubre frío, como nunca recordado, con unas nieves tan tempranas como inesperadas, mensajeras de tiempos duros. Los días fueron pasando paulatinamente, cargados de una atmósfera llena de una extraña efímera tranquilidad. Llego la tercera semana del mes, el silencio se apodero de Castillejo, las calles se quedaron desiertas pero la plaza se lleno de preocupación. Cuatro lugareños se reunieron en la plaza, envueltos en sus capas, sombreros calados, bufandas prietas. Otras personas se fueron acercando al improvisado corro. Pronto la reunión vecinal fue tan numerosa que las voces se escucharon mezcladas con el repique de la campana de la iglesia anunciando la hora del ángelus. El eco de las voces en la pequeña plaza apago su repicar, apenas ahora perceptible. Voces, sonidos hasta entonces reservados, pronunciaron las palabras prohibidas. Estas palabras sonaron con fuerza desde las gargantas de algunos lugareños. Las nubes apagaron la luz del día, el tiempo pareció pararse por un instante y las voces volvieron de nuevo para cobrar su protagonismo.

- Los franceses han entrado en el suelo patrio, esto es la guerra, una provocación, no hay lugar a dudas, pronto se iniciara una leva con nuestros amados hijos.- esgrimían los alarmistas.

- No eso no es así, existe un tratado de paz, la intención no es atacarnos, en Salamanca, no se habla de otra cosa – señalo Juan Estévez.

- ¿Qué quieres decir? No entiendo - replico Pepe García, el herrero del pueblo.

- Esto es sólo un paso, los franceses quieren llegar a Portugal, los lusos son aliados de los británicos y España es un paso obligado, no hay otra intención, es lo inevitable, nada debemos temer – El que hablaba era un afrancesado sin dudas.

De repente una voz aún desconocida para muchos de ellos, no en vano no era natural del pueblo y por tanto todavía no familiar a sus habitantes, elevo su voz entre la muchedumbre cada vez más numerosa, cada vez más curiosa y expectante. Todos se volvieron hacia él, un joven ataviado con un traje de pana negro les miraba a todos con gestos de cierto desprecio e indiferencia. Aun estaba reciente en el ánimo de todos, el incidente de la cortina de la iglesia, Manuel Grande López todavía no les había perdonado su vacío ante

aquellos hechos, su silencio cobarde ante la evidencia.

- No es bueno, lo sabéis bien, un país militarizado sólo puede llevar a la violencia, las armas no son buenas, aquí hay una fortificación muy próxima, pensáis que van a ayudarnos si los franceses cometen los excesos habituales.

- Eres un pesimista, no creo que llegues a ver ningún francés por aquí - contesto Julián Montes, el pastor natural de Barquilla.

- Y qué me dices de un portugués - El joven Manuel clavo sus ojos en Julián- ¿Qué me dices de un portugués?- repitió su pregunta el joven.

Todos los presentes comenzaron a marcharse rápidamente se intuía una pelea en ciernes, reciente estaba en la mente de todos lo acontecido el 17 de Octubre de 1807. Manuel Grande se había despertado como cada mañana a las seis de la mañana, no había hecho ruido, sin despertar a su esposa Ana, aún dormida, recorrió la calle del Calvario y subió la cuesta desde la fuente hasta la iglesia. Un pequeño ternero había perdido a su benefactora durante el parto. En la cortina de la iglesia, en un pequeño pajar, se había propuesto mantener al animal apartado del resto de la manada, al calor de la paja acumulada durante el verano. Fuerte era el deseo y los esfuerzos de Manuel por sacar adelante la vida del ternero en un invierno tan duro, como nunca se recordaba por aquellos parajes. Pero no solo el ternero había encontrado refugio en el vetusto pajar, un desconocido y un inesperado visitante también. Cuando Manuel abrió la puerta, el brillo de un cuchillo le había deslumbrado, un grito desgarrador le lleno de pavor e inquietud. Sin venir a cuento, sin una razón de peso para ello, Julián Montes estaba en su pajar, sus manos totalmente ensangrentadas, con un cuchillo en la mano izquierda. A sus pies, yacía un cadáver. Julián sorprendido había guardado un objeto brillante y dorado en su bolsillo y gritado…

- No es lo que parece. Se ha matado, este hombre se ha matado, Dios mío le he oído y no he podido hacer nada. Estaba herido, con este cuchillo en su costado derecho. Manuel por favor llama a Don Antonio, nuestro sacerdote tiene que venir.

Pero Manuel permaneció inmóvil algo extraño estaba sucediendo, lo evidente no era lo que sus oídos escuchaban. Su mente se negaba a admitirlo, conocía el cuchillo del pastor, su sexto sentido le obligo a pronunciar las palabras que retumbaron en el silencio de aquel amanecer, por encima de las frágiles gotas de agua en las tejas, por encima del murmullo de sus vigas goteantes. Sus palabras golpearon en los cimientos más firmes de la base moral de Castillejo de Dos Casas, población católica entre las más católicas.

- Asesino, eres un asesino. Le has matado, ¿Qué le has robado a este pobre desgraciado? – grito el de Alameda.

Ladio el quesero también pastor como Julián apareció en la puerta del pajar y se sorprendió de ver a Manuel en su propio pajar, lo cual era del todo extraño, el sorprendido seguía siendo el mismísimo Manuel que no daba crédito a sus ojos y al espectáculo mortal que acababa de presenciar.

No medio palabra, había escuchado los gritos desde su casa, sabía por razones de peso que su amigo de taberna Julián Montes estaba allí y no dudo en acercarse. Salió disparado calle abajo. Dos horas después, los soldados reales de Aldea del Obispo estaban en el lugar de los hechos. Julián estaba lleno de ira, aquel deslenguado, hijo de mala madre le estaba acusando, pero quien iba a creer a un desarraigado de Alameda. Palabra contra palabra, un natural de Barquilla, aún viviendo en Castillejo siempre contaría con el apoyo de todos, el pastor estaba convencido de ello, aunque el joven no hiciera otra cosa que gritar a los cuatro vientos la amarga verdad de lo que allí había acontecido.

Y así fue, el sargento real, con noches pecaminosas que ocultar y contrabando ilícito que agradecer a Julián, no quiso levantar acta. Un desertor portugués no merecía su tiempo, mucho menos crear una enemistad con quien tan lucrativos negocios en la frontera sustentaba sus vicios ocultos y noches de borrachera. Borracho era su padre y borracho seguía siendo el hijo.

Pero tampoco quiso excederse con Manuel Grande, todos en la frontera conocían a su familia en Alameda, su bisabuelo Domingo Grande Comeron natural de Alameda del Gardon (nacido el 2 de Abril de 1734) era un conocido militar, de cierto rango, coronel de artillería se comentaba en los corros del lugar aunque este hecho nunca probado dado el carácter reservado de Domingo. El abuelo del joven, Matías Grande había sido alcalde de Alameda y benefactor en cierta medida del propio padre del sargento real, sin contar que los hermanos de Manuel; Juan Grande López y Francisco Grande López eran conocidos de la niñez del sargento Pedro Concepción, no en vano Francisco el mayor de los Grande estaba casado con su propia hermana María Concepción Hernández. Estaba fresca en su mente, imágenes de una boda alegre y suntuosa como nunca vista en Alameda, el 27 de Septiembre del año de nuestro señor de 1797, donde se habían reunido dos familias unidas por un triste destino, unidas por la desgracia paterna de la joven novia. Se comentaba en aquel entonces que el padre todo borracho había vejado y forzado a la joven novia, practicando un incesto vergonzoso, pero el rumor igual que se había escuchado en las tabernas, se había desvanecido con el tiempo. En la España católica había mucho que callar y ocultar a los ojos de los virtuosos feligreses.

Se sintió en ese momento en la obligación moral de dejar en paz al

hermano pequeño de su cuñado. Manuel Grande López no era su amigo, ni mucho menos pero… su familia estaba en deuda. En un lugar lleno de tradiciones, el sargento Pedro Concepción recordó cuando aún siendo un niño, Matías Grande de profesión carpintero, en un momento de necesidad había costeado el funeral de su padre e incluso tallado con sus propias manos la cruz del ataúd y la propia caja donde descansaban los malditos restos de su padre, un borracho pendenciero, un personaje lleno de ira que descargaba con su madre y su propia espalda el cúmulo de sus desgracias, sus vicios de taberna, sus noches alegres junto a mujerzuelas de probada mala reputación. Ni una moneda había en casa, ni un triste hueso que llevarse a la boca y Matías Grande, en un acto de caridad, desinteresado en principio aunque no en su contenido, había sido el ángel guardián y protector del sustento de su familia durante muchos años. Si la alcoba de la viuda pudiese hablar contaría noches pecaminosas que callar, visitas del benefactor que ignorar. Triste pago de la caridad.

1808

U

n manto blanco cubrió los caminos del Gardon. La gran dehesa del marquesado parecía ahora un mundo diferente, distante, lejano de todo y poco transitado en verdad. No muchos viajeros lo cruzaban en aquel invierno de 1808, salvo por obligación. Manuel había comenzado a recorrer la rivera, por la linde del Gardon, camino de su población natal de Alameda del Gardon. Las escasas dos horas de esta ruta le resultaban muy duras en pleno invierno. Los senderos estaban prácticamente intransitables, llenos de barro, nieve muy espesa y agua, mucha agua del último deshielo cubrían cada paso de la ruta. Por lo menos la lluvia había cesado su incesante azote el día anterior.

Los cielos se tornaban claros por momentos, aun esto siendo pronóstico de más nieve, estos cielos y sus señales de mejoría ocultas, salvo para un observador avezado parecían dar un cierto respiro en esa fría mañana.

En la zona de la pesquera el hielo cubría todo el paso, el cauce se mostraba cortante y desafiante. Su caballo se había girado sobres sus cuartos traseros, el bello animal se había negado a cruzarlo con el jinete montado, presagio de sus peores temores. Se vio obligado a desmontar y con la brida en la mano se dispuso a cruzar los pontones a píe con el caballo situado a su costado derecho.

Los pontones estaban transitables pero no dejaban de ser peligrosos, algunos muy distantes entre sí, más propios para una zancada mayor, quizás más amplia que la del joven y su escaso metro setenta cuatro. El verdín se encontraba acumulado en las piedras, en los pontones de cantería, esto junto con la nieve impregnada sobre la roca granítica hacían el paso aún más peligroso. Muchos habían

resbalado en aquel paso, incluso en verano ese riesgo persistía impasible al paso de las estaciones.

No entraba en sus planes, romperse una pierna o un brazo, no era el momento. El joven contuvo la respiración mientras cruzaba, poco a poco la otra orilla fue acercándose, llego un momento que se volvió tan peligroso retroceder como avanzar. Su caballo, con sus robustas patas sumergidas en el agua congelada, podía en cualquier momento ser un problema, si tirara de su cuerpo hacia el agua, no quería ni pensarlo, un baño helado no entraba en sus planes, pero no lo podía soltar. Nadie podía garantizar que la montura cruzara hacia la orilla correcta.

Pero sus temores se fueron difuminando a medida que avanzaba aquellos escasos veinte metros, cuando el caballo, negro azabache, uno de los mejores que había domado decidió en un gesto de complicidad con su dueño contribuir al buen paso de aquella rivera crecida por las nieves. Un, dos, tres y pronto sus pies se encontraron al otro lado, entonces sus temores se desvanecieron. El joven elevo su vista al cielo, grito de satisfacción en la soledad del paso. Una bandada de pájaros asustados oscureció el cielo, con su vuelo ascendente. Los chopos comenzaron a agitarse con fuerza, un viento frió cortante le recordó lo sólo que estaba en aquel viaje, un corto transito pero desagradable.

Recordó el fuego de su chimenea y cualquier lugar le pareció mejor que aquel. Pronto llego al Cerezo una de sus tierras más alejadas, la que junto a otros dos pequeños prados de cultivo de la zona de la pesquera, en la rivera recién cruzada aprovisionaban a su familia e incluso a sus cerdos de buenas patatas y calabazas, patatas de las mejores, calabazas de las más grandes de la comarca. Recordó que esta era una zona de sus tierras que intentaba evitar hasta la llegada del buen tiempo. Pero allí estaba en pleno invierno, inevitable pensó.

Pronto una valla le indico que entraba en las tierras del Gardon, un cartel escrito con carbón, letras negras apenas legibles, indicaba sobre el papel su condición de propiedad privada, esto no era preocupante nunca el marquesado había prohibido el transito a los lugareños. Este era un atajo muy conocido que ahorraba tres horas de caminos alternativos, evitando la otra ruta que atravesaba los campos de Barquilla y Gallegos de Argañan, incluso esta era más corta que el propio camino de Fuentes de Oñoro. En efecto, desde el Gardon, en apenas treinta minutos, tras dos profundas pozas se podía comenzar a ver en la pequeña colina, la villa de Alameda del Gardon, donde cuatrocientas almas sobrevivían a las penurias del duro trabajo en el campo castellano. Cierto que dos pasos de agua peligrosos y la soledad de este camino no era de lo más recomendable, pero nunca un peligro

mas allá de alguna res brava suelta, algún lobo o jabalí habían perturbado a los viajeros de esta ruta. Y lo cierto era que el tiempo se acortaba por aquel camino de tierra, de monte y encinas centenarias.

En esta ocasión el joven montado en su caballo, entro en la población por la calle de la ermita y tras tornar a la derecha, por la calle del caño, se persono en su hogar paterno, donde habían vivido sus difuntos padres y ahora lo hacia su hermano Francisco.

Negocios importantes y reclamaciones justas le habían obligado a adelantar esta visita en pleno invierno, sin esperar al próximo e inminente total deshielo. Asuntos importantes que no podían esperar hasta el verano guiaban sus firmes pasos, definitivamente no había espera posible, no en su caso, pues entonces sería demasiado tarde, su propio futuro, el de su familia estarían seriamente comprometidos de por vida. Era este el momento oportuno de reivindicar viejas cuentas, para los tiempos nuevos.

El portón se abrió chirriante, el sonido era terrible, los goznes de las puertas necesitaban algo de grasa pero Manuel recordó que su hermano no era muy cuidadoso para estos ínfimos detalles.

La nieve estaba apilada a ambos lados del corral y dos chiquillos jugaban con ella a modo de guerra de bolas de nieve. Un fuerte olor a bestia empapaba e impregnaba el ambiente desde el establo cercano, donde un par de enormes cerdos se refugiaban en el cabañal escoltados por un altivo gallo de motas negras, este parecía desafiar el mal tiempo y al frió mientras unas gallinas pintas se acurrucaban en la viga de roble del viejo cabañal.

Intuyo los dos chiquillos sucios, harapientos y desaliñados eran sus sobrinos. Era Lunes, día de escuela pero desde hace dos primaveras con sus correspondientes inviernos aquellos niños no pisaban el aula común del pueblo. Embrutecidos por la necesidad, estaban claramente destinados a ser labradores, solitarios pastores o ganaderos con la suerte de la creciente fortuna de su padre. Sobreviviendo a las últimas fiebres y rudos inviernos, parecían seres privilegiados por tan prometedor miserable destino. Manuel estaba allí para evitar algo parecido, en ese día, un futuro, un hilo a la esperanza tenía que surgir para su descendencia aunque para ello tuviera que desafiar al primogénito de sus padres.

El corral comenzó a despedir un olor nauseabundo, estiércol mezclado con orín comenzó a manar por un canalón de piedra hasta depositarse en un pequeño charco rodeado de grandes losetas de piedra. Estas losetas supuestamente originarias de la casa, eran utilizadas como improvisado sendero a la entrada de la vivienda principal. El camino, no estaba en mejores condiciones que el charco que recibía la maloliente mezcla. Un hombre de unos cuarenta y cinco años apareció en la puerta de madera de roble viejo de la vivienda

principal. Manuel se dirigió hacia el hombre y se fundieron en un fuerte abrazo.
- Hermano. Me alegra verte de nuevo – le dijo el recién llegado.

- Eres bienvenido a esta casa, entremos en la cocina, el fuego está ardiendo con fuerza desde la mañana y he puesto hace unos momentos un par de buenos troncos de encina. Tengo un ponche caliente recién hecho, reposando en la poyata, te vendrá muy bien para combatir este frío seco.

- Gracias Francisco, veo que el tiempo te respeta y también a esta casa nada ha cambiado desde que me fui, todo sigue igual – su hermano le observo con satisfacción.

- Hombre de Dios venir con este tiempo y abandonar a tú joven esposa, razones que me inquietan tienen que haber guiado tus pasos hasta esta tú casa.

Los dos hermanos entraron en la vivienda, en la vieja cocina con chimenea, donde los troncos se consumían lentamente reflejando su color rojo intenso, próximo al naranja, la ceniza se acumulaba peligrosamente en los bordes, próximos a las poyatas. Allí se encontraba su cuñada. María estaba desplumando una gallina y Manuel le dio un abrazo amistoso pero no intercambio palabra con la mujer de su hermano. El motivo de su visita no era precisamente una visita de cortesía. No estaba seguro como lo interpretaría aquella mujer. Al fin al cabo sólo era la mujer de su hermano, nada que temer. María intento preguntar por Ana pero Manuel sólo asintió con respeto incluso con indiferencia y se limito a comenzar su conversación con su hermano que retiraba de la mesa, su viejo fusil de caza y dos liebres producto de su vespertina cacería esa misma mañana en el monte del Cornocal.

- Hermano, estoy aquí para cerrar mis asuntos en Alameda. Hasta la fecha y bien sabes que no me ha importado has dispuesto de las pocas tierras que me dejo padre, nada te he pedido por ellas y nada reclamo. Al contrario, tengo que agradecer que las paredes de piedra estén intactas, los portillos cerrados y al menos tú ganado ha sacado partido del pasto, que aunque no muy abundante durante las sequías de estos años, ha sido una ayuda, incluso espero que las bellotas fueran suficientes para tus marranos, a buena fe que esto ha sido así viendo los dos ejemplares de ahí fuera.

- Por favor hermano, ve al grano no has hecho este camino para agradecerme nada, sabes bien que me he aprovechado de algo que no utilizabas y sé que algo te debo por ello, no lo dudo – le contesto Francisco.

- No hermano, mi buen hermano, no quiero nada, han sido casi dos años ausente y mientras he vivido en esta casa y han sido muchos años bien sabes que lo mío ha sido tuyo, sólo que no puedo vivir en

Castillejo con las pocas tierras que pude comprar con las escasas monedas que padre me dejo. Sabes que la dote de Ana tampoco fue muy generosa e incluso sospecho su hermana la mermo en buena medida en su propio provecho y beneficio. No la culpo, pero lo cierto es que no quiero ser su pastor, largas jornadas con sus noches para pagar deudas y que otro caliente mi lecho en mi ausencia. No quiero eso para mi vida.

- No te entiendo Manuel. ¿Qué puedo hacer? Estoy seguro tienes ya una idea en tú mente. Padre ya lo decía, tu hermano Manuel será el más listo y creo que como hermano no tienes precio, pero como negociante u orador sigues tan pésimo como tratante de ganado.

Francisco se levanto y de nuevo ofreció una taza metálica llena de ponche a su hermano. Este se había quedado pensativo e incluso ofendido por el último comentario de su hermano, pero no rechazo la bebida caliente y la acepto. Lentamente la puso entre sus manos, soplo y soplo, un hilillo de humo emergió de la taza, elevándose hasta el techo sujetado por vigas de roble de Castilla.

En la mente de Manuel breves retazos de su última adquisición, hace un año, el negocio que no fue tal, seis tudancos jóvenes para criar y vender con gran beneficio, pero el beneficio no fue como esperado. Dos enfermaron y murieron a las dos semanas de la compra, los otros cuatro casi acaban con su reserva de grano y pienso. Por mucho no cubrieron costes cuando se vendieron en la frontera como carne para el necesitado ejército. Un exceso inesperado de la oferta y una bajada de la demanda por los movimientos de tropas cada vez más lejos del fuerte de La Concepción hicieron caer los precios a menos de la mitad de lo esperado. Para colmo, la mala suerte le azoto con fuerza y su mejor vaca de trabajo resulto herida en una lucha sin igual con unos de los tudancos. Con una sola pareja de vacas de trabajo, el yugo medio vacío, una de ellas herida, la siembra había sido un autentico milagro. Un milagro con forma de ayuda generosa y obligada. Como mal menor su cuñado le había dejado una pareja de mulos y esta ayuda le había permitido la siembra. Se pregunto en ese momento si esta desafortunada trata de ganado había llegado a los oídos de su hermano. Esto le había avergonzado ahora y entonces cuando tardo incluso semanas en explicárselo a su bella mujer, reconocer tal fracaso no entraba en los planes de alguien tan orgulloso. Un mísero real de vellón en vez de sesenta reales de plata o un doblón de oro no eran su idea de un buen negocio.

- Lo cierto es que tengo una oferta por mis tierras, hace dos semanas José Tavarez que ha vuelto de Salamanca, con cierto capital de su tía, ya sabes la viuda que estaba casada con un ebanista, visitaba a la tía Isabel en Castillejo y me ofreció un buen precio por ellas.

- Maldito Tavarez- grito Francisco golpeando con fuerza la mesa

con la taza metálica - siempre haciendo alarde del dinero de su tía, cualquier día tanta ostentación le resultara más cara de lo que él piensa. Son tierras de padre y madre, deben permanecer en la familia. No se debe jugar con eso - grito Francisco muy airado y con aparente enfado.

María abandono la estancia, el tiempo la había enseñado a no mezclarse en asuntos de hombres y mucho menos en asuntos de hermanos.

- No puede ser, necesito prosperar. Mi vida ya no está aquí, tengo que vender e invertir donde esta mi esposa, donde se criaran mis futuros hijos. Los hombres mueren, los hijos sobreviven y estos son la imagen que perdura en el tiempo de lo que somos, lo que fuimos.

- ¿Qué te ha ofrecido ese mal nacido? Tengo derecho a saberlo –grito Francisco con un nerviosismo producto de la excitación de la disputa fraternal.

- Me ha ofrecido treinta escudos de oro en doblones de a ocho.

- Nueve mil seiscientos reales, ese majadero no sabe lo que dice, eso es una fortuna, esas tierras no valen ni la mitad pero no voy a permitir que las tierras de padre y madre sean de su propiedad. Eres mi hermano, tenemos la misma sangre, quizás el futuro nos separe pero ahora quiero ayudarte. No quiero perderte como a Juan. Es por ello que te voy a igualar el precio pero mi oferta son 60 escudos de media onza y no se debe hablar más.

Francisco se levanto de la mesa, no tardo en volver con una pequeña caja de madera, un tintero y un papel amarillento por su poco uso. Hablaba en serio, no era un trato muy ventajoso para el mayor de los hermanos pero eran las tierras de sus padres, compradas con mucho esfuerzo y sudor. Siendo el mayor de los tres hermanos, nadie las había trabajado de sol a sol tanto como él. Al fin al cabo su hermano tenía razón, la venta sólo era cuestión de tiempo y prosperar en aquellas zonas sólo era posible a base de dinero, de tierras cada vez más escasas, ganado o posesiones acumuladas por herencia, bienes escasos todos ellos en poder de unos pocos terratenientes afortunados.

En los últimos años, con la vieja carpintería de su padre, está aún en las manos de la familia, sus ingresos habían sido abundantes, unido a buenas tierras en herencia, alguna nueva adquisición en las Matas y ganado como nunca visto, le permitían vivir holgadamente. Incluso se había permitido el lujo de contratar un pastor para sus casi mil ovejas. Esto se unía a un par de ayudantes portugueses para el ganado y una jovencísima criada para la satisfacción de su mujer e incluso en gran medida de la suya propia alguna que otra noche de lujuria y pecado. De hecho las visitas al lecho de la criada se habían vuelto más frecuentes que las veces que se sentía atraído por su propia esposa o por el deber de complacerla. No obstante sus movimientos fueron

cautos y totalmente discretos, no en vano el hermano de su mujer, el sargento real Pedro Concepción era su principal socio en un más que lucrativo negocio de contrabando fronterizo de tabaco de las Indias por un lado y café del Brasil portugués por el otro.

- Con este escrito y las monedas de esta bolsa, este trato está cerrado. Sólo espero que este no sea nuestro último trato, eres mi hermano, siempre te ayudare y ahora hermano quiero proponer un brindis.

- Un brindis por la familia por supuesto.

- Y en especial por nuestro hermano Juan Grande López que Dios proteja en esas tierras de salvajes, que algún día el señor le permita regresar a su tierra, que su Majestad Carlos IV le distinga para honor de la familia Grande – el tratante se quedo en silencio pero elevo de nuevo su taza - por último que los franceses se marchen de una vez tan en paz como supuestamente han venido.

- Que así sea Francisco, por el bien de todos- el joven dejo su bebida sobre la mesa.

Los dos hermanos se quedaron en silencio, pensativos, alguna lagrima afloro en sus mejillas, recordar a su hermano embarcado en la aventura de ultramar en busca de la quimera de la fortuna, les había vuelto muy nostálgicos. Lejos quedaban aquellos tiempos cuando eran una gran familia unida y crecían juntos en los campos de Alameda, en las tierras de su patria, en los límites de sus corazones.

La llegada de María con su joven criada les devolvió al instante a la realidad de la acción que estaban realizando, firmaron, de nuevo brindaron y Manuel con la última hora de luz se dispuso a partir de vuelta a su hogar. Un último abrazo a su hermano y un adiós sincero de agradecimiento pero su hermano estaba ausente miraba con fijación a la joven criada. Ojos de pasión, lujuria llamémoslo amor pecaminoso, surgieron como chispas del fuego del hogar, situación que incomodo sobremanera a su joven hermano. María en el fondo de la estancia observaba y sufría en silencio pero consciente de lo que estaba sucediendo, ojos de odio, herida en su orgullo de mujer, su marido se había delatado de la forma más simple.

INVIERNO 1808, MARZO

L

a joven observaba por la pequeña ventana, si había algo que ver, nada se mostraba a sus ojos, las calles estaban desiertas, los hogares llenos de vida bajo el calor de sus fuegos, se delataban únicamente por el humo gris de sus chimeneas. Allí residían verdaderas familias, ajenas unas de otras, supuestamente bajo las mismas preocupaciones cotidianas.

Ana estaba feliz, su vida comenzaba a tomar cierto sentido, su

vientre portaba el fruto de su amor. Lentamente dejo su costurero

sobre la mesa circular de su cocina e instintivamente se acaricio el vientre. Cuatro meses de gestación, cinco todavía de espera, pero el tiempo vuela y Agosto llegará con su calor. La idea del nacimiento de su hijo la lleno de orgullo de madre, su primer heredero, el primer miembro de su linaje nacido en Castillejo de Dos Casas. La joven mira a su marido sentado en la vieja silla de mimbre junto a la chimenea, sonrisa de complicidad entre ambos, sobran las palabras, la dicha parece plena.

Desde su regreso hace unas semanas, su marido ha comprado algunas buenas tierras, se ha mejorado el hogar a la espera del hijo que cubrirá sus expectativas de continuidad. Incluso el pequeño o la pequeña ya dispone de lo básico. El tío de su futuro hijo les ha hecho llegar unos regalos expresamente realizados en su carpintería, una preciosa cuna de color azul a juego de un gran baúl azul y una mesa. No puede haber mayor dicha.

La joven se vuelve hacia su marido, le ofrece una taza de café, el puchero esta todavía caliente, el no la rechaza y la mira con orgullo, un orgullo de marido, de futuro padre de familia. No obstante algo le preocupa, ensombrece sus más profundos pensamientos, el último corro improvisado de la plaza esa mañana no traía buenas noticias. Los tiempos turbulentos flotan de nuevo en el aire, es una cuestión de tiempo y además estaba la prueba, la maldita prueba. Lentamente sus dedos acarician un papel cuidadosamente doblado en el bolsillo de su chaleco, el papel que Germán el maestro le había prestado esa misma mañana.

- ¿Qué tienes en tú bolsillo? - Le pregunto su esposa con curiosidad.

- Es un anuncio de Madrid, publicado en una gaceta que Germán ha conseguido en Salamanca, me la ha prestado para que la lea con detenimiento. Pocos saben leer en este lugar, ya lo sabes, el buen maestro necesita alguien que le asienta con la razón en las charlas dominicales, después del oficio religioso.

- ¿De qué se trata Manuel? – Pregunto su esposa.

- Como sabes lo que comenzó con una presencia francesa de unos pocos miles es ya un grito en el aire que se extiende como un reguero de pólvora, cuentan los viajeros y cronistas extranjeros que por lo menos unos cien mil franceses circulan a sus anchas por el suelo patrio. Habladurías pero comienzo a sospechar estos rumores tienen algo de cierto.

- Eso no puede ser nada bueno Manuel- la joven recorrió la cocina hasta la chimenea, un nuevo tronco de encina comenzó a consumirse en el fuego.

- No nada bueno y según este trozo de papel fechado el 25 de Marzo, su majestad Carlos IV ha abdicado a favor de su hijo Fernando VII el pasado 19 de Marzo, problemas de salud, debilidad diría yo.

- No quisiera que nuestro primogénito naciera en tiempos de hambre y guerra, no obstante Aranjuez está muy lejos de aquí, dejemos que Madrid solucione sus problemas, los nuestros son más banales, más cercanos, la frontera siempre está olvidada. Nunca nadie se ha acordado de nosotros, en los tiempos más turbulentos aquí todavía no ha faltado que llevarse a la boca y ahora que todo nos sonríe, dejemos que la historia siga su curso ajena a nuestras vidas.

- Quisiera que tuvieras razón, en lo profundo de mi corazón quisiera que no te equivocaras pero una duda, un horrible presentimiento, un desasosiego me quita el sueño. Mi boca está seca y un nudo en mi garganta me dice que algo terrible está a punto de suceder.

- Mayo se acerca, todo volverá a la normalidad.

- Pero no olvides que el Camino Real pasa por Salamanca y Ciudad Rodrigo camino de Lisboa. No olvides que los británicos están allí.

Cuatro de Mayo, aire fresco, cuarenta cabezas de ganado pastando en la Fuenterra, el orgullo de sus posesiones, los cielos primaverales alegran la vida del campo. Sonidos de la naturaleza afloraban por todas partes, las encinas algunas centenarias, majestuosas dan cobijo a algunas de sus reses bravas, casi un centenar. El campo muestra un color verde intenso casi olvidado desde el rigor del invierno ya pasado, será un gran año de cosechas y pasto, lo intuye. Manuel Grande, en lo alto del cerro se apoya en su calabozo, está feliz, por un momento ha olvidado todos los problemas, se recupera del esfuerzo. Toda la mañana la ha dedicado a desbrozar las zarzas que rodean el estanque, charca para muchos. Ahora su sediento ganado tiene acceso libre al agua y su premio es la satisfacción de lo bien hecho. El sudor todavía le resbala por su frente y ahora se lamenta de la pequeña fuente del estanque todavía cubierta de zarzas, sin mondar de impurezas. Lo que daría por un buen trago de esa agua con sabor a hierro, pero está cansado, la pequeña fuente deberá esperar su limpieza otro día, antes del verano seguramente. Al menos le queda la bota, sus dedos desenroscan el tapón, el vino cae en su boca, no es agua pero es su propio vino, tinto de la viña, la viña que tanto trabajo y esfuerzo le costó acondicionar hace un par de años.

Su mano limpia sus labios, su vista se clava en el paisaje, hermoso paisaje del campo charro, a su derecha el Gardon apenas visible por los cientos de encinas que lo rodean. En frente su hogar, Castillejo de Dos Casas emerge en la hondonada en lo profundo, población de piedra, pobre, antigua, anclada en un pasado remoto pero honesto y limpio como un soplo de aire fresco. Algunos lugareños como él se vislumbran en las fincas cercanas, trabajando en el campo, signo de que aun estando sólo realmente alguien le observa, al igual que el observa a los demás. A su izquierda, los prados camino de Aldea del

Obispo, la Peña, con su conjunto de prados recién comprados con sus recién adquiridos fondos. Apenas diez cabezas de ganado pastando en sus nuevas posesiones pero todo suyas al fin al cabo.

Su vista sigue su recorrido, se pierde en la cercana población de Aldea del Obispo, cercana pero distante, un lugar a evitar, nunca le ha gustado. El fuerte de La Concepción en lo alto del teso aparece majestuoso. Manuel se frota la cabeza varias veces, se quita su gorro de lana, la cabeza le pica, el fuerte piensa, presencia de soldados, seguridad efímera, garantía de paz, se repite a sí mismo, nada tan lejos de la realidad.

Su mirada se vuelve a la vieja encina centenaria, testigo del devenir del tiempo, la más antigua de la comarca, testigo también del tránsito de generaciones de pastores pero no es la encina lo que llama ahora su atención.

Un hombre vestido de blanco corre por sus tierras. En su carrera un sombrero con una cinta negra vuela por los aires, torpemente lo recoge, en su ímpetu cae al suelo pero se levanta, sigue sus pasos, de repente este se para, parece sin aire, sin fuerzas. Sus tosidos fruto de un catarro mal curado resuenan en el campo, el eco del lugar los multiplica, se arrodilla pero su cabeza se eleva a la vez que sus pies, sigue su marcha, no hay dudas le ha visto y avanza en su busca a su encuentro. Algo sucede pero la campana del pueblo permanece en silencio.

Los peores temores le invaden. Ana su mujer está en cinta, se teme lo peor, su garganta se anuda y un sudor repentino, un escalofrió inevitable recorre su espalda, signo de mal presagio.

Pronto la silueta del hombre se hace familiar, es Germán el maestro, este corre hacia Manuel como si la vida le fuera en ello. Manuel corre también a su encuentro víctima de un temor ya sin final. Pronto los dos hombres se encuentran, Germán clava sus diminutos ojos, presas de pánico y rojos como ascuas en el aldeano, pero no puede articular palabra, Manuel presa del nerviosismo le grita.

- Germán ¿Qué sucede? Le ocurre algo a mi esposa, mi hijo, por favor dime algo.

- No. Tu mujer se encuentra bien, no te preocupes por eso. Es la guerra, estamos en guerra, hace dos días que ha pasado, en Madrid, la capital es un infierno, el pueblo se ha levantado, el ejército huyeEl hombre toma aire.

- ¿Qué me estás diciendo? ¿Qué ha pasado? – interroga el joven.

- Fusilamientos, miles, no hay piedad, el Rey está próximo a la abdicación, los franceses nos han invadido, no sé el orden de los eventos, la información ha llegado con el heraldo de la tarde pero estamos en guerra o en algo parecido a una guerra.

- Vayamos al fuerte Germán, si hay noticias de guerra, los soldados

deben estar informados y dormiremos esta noche tranquilos, un poco por lo menos. Sabes que el camino de Lisboa pasa por Ciudad Rodrigo ese maldito fuerte y Almeida.

El fuerte era todo revuelo, movimientos de infantes comenzaban a prepararse para cruzar la frontera, la infantería estaba presta para abandonar el fuerte, dos mil jinetes la secundaban en retaguardia, los cañones se quedaban atrás. La orden era clara, abandonar el fuerte y dirigirse a Almeida. Portugal era la opción más segura en ese momento, ante el inminente avance francés. Una pequeña guarnición mantendría la bandera y la presencia simbólica en el enclave militar.

Los curiosos de Aldea se agolpaban en el polvoriento camino, testigos de aquel desfile improvisado de soldados, la fortificación militar se vaciaba por momentos en una retirada orquestada. Los recién llegados se sumaron a un grupo en un pequeño alto, un parapeto con vistas a las columnas de soldados que marchaban en orden hacia un pequeño río y su puente, un paso obligado de la frontera. Manuel observo a un extraño personaje, que dibujaba con interés el desfile en un cuaderno de campo. Por las ropas limpias, extrañas y a juzgar por la apariencia, ropas costosas, de elaboración meticulosa bajo encargo, le hizo intuir que se trataba de un extranjero, ingles probablemente. No pudo menos que aproximarse. El hombre con hábiles trazos retrataba la marcha con todo detalle. Apenas se inmuto cuando Manuel observo su obra por encima de su hombro y en un castellano con acento gaélico muy marcado, le dijo.

- Interesante verdad. Los ratones se retiran de la ratonera antes de que lleguen los gatos del gran ejército francés. Si André Massena, príncipe de Essling viera esta perfecta retirada no dudaría en estar aquí mañana mismo. Pero lo dudo, Massena no es tan inteligente – y volviéndose hacia los dos hombres – permítanme presentarme mi nombre es Richard Wrestling, cronista de The Times de Londres.

- Unas remilgadas, un extranjero, un profesor y un estirado de Castillejo, buena reunión de féminas – se escucho una voz a sus espaldas.

Todos se volvieron y ante ellos estaba Julián Montes junto con su inseparable Ladio el quesero. Manuel recordó el incidente del pajar y pensó, estos dos siempre juntos, nada bueno se pueden traer entre manos. El ingles les observo de arriba abajo, aunque extranjero había entendido perfectamente al pastor oriundo de Barquilla.

- Féminas, estáis equivocado yo soy un caballero, un escocés, mis acompañantes no parecen féminas tampoco. Vuestra vista es lamentable.

- No pierda su tiempo con estos personajes – le secundo Manuel - son patéticos y su lenguaje lo es más, creo que se estaban presentando y han querido decir que ellos son acémilas, pero eso sería

un honor compararse con asnos, aunque bestias de carga sí que parecen.

- Hijo de mala madre – grito Julián Montes – acaso quieres abandonar este mundo con los pies por delante – se llevo la mano al fajín ceñido a su cintura, blandió una navaja, en segundos mostró su cortante hoja a la altura de los ojos de Manuel.

- Basta ya – grito Germán.

Pero la pelea parecía inevitable, Manuel clavo sus ojos en el desafiante pastor, la tensión fue alcanzando su punto más álgido y cuando todo estaba perdido y avocado a una lucha mortal una voz autoritaria se escucho a pocos pasos.

- ¡Julián Montes!. ¡Guarda esa navaja y cuídate mucho de volver a mostrarla y mucho menos en mi presencia! - exclamo el sargento real Pedro Concepción- Otra voz se escucho también en ese momento.

- Julián has escuchado la voz de la autoridad y a buen seguro que si no sueltas esa navaja o tocas un solo pelo de mi hermano, no vivirás para contarlo – en su mano derecha una pistola apuntaba directamente a la cabeza del sorprendido pastor.

- Francisco, hermano ¿Qué estás haciendo aquí?

- Negocios, donde hay movimiento, hay dinero y por lo que veo un hermano en grandes apuros.

Julián y Ladio se marcharon tan rápido como habían aparecido, sigilosos, sin hacer ruido, tiempo habría para la venganza, para saldar aquella afrenta. Pero sus socios en la sombra habían llegado a salvar al joven y no era el momento de llamar la atención, ni descubrir la relación oculta que todos tenían en aquella frontera. Además, atacar al hermano del jefe no era lo más inteligente, por ahora, esto habría sido un gran error.

VERANO 1808

L

os meses y los acontecimientos fueron lentamente sucediéndose en la España invadida, rumores de guerra, batallas, abdicaciones e intrigas palaciegas dieron su resultado, el 6 de julio de 1808 José Bonaparte era nombrado Rey de España y de las Indias por imposición de su hermano Napoleón Bonaparte.

La amenaza inglesa bajo el mando del duque de Wellington, sin

prisas y paciente acechaba en Lisboa, esperando el siguiente movimiento del emperador francés. El dominio francés en España y su trono nunca estarían garantizados con tamaña amenaza presta a abalanzarse sobre las águilas imperiales. Francia lo sabía, Napoleón estaba seguro de que la clave pasaba por la derrota del ejército británico en Portugal.

La máquina de guerra francesa se preparaba para la batalla definitiva. Lord Wellington esperaba sabiendo que los frentes se

ganarían o se perderían con decisiones acertadas, mucha paciencia y grandes actos de valentía por ambos bandos.

Richard Wrestling, pronto se aburrió de Lisboa, los gustos de aquel país no concordaban con el refinamiento de Londres. Aun sabiendo que los acontecimientos serían lentos, la noticia estaba en aquella frontera. Se apresuro a volver a ella y esperar pacientemente. Por producto de una extraña simpatía había mantenido una estrecha correspondencia con Manuel Grande y en su última carta solicitaba alojarse en la casa del lugareño, pagando un justo precio por la habitación y la comida. Manuel Grande se había ofendido, no acepto el dinero por la habitación aunque le reconoció que cualquier colaboración con la manutención sería apreciada. A principios de Agosto, un escocés llego a Castillejo de Dos Casas, ante el asombro de todos y se instalo en el hogar de su nuevo amigo.

- Señor, ¿Qué son esos gritos? Veo que llego a tiempo para esa costumbre bárbara llamada matanza. Magnifico.

- ¡Matanza! Por Dios, tomar y sujetar esta palangana con agua caliente – grito Manuel - llegáis a tiempo para el nacimiento de mi hijo.

- Nacimiento… felicidades mi amigo, espero que sea una hija preciosa.

- Niña decís, todavía no lo sabemos pero pronto saldremos de dudas.

La espera fue larga, el ir y venir de la comadrona causaba el asombro del joven escocés, pronto los dos hombres se encontraron en la entrada de la casa, mano a mano peleados con una botella de Oporto.

- A Dios gracias, buena idea la vuestra de traer esta botella, una garrafa hubiera sido mejor, esta incertidumbre me está matando, imaginaos, padre, voy a ser padre. ¿Tenéis hijos?

- No que yo sepa, aunque no pondría la mano en el fuego, las tentaciones son siempre muy fuertes. Por cierto… he visto junto a la comadrona una joven muy bella, no será vuestra hermana, noto cierto parecido.

- Elena, no ella no es mi hermana, es la criada de mi hermano, me la ha enviado una temporada, para que ayude a mi esposa durante unos cuantos meses tras el parto.

- Estoy seguro, vuestro hermano la echará en falta, poderosas razones adornan a esa joven- rió el escocés.

- Lo cierto es que ese es el motivo por el que me la han enviado, la situación en su casa se está volviendo difícil con tal tentación… por Dios porque os cuento esto.

- Puedo imaginarlo y sentirlo, me va a resultar interesante vivir en esta casa bajo el mismo techo que semejante Diosa de la belleza.

- Escuchar no se oye nada, algo está pasando…

Durante unos segundos, el silencio reino en aquel hogar, los dos hombres se miraron, los nervios de Manuel a punto de estallar. De

repente, el llanto de un niño se escucho desde la estancia, desde el lecho conyugal, Francisco Grande Martín había nacido, un niño, el primero de la pareja. No sería el único, el 4 de Septiembre de 1816 nacería su segunda hija, Rosalía Grande Martín como consta en la partida de Bautismo fechada el 7 de Septiembre de 1816. (Rosalía llegaría a tener cuatro hijos, uno de ellos muerto a edad muy temprana). El 2 de Agosto de 1819, nació según partida fechada el 5 de Agosto de 1819 su tercer hijo, una niña que se llamaría Petra Grande Martín. Finalmente el 15 de Abril de 1822 nació según documento del 20 de Abril de 1822, el niño Pedro Grande Martín. Este último se perdería en los anales de la historia sin constar sus posteriores movimientos en los registros de la población de Castillejo de Dos Casas o en la provincia de Salamanca u otro lugar conocido.

Pero en aquel momento, Manuel Grande, con su primogénito, al que llamarían Francisco en honor a su hermano mayor, se sentía el hombre más feliz del mundo. Elevo su copa y brindo con Richard Wrestling por el feliz acontecimiento, muy pronto no habría muchas cosas que celebrar en aquella frontera, nada por lo que mereciera la pena levantar sus copas.

Los días que siguieron al nacimiento, fueron para el padre de gran regocijo, la dicha plena pero este sentimiento fue unido a una gran preparación ante lo inminente. Durante unos pocos meses todo pareció perfecto y su hijo crecía sin problemas. El invierno fue alternando noticias preocupantes con noticias aun más terribles. Las injusticias se sucedían por todo el suelo patrio, asedios y acciones de resistencia sin fin, ultrajes franceses exasperaban los ánimos de todos en la comarca. Un sentimiento nacionalista invadía todos los rincones peninsulares y calaba hondo en todas las poblaciones de la raya del Gardon. La frontera se preparaba para una acción inminente.

Su invitado escocés resulto ser una fuente de información constante e inagotable y a largas ausencias por su trabajo, le seguían estancias que el joven dedicaba a la persecución de la joven Elena. Esta se dejaba querer aun a sabiendas de que sólo se trataba de un juego para el extranjero. Pero Elena por aquella época ya había demostrado con creces que se dejaba querer, la mitad de los solteros del pequeño pueblo, algún casado y la totalidad de sus pajares podían dar fe de ello. Esto distraía al joven, al mismo tiempo que le hacía olvidar que sus noticias llegaban a Londres con un retraso de tres semanas y su publicación en la crónica de The Times se demoraba incluso mucho más tiempo. Al menos los fondos para la aventura española, llegaban con regularidad, abundantes y generosos para la joven Elena y la familia que le acogía como a un hermano en Castillejo.

El invierno de 1810 llegaría pronto y todo tenía que estar listo

antes de la nueva primavera. Provisiones en abundancia, ayuda para cuidar el ganado, asuntos pendientes solucionados sin demora y aunque a corto plazo el bienestar de su esposa e hijo debían estar garantizados. Era su momento para escribir una página de la historia, forzado por las circunstancias bélicas del país. Hombres normales de toda condición escuchaban la llamada de las armas, el grito de auxilio de su patria.

Richard Wrestling se acerco a la herrería. Los herrajes de su caballo no estaban listos. El herrero le presento sus disculpas. El joven asintió, no había otro herrero en millas a la redonda, de nada hubiera servido protestar. Sentado en la entrada de la fragua, apuro las últimas existencias de su tabaco de pipa. Sus pulmones recibieron el humo como una bendición. El humo mezclado con el vaho de su aliento se desvaneció en el aire. Ni un alma a la vista. El viejo puente, centenario, se mostraba majestuoso, testigo de la soledad del pueblo. El escocés, abrió su abrigo y busco en su chaleco, pronto dio con la cadena de bronce, tiro de ella y su viejo reloj de bolsillo brillo a la luz del día. La apertura mostraba las manecillas marcando el mediodía, al otro lado un retrato de su madre. Cerro sus ojos, las grandes montañas y valles de Escocia desfilaron en sus pensamientos, los profundos barrancos, sus torrentes llenos de vida fueron desfilando como una sucesión de imágenes en sus recuerdos.

Recordó las arraigadas costumbres de su ancestral clan, una imagen de su querido padre y de su clan antaño enemigo acérrimo de los ingleses vino a su memoria. Los recordó ataviados con su Kilt” de cuadros rojos y negros. Una sonrisa casi carcajada se esbozo en su semblante. Por un momento intento imaginarse a los lugareños de aquel remoto pueblo de Salamanca, viendo a su padre con la falda plisada, confeccionada con el tartán del clan, el cinturón de cuero negro, y como no la vistosa boina negra con la borla siempre a un lado. Esto era normal en su localidad natal de Kirkcaldty pero no en Salamanca.

Recordó sus años en la Universidad de Glasgow, diecinueve años atrás y como de la noche a la mañana se quedo sólo, fue su elección, pero su familia se marcho. Su padre Juez de la corona, en aquel fatídico año 1791 fue obligado a aceptar un puesto en la provincia recién constituida del Alto Canadá donde todo anglófono encaminaba sus pasos, con un guiño a sus vecinos francófonos del Bajo Canadá. La Caledonia del pasado quedo atrás, su familia nunca volvió y el continuo su camino en la vida, errante, sin un lugar al que volver a pertenecer. Paradojas del destino, allí estaba, en aquel año 1810, sentado en la entrada de la vieja fragua, en un lugar tan distinto a sus orígenes como lo era Castillejo de Dos Casas.

Un ruido cercano, detrás de una higuera al lado de la rivera llamo

poderosamente su atención. Tres chiquillos descalzos surgieron de la nada desafiando al frío y al agua helada, comenzaron a chapotear en la orilla del arroyo. Un escalofrío recorrió al escocés, aquellas criaturas mostraban la fortaleza de sus cuerpos, su perfecta simbiosis con el entorno y la rudeza del lugar. Bien podrían ser herederos indómitos de un clan de su Escocia natal, descendientes de héroes del pasado, hispanos combativos de otras épocas en su lucha con la antigua Roma.

Richard apuro el tabaco de su pipa, el tiempo amenazaba una vez más con descargar una lluvia intensa, era tiempo de regresar. Pronto la comida estaría preparada, comenzaba a estar harto de aquella comida a base de cocidos, verduras y productos del cerdo, pero muy a su pesar tenía que reconocer que su sabor era de lo mejor, sin parangón ni comparación a lo habitual en su amada isla. Cerró el reloj, sus dedos temblaron por el frío, la cadena se resbalo y el viejo reloj finalizo en el suelo de arena negra. Sin tiempo a reaccionar, unas cálidas manos, pequeñas, muy cuidadas le tendieron el reloj de nuevo a su alcance.

El joven elevo su vista hasta entonces clavada en el suelo, no la había visto llegar, ante sus ojos se encontraba una joven de gran belleza natural. Al verla se fascino por la belleza de su pelo marrón largo, la figura desbordaba gran sensualidad, la atrevida jovencita mostraba unos pechos discretos pero atractivos. Si Afrodita era una diosa, aquella joven bien podía ser la mujer más bella de la mitología, una diosa inmortal, de piel clara, vestida hasta las rodillas con un vestido blanco, piernas esbeltas, un cuerpo dispuesto para la lujuria y el amor desenfrenado, una mujer creada para amarla. El joven no podía apartar la mirada de aquella sonrisa, la inocencia personificada.

El escocés se pregunto si aquello era amor o simplemente pasión, pero el amor comenzó con un beso.

La joven le susurro al oído quiero hacer el amor contigo. Sus manos se entrelazaron, pronto entraron en un pajar cercano y comenzaron a besarse tiernamente, los besos dieron lugar a un inagotable entusiasmo, cuerpos casi desnudos para hacer el amor. Sus manos recorrieron todo su cuerpo, una mano sigilosa recorrió el cuerpo de la joven por debajo de su vestido. El peso de Richard oprimía a la joven mientras sus manos se enredaban en su largo cabello marrón y acariciaban suavemente la piel de su cuello. Comenzó a tocar sus pechos y a besarla ardientemente, encontrando maravilloso el sabor de sus pechos y labios. Ella le correspondió erizándole la piel, estando tan cerca de ella, sus deseos fueron a mas, la tomo con pasión hasta quedar exhaustos, rendidos. Entonces y sólo entonces, se fundieron en un abrazo, para escuchar el sonido de sus labios.

- ¡Eres una joven excepcional! – Exclamo el hombre aún exhausto -

¿Quién eres Diosa de mí corazón? Soplo de aire fresco en mi vida. ¿Cuál es tú nombre?
- Me llamo Corina – respondió la jovencita – Soy la hija de Germán, el maestro de este pueblo.

- Quiero que sepas una cosa, no has sido un capricho de mi destino, cuando te vi, contemple el rostro del amor y este amor supe que será para siempre... conocerte es desde ahora mi vida, para convertirte en mi esposa para siempre.

La joven sintió miedo, su rostro adquirió un intenso color blanco que invadió todo su ser, Richard percibió el miedo de la joven y un escalofrío invadió todo su cuerpo, la abrazo para tranquilizarla y le susurro en su oído.

- Tenemos todo el tiempo del mundo, no te preocupes mi amor puedo esperar –lentamente paso su mano por el rostro de la joven y sus labios se fundieron con los suyos en un beso mucho más intenso y apasionado que todos los anteriores.

ABRIL 1810, E L APOCALIPSIS

N

apoleón Bonaparte era consciente de que la situación en España seguía pasando por la derrota del ejército de Portugal. El 17 de Abril de 1810 otorgaba plenos poderes al Mariscal André Massena, para que al frente de noventa y cinco mil soldados redujera a cenizas la amenaza de Wellington en el país luso. El general Michel Ney, se reunió con el estado mayor de Massena ese mismo día, para recibir sus instrucciones particulares.

- General Ney, sus órdenes son muy claras y concisas, debe provocar la mayor confusión y devastación humana posible en su avance hacia la frontera, no quiero excusas, el avance debe de ser rápido y totalmente efectivo.
- No será un paseo- replico el veterano oficial.

- La gloria de Francia no es nunca un paseo, somos los herederos de los Cesares del pasado, nuestro deber es más sagrado que la propia vida. Espero unirme a vuestras tropas en la frontera a finales de Mayo, con una vía directa establecida contra Lord Wellington en Portugal.
- ¿Qué fuerzas estarán a mi disposición para este cometido? –pregunto el general.

- Pedir y se os otorgará, sin escatimar medios. Este avance tiene que ser prioritario, un ejemplo que mine la resistencia de los españoles, un principio de autoridad.

- Creo excelencia que con cuarenta mil hombres bastara, siete mil de ellos de caballería, el resto infantería fusileros en su mayor parte y…. – el veterano Mariscal titubeo.

- Vamos decirme, por la gloria de Francia, que mas queréis es el momento, quizás vuestra única oportunidad de formar parte de la

historia de Francia una vez más.

- Excelencia, sería un orgullo poder llevar bajo mi mando directo un batallón de novecientos dragones- su interlocutor levanto su mirada sorprendido, brazos atrás, breve caminar en la tienda, labios con mueca de contrariedad.

- Concedido, partir de inmediato, espero poder reunirme en Almeida con vos y nuestra victoriosa avanzadilla.

El veterano general saludo a su superior, sin demora se retiro dispuesto a llevar a cabo las órdenes de su Mariscal, del hombre en quien Napoleón Bonaparte había depositado su confianza para la campaña de España y Portugal, la campaña peninsular.

El 22 de Abril de 1810, Manuel Grande observaba a su hijo aun dormido en los brazos de su madre, no tenía mucho tiempo, se inclino y beso a ambos consciente de que aquel podía ser su último beso, incluso la última vez que veía a su familia pero el deber le llamaba. Richard le esperaba fuera de la casa, como amigo y ahora también aliado de armas.

La plaza de Castillejo comenzó a llenarse poco a poco. Miguel Ángel Baeza, Francisco García de los Gatos, Pedro López de los Zorros, José Luis Sendin, los tres hermanos Hernández, su queridísimo enemigo Julián Montes junto su inseparable Ladio, su propio hermano Francisco Grande de Alameda. Este último había llegado el día anterior en su deseo de emprender este también último camino junto a su hermano, por el honor del hermano ausente. Pero lo que comenzó como una visita familiar muy pronto se convirtió en ausencia, en una estancia de la taberna, en los brazos de la pecaminosa Elena.

Pronto la plaza se lleno de patriotas, casi un centenar, armados por la causa común, escopetas de caza en su mayoría, vestidos con sus trajes charros, les adornaban grandes y largas garrochas apoyadas desde las monturas en el suelo empedrado de la plaza. Las monturas preparadas.

De pronto, por la cuesta de Barquilla, un jinete montado en un caballo blanco se acerco a todos, seguido por dos centenares de jinetes, llegaban los doscientos de Don Julián. La leyenda viva había llegado hasta ellos, atravesó la plaza sin cruzar palabra, sobraban las explicaciones, pero todos sabían que él era la persona a seguir. Pronto trescientos jinetes abandonaban la población atravesando el pequeño puente de piedra, sin hablar, sin comentar nada. Al llegar al cruce con Aldea, otros doscientos jinetes llegaron a unirse a aquella alianza creciente, provenientes de otras poblaciones fronterizas y de la propia Aldea del Obispo.

Julián Sánchez “El Charro” espoleo a su caballo blanco, cabalgo a la cabeza de la hueste, solo entonces el alférez, futuro teniente coronel, junto al ruido de los herrajes clamo a los cuatro vientos una

arenga que retumbo en el camino de Fuentes de Oñoro a Ciudad Rodrigo.

- Compatriotas, cabalgamos hacia la muerte y la devastación, por nuestra patria, por nuestras familias, por nuestros hijos para que estos no sufran nuestra vergüenza, somos su última esperanza. Sólo os pido una cosa, luchar, luchar hasta la muerte hasta el último hombre. Castellanos estáis conmigo. Castellanos estáis conmigo – repitió.

- Lo estamos – contesto a gritos la multitud – Somos los batallones castellanos, los voluntarios de Castilla y morir es nuestro destino, luchar, luchar, nuestros caballos no saben ni sabrán lo que es retroceder.

Jinetes de Alameda del Gardon, Fuentes de Oñoro, Espeja, Gallegos de Argañan y otras poblaciones fueron uniéndose a la columna hasta alcanzar la nada despreciable cifra de tres batallones, tres mil jinetes a la defensa y refuerzo de Ciudad Rodrigo. Tres mil almas cabalgando hacia la aniquilación total o la gloria. El orgullo de una nación, manifestándose como un gigante dormido ahora despertando para hacer la justicia divina a la injusticia del invasor.

Mientras, el veterano general Andrés Pérez de Herrasti, en Ciudad Rodrigo se disponía a organizar la defensa de la ciudad. Al frente del cuerpo real, sesenta zapadores fortificaban las murallas sin descanso y preparaban los parapetos donde trescientos setenta y cinco artilleros ajustaban sus piezas de artillería prestas para la defensa de la perla de Castilla. Cinco batallones distribuidos por las murallas se hacinaban contra el muro interior a la espera de la inminente acción. Estos batallones de Ávila y Segovia, unidos a un pequeño contingente del regimiento Mallorca de Mérida, llegado a la ciudad por avatares del destino y luchas sin fin, constituían la defensa de la ciudadela y sus habitantes.

Manuel Grande elevo su mirada al cielo azul, las nubes mostraban una claridad inusual, los vítores de la población todavía retumbaban desde la muralla. La llegada de aquella inesperada hueste a caballo, fue recibida como una bendición por los defensores. Sintió orgullo de formar parte de aquella expedición, sintió a su vez escalofríos cuando en honor a los recién llegados, trompetas y tambores, anunciaron que la ciudad no estaba sola, incluso una salva de los cañones de la puerta norte retumbo en el campo charro. No, no morirían en soledad, ni en silencio, valientes de Castilla defenderían la plaza, hasta el último aliento o hasta que el ultimo dijera su última palabra.

Pronto el Torreón del Rey fue testigo del ir y venir de la caballería charra. No siendo ejército regular, ni disciplinado, ni formado en la estrategia militar, no parecía haber una misión concreta para aquellos batallones castellanos, que comenzaron a circular libres, sin rumbo por las estrechas calles de la ciudadela.

Francisco no tardo en convencerles de que quedaban pocas horas de tranquilidad, muy a pesar de su hermano pronto encontró sus pasos encaminados a una de las tabernas de la ciudad. Richard también les acompaño, no en vano la nerviosa población comenzaba a confundirle en su condición de extranjero, con un odiado francés. A esto se unía una lluvia, que como improvisado aliado caía con fuerza en la ciudad e inundaba las calles de molestos regueros de agua, los caballos impasibles soportaban la lluvia, testigos silenciosos de los acontecimientos, resoplando un aliento frío que se elevaba por doquier.

La taberna apareció ante su vista. Repentinamente una niña, vestida con un vestido blanco, sucio por el barro, la tela hecha jirones, se cruzo en su camino. En apenas segundos, Manuel reacciono y tiro de las bridas con fuerza, el caballo se elevo sobre sus dos patas traseras. Milagrosamente, la niña no sufrió ningún daño. Manuel la observo, eran tiempos duros, la compasión, los gestos nobles, la comprensión brillaban por su ausencia. En los últimos días todo se había embrutecido en la frontera. Fijo su mirada en los ojos negros de la niña y le ofreció la brida al tiempo que desmontaba de su montura. Se dispuso a seguir a sus compañeros, pero algo le detuvo al lado de la niña, una fuerza misteriosa, le obligaba a detenerse. Volvió su cabeza y con horror observo las famélicas piernas de la criatura, sus delgados hombros, sus huesos marcados a punto de salirse por la piel amarillenta. Su mirada era triste, como la guerra en ciernes. Todo aquel saco de huesos se movía por pura inercia. Dios santo pensó el joven, esta criatura no ha probado bocado en días. Su mano recorrió la alforja de su montura, sus dedos rebuscaron entre la pólvora húmeda, allí estaba envuelto en un trapo de cuadros negros, un trozo de pan y algo de lomo, sus últimas reservas, pero Dios proveería, al igual que aquella criatura se había cruzado en su camino para ser alimentada por su mano compasiva. La joven se alejo, no lo agradeció, tampoco lo esperaba, este era un último gesto, quizás cuando el asedio comenzase, cuando fuera su ultimo día, el altísimo que todo lo ve, en aquel último gesto, le otorgaría el perdón por sus pecados. Cerró sus ojos, una imagen borrosa de Ana y su querido hijo se dibujo en su mente. Sintió ganas de salir corriendo y cabalgar hacia ellos, pero se mintió, pronto regresaría, aquello sólo sería una pesadilla, un juego de guerra, protagonizado por adultos.

La taberna era un caos latente, jarras de vino circulaban por las mesas, el tabernero clamaba al cielo, ojos rojos, cansados, nadie parecía querer servir las mesas y lo peor nadie mostraba un doblón. No obstante le faltaba valor para cerrar el local. La ira de los hombres rudos del campo era conocida por todos y las consecuencias quizás más costosas que unas jarras rotas y unos cuantos barriles perdidos.

Francisco le puso una jarra de vino en una mano y una bolsa repleta de escudos de media onza en la otra. El tabernero respiro aliviado. Aquello cubría sus gastos.

Manuel se acerco a su hermano y su amigo escocés. Richard le abrazo con fuerza, por fin una cara amiga, entre toda aquella chusma maloliente. Compañeros de taberna inesperados se unieron a ellos. Julián Montes y Ladio se acercaron a los tres hombres, sin pedir permiso, apartaron a unos soldados borrachos, tan borrachos que ni el contacto con el frió y duro suelo logro despertarlos. Los cinco se sentaron en la mesa. Manuel estaba disgustado por la compañía recién llegada, pero al fin al cabo ahora era tiempo de lucha y quizás de morir al lado de aquellos hombres que consideraba tan viles, indignos de su compañía.

En ese momento, Julián Sánchez “El Charro” irrumpió en la taberna. Los gritos se sucedieron, no en vano este era el más patriota entre los patriotas, el líder entre los líderes del pueblo llano y la milicia. Sus treinta y seis años le avalaban, hijo de labradores salmantinos ya había participado en contiendas sin fin, siempre al lado de los ingleses.

Su leyenda había comenzado en el sitio de Tolón, el joven con apenas 19 años luchaba por aquel entonces junto con españoles e ingleses, en un intento por restaurar la monarquía en la Francia de la Convención, la misma que el 18 de Brumario del calendario francés protagonizo el golpe de estado que derrocaba a Luis XVII.

Ese mismo joven, en Tolón, había avanzado sin miedo bayoneta en ristre y calada contra las tropas republicanas, luchando a la vez que todo su regimiento caía sin remedio y era aniquilado uno por uno. Impasible, sin ser consciente del peligro, encomendándose al Dios que había abandonado años antes, fue avanzando entre la sangre y la muerte de sus compañeros de armas. Pronto llego a una pieza de artillería francesa, donde un joven oficial francés tan temerario como el mismo, impasible ante las balas, altivo, arrogante dirigía a los franceses en aquel asedio sin fin. El joven salmantino, le observo, apunto con su fusil dispuesto a dar muerte a aquel francés, este por un momento fue consciente del peligro que corría su vida, sonrió a la muerte. Esa sonrisa que conquistaría media Europa, que contemplarían los cuarenta siglos de las pirámides egipcias en la campaña de Alejandría, confundió al joven soldado español. Fue entonces, cuando el español fue alcanzado por una bala, cayendo a los pies del joven francés, aún respirando y vivo, unos innobles hombres se dispusieron a rematarlo, pero el joven Capitán con un gesto y su voz autoritaria, ordeno este fuera puesto a salvo, un gesto de misericordia para aquel que había tenido su vida en sus manos.

Julián Sánchez “El Charro” perdió su oportunidad de dar muerte al

futuro emperador de los franceses, Napoleón Bonaparte. Este último, a su vez perdió su ocasión de dar muerte a un enemigo que sería tan cruel por necesidad, del imperio francés, que no dudaría en 1808 acudir a la llamada de las armas, en alistarse de nuevo, ahora en la caballería española, para sembrar el terror entre los franceses.

Julián Sánchez "El Charro" avanzo por la taberna, su objetivo estaba claro, se acerco a los cinco hombres. Estos se levantaron de su mesa en señal de profundo respeto.

- Caballeros por favor, tomen asiento. No es mi intención molestarles.

- Es un honor- replico Francisco- Nos sentiríamos honrados de compartir un brindis, una jarra de buen vino castellano con el más noble alférez de nuestro ejército.

- Gracias el honor será mío, pero primero es el deber antes que la devoción y la distracción. Estoy buscando a un extranjero, Richard Wrestling, corresponsal de The Times.

La mirada de todos se volvió hacia el joven Richard que asintió con la cabeza. A un ademán del alférez, todos se sentaron. Aquella mesa pareció en un instante efímero aislarse del bullicio de aquel local ruidoso. Asuntos importantes se trataron sobre la vieja madera de roble, testigo hasta entonces sólo de raudales de bebida y lujuria de las mujerzuelas baratas, sin honra, tan frecuentes en aquel lugar.

- Su presencia no ha pasado desapercibida para nuestro general Andrés Pérez de Herrasti. Quizás, sea uno de los únicos ingleses en la ciudad y esto siento decirle no juega a su favor. Me temo que tengo que pedirle, tenemos que pedirle que lleve a cabo una importante misión.

- Ahora somos aliados en esta lucha sin cuartel. Por favor vayamos al grano. ¿Qué necesitáis de mi persona?- pregunto el escocés.

- Nuestro general ha solicitado urgente ayuda al duque de Wellington, pero este no responde, no le culpo, sus preocupaciones tendrá en Portugal y su defensa, quien sabe si a estas horas le preocupa más defender Almeida e incluso Lisboa, pero a pocas horas, en Gallegos sabemos que hay un contingente del ejercito ingles al mando de un compatriota suyo, Robert Craufurd, un escocés.

- Eso es una buena noticia, más efectivos para la defensa de la ciudad.

- Lo sería pero estos no avanzan a nuestro encuentro. Quizás no entienden la gravedad de la situación que se avecina. Hemos pensado, nuestro general ha pensado… que usted podría, al tener su misma lengua materna explicarles cuanto agradeceríamos su avance a nuestro encuentro y ayuda en Ciudad Rodrigo.

- No veo problema en ello. ¿Cuándo quiere que les avise? – asintió y pregunto al tiempo el británico.

- Hoy es 24 de Abril, el tiempo no juega a nuestro favor, siento decirlo pero este es un buen momento para partir, son solo un par de

horas de camino pero me temo los franceses ya han tomado posiciones en esa ruta. Esos diez mil soldados británicos nos serian de una gran ayuda.

Todos se quedaron en silencio. Pronto las jarras de vino se elevaron una a una, señalando al joven Richard. Este elevo su jarra, la bebió de un trago y se dispuso a abandonar la taberna. Manuel siguió con su mirada la salida de su buen amigo. Elevo de nuevo la jarra.

- Por un valiente, un valiente que se va, por los valientes que nos quedamos.

La mañana del 25 de Abril de 1810, comenzó con el repique de las campanas de la catedral, muchos fueron al oficio religioso de aquella mañana. Manuel no había dormido mucho, la borrachera obligada del día anterior seguía presente y le daba vueltas en su cabeza. Recostado en su silla de montar, la humedad y el frío habían traspasado su manta de montar. Era un Abril húmedo y frío. A lo lejos en la cúpula de la catedral, relámpagos, precedían a los truenos de una desapacible tormenta. La lluvia omnipresente otorgaba un paisaje triste, lúgubre a la ciudad, consciente de sus últimos días de libertad. Pronto se dio cuenta de que unos ojos le observaban, a pocos pasos, en un banco de piedra de cantería, pudo reconocer a la niña del día anterior. Esta le miraba con gesto lastimero. Lagrimas en sus ojos, difícil explicación sus motivos y la causa de su llanto. Si Manuel supiera que él había sido el último en mucho tiempo, el único gesto humano que esos ojos huérfanos habían contemplado, entendería la desesperación de la niña.

- ¿Tienes hambre? – le pregunto el joven- No sé si aún me queda algo. Voy a ver. No, mis provisiones se han agotado. Francisco ¿duermes? ¿Tienes algo de comida?– inquirió a su hermano mayor que aun permanecía durmiendo a pierna suelta a su lado. Este le hizo un ademán con su mano señalando su alforja, junto a la silla de cuero repujado.

- Gracias hermano– Manuel rebusco en el interior de la alforja de su hermano, su mano encontró un mendrugo de pan con algo de jamón, también una pieza de tocino, alargo su mano y se lo ofreció a la niña.

- Gracias señor.

- Vaya hasta sabes hablar ¿Cuántos años tienes?- pregunto el joven.

- Doce años señor – la niña no paraba de mirar al castellano.

- ¿Dónde están tus padres pequeña? Tendrías que estar con ellos.

- No tengo padres, vivía con mi hermano, pero se fue hace semanas y no he vuelto a saber nada de él. Es un guerrillero, dicen que ha muerto en Sancti Spiritus. Dios no lo quiera, no tengo más familia.

- Lo siento pequeña. Son tiempos difíciles, muy difíciles.

Manuel se puso en pie, avanzo hacia la niña, le puso la vieja manta

de montar en sus manos. La niña le miro asintiendo con un gesto de agradecimiento y salió corriendo. Julián Montes observaba la escena, cuchillo en mano comiendo una manzana, gajo a gajo, sonriendo con malicia envenenada.
- Vaya, vaya, otra cosa le habría dado yo, otro tipo de comida. Esta delgaducha pero... mejor que…
- Eres peor que una alimaña, peor que un bastardo. No tienes corazón, desalmado, es una niña inocente – clamo Manuel.
- Inocente – rió a carcajadas Julián Montes.
- Si no lo hacen los franceses, juro que algún día tendré los motivos suficientes para matarte.

El desalmado se puso en pie y con el cuchillo en la mano avanzo hacia el joven, pero un cañonazo sonó con estrépito en la ciudad. Era la señal. Las tres de la tarde, a pesar del barro, la lluvia y las inclemencias del camino de Salamanca, la amenaza francesa, por segunda vez aquel año, estaba a las puertas de Ciudad Rodrigo. Michel Ney al frente de su ejército contemplaba a lo lejos la ciudad y el comienzo de su paseo triunfal. Que equivocado estaba el francés, que lejos la victoria anhelada.

Entre espeja y alameda

C

amino de la fuente, pronto llego el murmullo del agua hasta sus oídos. Bajo por el atajo entre los matorrales, el camino se ilumino por la breve luz de un relámpago y Ana llego donde una rudimentaria fuente, entregaba su limpia y serena agua en un pequeño caño. Esta era una visita obligada para todos los lugareños, desde siempre aquel hilo transparente era la única agua de vida disponible en los hogares del pueblo. Botijos, cantaros y ollas siempre circulaban por aquella fuente. Pero al atardecer, no era el mejor momento ni el mejor sitio para andar sola a esas horas, desconocidos campaban por los pueblos, bandidos y contrabandistas de la frontera. No solía ser una fuente muy transitada, en momentos como aquel, menos un día de rayos, truenos, lluvias y vientos muy fuertes.

El día ya apunto desde muy temprano que aquel era un día para no salir y en cambio permanecer al fuego alegre de la chimenea. Pero su bebe, de ocho meses, al cuidado ahora de su criada, necesitaba agua y su bebe sólo actuaba de acuerdo a sus necesidades y sensaciones físicas más profundas. El bienestar de su hijo era la prioridad de la madre.

El cántaro se fue llenando. Se quito el pañuelo de la cabeza y lo doblo. Con el pelo al viento y la lluvia deslizándose por su rostro intento no pensar y quitar los pensamientos que llevaba en su cabeza desde hacía horas. Sus ojos se tornaron rojos y las mejillas se empaparon de lágrimas. Un nuevo relámpago ilumino la fuente, un

par de olivos cercanos se iluminaron mostrando fantasmagóricas formas. La mujer echaba de menos la presencia de su amado esposo, su fiel compañero y aunque acostumbrada a su ausencia, Ana sentía añoranza. La idea de no volverlo a ver martilleaba su mente desde hace días. Si muriera en combate, sólo su hijo le daría fuerzas para seguir en este mundo. Cruel presente, maldijo a todos los franceses, elevo su vista al campanario en lo alto donde varios cirios brillaban ya en la iglesia local, como un ruego silencioso de su aliento básico por el regreso del ser amado.

Ni una sola alma se veía en las proximidades y a la derecha en lo alto del pueblo, la presencia de la iglesia se elevaba majestuosa. Ana había estado en la iglesia esa misma mañana rogando por su amado, todo le recordaba a Manuel, incluso el viejo pajar cercano a la iglesia, donde hallaron muerto al desertor portugués, donde el asunto vergonzoso de su muerte había sido encubierto con silencio. El segundo cántaro comenzó a desbordarse.

De repente un sonido desconcertante se escucho cerca de la fuente, era un gemido apenas perceptible pero prolongado. Un lamento femenino muy débil que sonaba al fondo de un muro de piedras, en la cortina del alcalde local. Ana avanzo presa de curiosidad, miró detrás del muro, una joven apareció acurrucada contra la pared de piedras, pálida y confundida, temblando. Ana reconoció a la joven Corina, la hija del viejo maestro.

- ¡Corina! – Exclamo Ana - ¿Qué te sucede? – al tiempo que apartaba el pelo de su cara y le secaba las lagrimas.

- El no lo sabe, pero me ha abandonado, sola y embarazada – replico la joven – Mi padre me matara por esto.

- ¿Quién te ha abandonado? – pregunto Ana - ¿Quién se ha aprovechado de tu inocencia? – volvió a preguntar.

- Yo le amo, no fui forzada pero él no está aquí, dejo tú casa y está en la guerra – Ana sintió un sentimiento de duda y celos ante estas palabras, respiro profundamente, no su querido esposo no podía haberla hecho esto, no ahora… las siguientes palabras de la joven la aliviaron por fin.

- Amo sus cabellos rubios, Richard por Dios ¿Qué voy a hacer? ¿Dónde estás? – sollozo la joven.

Richard cabalgo en su montura en solitario por un paraje inhóspito y lluvioso. Viajaba ligero evitando las vías principales, su caballo de pura raza española, cruzaba los campos como un relámpago gris, los caminos polvorientos comenzaban a delatar su presencia.

El miedo a una emboscada francesa parecía acecharle en todo el camino desde que dejara atrás el río Águeda, no llevaba su viejo reloj, prenda ahora de unas manos queridas pero calculo eran las cuatro de la tarde. A lo lejos, a su espalda oía el sonido de la artillería, no podía

parar. Tras haber calculado el momento adecuado para cruzar el frente francés, llevaba ya dos horas de camino y Carpio de Azaba estaba a su vista. Dudo en rodearlo o atravesar el pequeño arroyo que lo atraviesa al costado, pero no tenía tiempo, opto por dirigirse al pequeño pueblo de Carpio de Azaba.

Sin dilación la montura con su heraldo atraviesa la población y solo los pájaros con un sorprendente estrépito rompen el silencio de las calles desiertas. La mayoría de sus habitantes han huido, tambores de guerra se han oído a lo lejos, no en vano son los siguientes en el camino de Portugal. Solo un anciano sentado en una calle parece observar al jinete, al mensajero de la esperanza, debe ser muy buen jinete y debe seguir su misión con total determinación. El escocés azota a su caballo para cruzar la colina que vislumbra a lo lejos, sube un camino de tierra rojiza, marcado por las huellas de viejos carros. Su premio esta tras la colina, la vanguardia del ejército británico está asentada tras la pequeña elevación, los refuerzos tan anhelados por Herrasti.

Estos refuerzos comandados por el Mayor General Robert Craufurd al frente de la división ligera formada por los regimientos del 43 de Monmouthshire, el 52 de Oxfordshire y el 95 de Derbyshire, con apoyo de tropas portuguesas de elite, dos regimientos de cazadores de la infantería portuguesa, constituyen ahora la esperanza más inmediata de los sitiados.

Una hora más tarde, los centinelas apostados en Gallegos rodean al jinete al grito de santo y seña, sorprendentemente el jinete les habla en su idioma, es un escocés, que requiere hablar con su general.

- ¡Señor Richard Wrestling! – exclamo el general ante el polvoriento joven aun impregnado por el polvo rojo del camino - ¿Qué hace un civil británico en este lado de la frontera?

- Señor traigo un despacho privado y urgente del general Andrés Pérez de Herrasti. Solicita vuestra ayuda- el joven le tiende un pergamino blanco, con el sello aun intacto del defensor.

- Solicita nuestra ayuda – replico el general escocés al tiempo que leía el documento del joven – Acaso los españoles no saben que no podemos avanzar sin ordenes. Maldita sea yo soy el primero que quiere cargar contra esos mal nacidos, pero Wellington me lo impide. Dios quiera que Herrasti pueda aguantar lo máximo posible el asedio. Necesitamos todo el tiempo que nos pueda brindar.

- Señor, Ciudad Rodrigo es la llave del camino a Portugal.

- No mi querido Wrestling – replico de nuevo el general - Wellington considera que la llave es Almeida y nuestras fuerzas no deben avanzar. El propio duque de Wellington reza por tener el tiempo suficiente para reorganizar y reabastecer su ejército en Lisboa. Ahí se librara la verdadera batalla de esta guerra.

- Pero señor…- el joven no sabe qué decir, sus ideales le traicionan, su causa le delata y su entusiasmo, su entusiasmo desaparece por momentos.

El general le mira autoritario, observa a su compatriota con admiración, si el temple de los defensores de la ciudad sitiada fuera como el de aquel joven altivo y orgulloso nada se interpondría entre ellos y el mismísimo París, pero sabe que el temple escocés es único. Cuanto se equivoca, que mal conoce la furia de los batallones castellanos. De nuevo observa al joven.

- Descanse amigo mío, duerma un poco, coma un poco lo necesita después de una marcha tan dura… - el joven le interrumpe.

- No señor, debo volver de inmediato, mis amigos me esperan, con su ayuda o sin ella regresaré a la ciudad y si tengo que morir, aunque no soy un soldado lo haré como un voluntario, como un igual. – El general está sorprendido.

- Descanse, yo mismo le escoltare en su regreso, con mis propios ojos tengo que observar la situación, probablemente nos acompañe un pequeño contingente de seis escuadrones de caballería pero ordenes son ordenes, mis regimientos no se moverán de Gallegos. Wellington no me lo permite.

El asedio de las garrochas

M

anuel Grande, observaba desde lo alto de la muralla, la extraordinaria formación en media luna del ejército francés. La muralla es fuerte no hay duda de ello. Herrasti dispuso sus batallones como apoyo de la artillería e inicialmente los batallones castellanos fueron invitados a descabalgar de sus monturas para apoyar con sus mosquetes la defensa de la ciudad. Los defensores de la muralla se mostraron sorprendidos al ver a estos voluntarios vestidos con la indumentaria charra. Trajes negros con chalecos escudados, botones planos de plata por doquier y en algunos el botón de oro trabajado por un hábil orfebre cerrando sus pañuelos al cuello.

En el teso cercano de San Francisco, el brillo de las bayonetas francesas comenzaba a infundir temor en los cuerpos curtidos de los defensores. De repente a lo lejos el general Ney a lomos de un hermoso caballo blanco surco el frente francés seguido de los temidos dragones. Las corazas brillaron con la luz del sol como laminas de plata, el brillo hostil levanto la admiración de los suyos. Los vítores calaron hondo en el sentir de ambos. La infantería francesa recibió entonces la orden de avanzar con sus formaciones perfectas en cuadro. Mientras la artillería minaba las defensas exteriores de la ciudad y se volvía desafiante hacia la sólida muralla.

Los cañonazos comenzaron a barrer el campo y la potente artillería francesa comenzó a hacer valer su privilegiada posición. Mientras la

infantería se aproximo a cien metros de las murallas, imitando con sus formaciones a las legendarias cohortes romanas. Comienzan entonces las descargas sucesivas de los defensores y el avance parece detenerse. Los tambores resuenan con estrepito en el campo de batalla. La balanza parece inclinarse del lado francés, la victoria parece cercana pero las bajas hacen mella en las perfectas formaciones de los invasores. El general Ney aparece en lo alto del Teso de San Francisco seguido de siete mil jinetes pero no hay enemigo al que atacar, no hay ninguna brecha en la muralla, todo lo contrario la respuesta de las murallas ha sido ejemplar y la efectiva artillería parapetada en la ciudadela ha silenciado a la mayor parte de su artillería. Aprieta los puños con rabia, su pecado es un de exceso de confianza y lo puede pagar caro, su infantería en vanguardia corre el riesgo de ser aniquilada.

Julián Sánchez es testigo del error francés. Herrasti no da crédito a la falta de respeto de su oponente, la altanería francesa está pasando factura pero no sabe o no quiere reaccionar. Las balas de la muralla comienzan a ser poco efectivas, las filas francesas se mantienen pero la exposición al fuego enemigo está resultando mortal a pesar de la distancia y la escasa puntería de la tropa castellana.

- ¡Mi general! - Exclama el Charro – es nuestra oportunidad. Por favor, permítame intervenir al frente de la caballería.

- Esta usted loco, Ney está a escasos metros, su caballería lucharía cuerpo a cuerpo. Lo siento pero sus oponentes son muy superiores a sus voluntarios.

- No eso no tiene que ser así, con el factor sorpresa puedo atacar su infantería y retirarme antes de que ese petulante francés se dé cuenta. Su arrogancia es su gran defecto. Puede ser un golpe de moral muy importante para nuestros intereses – Herrasti mira a su interlocutor, sus oficiales murmuran a sus espaldas.

- De acuerdo, puede atacar pero la retirada tiene que ser prudente, rápida y medida – el general no está muy convencido de que su decisión sea acertada.

El charro ordena que la corneta avise a sus voluntarios. Los cuernos de caza alzan su reclamo de muerte, su llamada a la lucha sin cuartel. Sus batallones se organizan en la plaza del convento, sus heroicos jinetes se preparan para cargar. El alférez desenvaina su sable y da la orden al grito de guerra; cargad o morir. La hueste sale a campo abierto contra el avance enemigo. Tres mil jinetes gritan “temblad desalmados aquí estamos los voluntarios, huir franceses”.

La infantería francesa está desconcertada, esperan ver una carga sable en mano, pero el temido brillo de los sables está ausente, porque estos jinetes no llevan sables, en su lugar largas garrochas embisten a los desprevenidos soldados, como a toros bravos del campo charro. La

lentitud de carga de sus fusiles no da lugar a la reacción. Empiezan a caer a cientos.

Manuel Grande cabalga junto con su hermano Francisco, este se pierde entre la tropa enemiga. Una nube de soldados le envuelve, su hermano le da por perdido. Pero hoy no es el día para morir, Francisco resurge a su vista, los dos hermanos luchan de nuevo juntos, sus monturas están heridas pero resisten y evitan milagrosamente las puntiagudas bayonetas, el acero mortal.

El charro no quiere cometer el mismo error que su adversario, veinte mil hombres perfectamente formados aparecen en el frente, es un ejército poderoso y disciplinado. Ney comienza a mover sus piezas con una precisión ausente hasta entonces y da orden de cargar con la caballería francesa al grito de “Muerte a los españoles”, pero la distancia es considerable.

Para los castellanos, se impone una retirada al interior de las murallas, exponer al rival al fuego cruzado de los defensores, al alcance de sus mortíferos y más cercanos disparos, en una persecución de fantasmas. Porque eso es lo que tienen que ser para los franceses, autenticas sombras, los dragones no deben ni siquiera aproximarse a sus caballos. En efecto, la reacción francesa es lenta, el avance es en vano, los jinetes charros se refugian ya al abrigo de las fuertes murallas.

El general Ney duque de Elchingen y príncipe de la Moscota se ve obligado a detener a su caballería y hacer retroceder a su infantería. La artillería francesa ha enmudecido por completo y no protege a los atacantes. Entonces ve con ira su precipitación. Necesita el material de asalto y las nuevas piezas de artillería, estacionadas en Salamanca. Vuelve su caballo y se retira seguido de sus oficiales, hoy ya no habrá más lucha.

Las banderas de la ciudad hondean al viento, el júbilo es unánime, todos celebran el resultado de la escaramuza, de este primer combate. Pero un serio André Herrasti, en lo alto del bastión se muestra cauteloso, ha visto con sus propios ojos el poderío del enemigo, muy superior en número. Desde la muralla todo es nítido, sus ojos de guerrero se han percatado de la triste realidad. Vuelve su espalda hacia el río Águeda, otea el horizonte en dirección a Portugal y una palabra se dibuja en su mente, un solo nombre se repite en sus pensamientos: Wellington, el duque de Wellington es su esperanza. Su asistente se acerca, le susurra unas palabras al oído, este le mira con sorpresa y corre presto a refugiarse en su cuartel. Un aliado le espera en el Palacio Obispal, quizás la divina providencia ha escuchado sus ruegos.

Empezó la preocupación para la partida de Castillejo, la preocupación por las cosas banales como el alojamiento. Buscar un rincón de paz en medio del caos se convirtió prioritario entre la

guerra, el caos y otras abominaciones presentes en el enclave. La ciudad respiraba muerte, los intentos del invasor se sucedían a todas horas y en la zona de las murallas la vida se convirtió en un infierno de fuego. Los cadáveres se contaban por cientos, el olor de los cuerpos inertes apilados se respiraba por doquier. Francisco con su habitual destreza no tardo en encontrar un lugar alejado de aquella carnicería humana. Nada era lo suficiente alejado del ruido de la artillería pero uno de los pocos lugares disponibles donde poder descansar entre escaramuza y escaramuza.

Manuel había seguido a su hermano por las estrechas calles, desmontados de sus cabalgaduras, múltiples paradas les evitaban constantemente llegar al centro, a la plaza de la villa. Por un momento los carromatos que llevaban la munición a las murallas y retornaban con los cadáveres de los patriotas caídos en la defensa, colapsaron definitivamente la arteria principal que conducía a su destino.

Francisco le señalo una pequeña calle, a su izquierda, tan estrecha, que apenas mantenía el espacio necesario en muchos tramos de la misma para que hombres y cabalgaduras circularan al mismo tiempo. De repente, se paro en frente de una vieja mansión, justo en la entrada de un patio proveniente de una calle menos transitada que las demás. Francisco llamo con la aldaba la atención de sus moradores. Un viejo sin dientes, rostro lleno de cicatrices, sombrero calado, con ropajes muy viejos e incluso sucios apareció ante ellos portando una vieja lámpara de aceite. Cojeaba al andar y se ayudaba de una muleta junto con un viejo bastón para mantener el equilibrio. Con un gesto de su cabeza les indico que le siguieran al interior de un portalón, donde tras cruzar una gran puerta de hierro, llevo sus pasos hasta un patio lleno de columnas. El patio se encontraba iluminado por decenas de antorchas. En frente una puerta, invitaba a entrar con su gran arco engalanado con telas de colores. Del interior del edificio, una música alegre, un ruido distinto al del campo de batalla guio sus pasos hasta el más lujoso prostíbulo de la ciudad.

- ¿Qué es este sitio? – pregunto un sorprendido e incluso enfadado Manuel

- Es obvio, mi querido hermano, el sitio más barato hoy en día en esta ciudad para descansar nuestras posadera y demás huesos del cuerpo.

- Me niego a dormir en este lugar pecaminoso, somos hombres de bien…

- Incluso los hombres de bien tienen derecho al descanso – le dijo su hermano.

- ¡Este no es sitio para un hombre temeroso de Dios! Es un sucio burdel un antro abandonado a los peores instintos de los hombres – grito mientras su hermano le miraba de forma irónica e incluso burlona, al tiempo que una joven mostrando sus desnudos pechos le

estaba comenzando a desnudar, ofreciéndole una copa plateada llena de aguardiente.

- Tenemos diez horas antes de nuestra nueva salida al campo de batalla, por Dios que allí te veré, no faltare a mi cita con el destino, pero no me quedare en este antro, que aunque lujoso es la clara exposición de nuestra decadencia y debilidades – Manuel salió corriendo de aquel lugar.

Pronto sus pasos le llevaron de calle en calle. Las arengas a la patria resonaban por todas ellas. No paro durante un buen rato pero era consciente que debía descansar. ¿Dónde? en qué lugar encontraría la paz necesaria, el remanso de tranquilidad necesario para afrontar el reto de la mañana. Sus doloridas piernas recorrieron la plaza, la muchedumbre taciturna le empujo hacia la salida este de la ciudad.

El brillo de unos cirios en procesión le paró en su búsqueda, la virgen negra desfilaba ante sus ojos. La portaban un grupo de monjes ataviados con túnicas blancas, cubriendo sus ropajes negros. Una anciana se arrodillo ante la figura religiosa al tiempo que hacia la señal de la cruz con gran respeto y devoción. El cortejo fue encaminando sus pasos hasta la gran portalada de la catedral, los fieles iban llegando, estos se unían con sus oraciones y ruegos al paso de la divina figura. El joven, se quedo inmóvil como una estatua, fijo sus ojos en la catedral. De repente, una mano fría entrelazo sus dedos y ambos contemplaron la desaparición final del desfile de la esperanza, solo para algunos, para unos pocos, un rayo de esperanza.

Manuel se había sorprendido pero no mucho, a su izquierda estaba la niña, esa criatura frágil y enigmática, le cogía la mano con fuerza. Se aferraba cual criatura desesperada, al joven más honesto que nunca había contemplado su inocencia ya perdida en la infancia triste y desarraigada vivida. La que le quedaba por vivir aun incierta.

- Nos volvemos a encontrar pequeña, me pregunto si sabes de algún lugar donde este pobre aldeano pueda dormir y descansar – dijo el joven.

- La casa de mi hermano es pequeña y pobre, apenas un cuartucho de mala muerte con una pequeña estancia que hace las veces de cocina y almacén, es todo lo que puedo ofrecerte- le contesto con la vista perdida la joven, al tiempo que sus ojos brillaron. El viento la delato y lagrimas de soledad afloraron desde lo más profundo de su alma.

Mientras, en el viejo palacio episcopal, tomado por el mando militar local, el general Herrasti observaba a los dos hombres con impaciencia, ansiaba recibir buenas noticias y no podía ocultar su nerviosismo. Conocía a uno de aquellos hombres, no en vano le había entregado un despacho de su propio puño y letra, dos días antes. Si el joven Richard le era familiar y despertaba sus simpatías, su

acompañante en cambio le infundía respeto, no en vano el desconocido había hecho alarde de superioridad al no intercambiar ningún saludo militar. Herrasti observo a otro recién llegado, Julián Sánchez le escoltaba en aquella reunión. El general español no pudo resistir el silencio reinante en la estancia, entonces se volvió al joven Richard.

- Y bien, ¿Qué respuesta hay de la avanzadilla inglesa? He visto algunos escuadrones de caballería, unos cientos de hombres a lo sumo – golpeo con fuerza una mesa estilo barroco y apretó sus puños - ¡Maldita sea, la altanería inglesa! – exclamo el viejo oficial – Acaso piensan que Ciudad Rodrigo puede resistir con tan escaso contingente y tan efímera ayuda – Volvió su vista al desconocido que permanecía inmóvil junto a un gran ventanal, adornado con unas vidrieras multicolores, a lo lejos llamaradas e incendios mostraban los efectos de un ataque nocturno francés sin tregua.

- Señoría permítame que haga las presentaciones – interrumpió Richard – le presento al Mayor General Robert Craufurd, al mando de la división ligera del ejercito ingles.

- General Herrasti, he llegado a tiempo de ver la carga de su caballería, son unos jinetes extraordinarios equiparables a los cosacos en destreza y fuerza. Esas picas han sido como un hachazo firme y certero en los cuadros de la infantería francesa. Qué adiestramiento tan fructífero. ¿Dónde fue formada tan efectiva hueste mortal?

- No son militares. Son voluntarios charros todos ellos a excepción de dos centenares formados en nuestros cuarteles de Méridacontesto el general – los comanda nuestro alférez aquí presente – el oficial británico se volvió hacia el líder de la caballería charra.

- Permítame que le felicite, ha sido un espectáculo sublime a los ojos de un militar.

- Gracias general – contesto el Charro.

- Bien, bien pero imagino que no ha venido desde Gallegos para alabar a nuestros voluntarios – interrumpió Herrasti- tengo dos preguntas flotando en el aire, me pregunto si vendrá su división a sumarse a la defensa y lo que es más importante vendrá su querido comandante en jefe Wellington a nuestro auxilio.

Robert Craufurd tendió a su aliado un pergamino, redactado en castellano, el viejo general lo recibió con manos temblorosas y sudorosas. Se puso un pequeño monóculo necesario para su vista cansada por la edad y lo comenzó a leer con ávido interés. El propio Wellington le dirigía un mensaje. Su gesto se contrario por momentos, su semblante paso del asombro a la indignación. En aquel mensaje cortes, no amable pero directo, con palabras escritas, se desvanecía toda la ayuda esperada. Wellington permanecería en Portugal cerca de la costa lisboeta y ningún soldado británico cruzaría el río Águeda

para socorrer a los sitiados.

Los españoles lucharían solos hasta la extenuación, hasta el límite de sus fuerzas. El general arrojo con ira el mensaje en la chimenea donde este se consumió en el fuego. Julián Sánchez “El Charro” y el joven Richard entendieron al unísono que no habría respuesta positiva a las preguntas del general defensor.

Ney estaba convencido que la ciudad necesitaba un escarmiento ejemplar. Aquella ciudad se merecía una lluvia de bombas y ser reducida a cenizas. Crear el caos total tenía que ser el objetivo de su artillería. Los incendios debían arrasar con la moral de los defensores y para ello contaba con lo necesario. El camino de Salamanca estaba protegido y el constante ir y venir de los carromatos comenzó a suplir nuevas piezas de artillería, pólvora en abundancia y alimentos para su desnutrida tropa.

La afrenta sufrida durante los primeros días de asedio era grande y necesitaba una contestación sin parangón. Ney estaba decidido a triunfar sobre aquellas murallas y dar un golpe de gracia contra los agotados defensores. En el teso de San Francisco comenzó a planificar minuciosamente su asalto definitivo. Si jugaba bien sus bazas la ciudad tendría que rendirse. Aquellos muros no resistirían pero de hacerlo sus moradores pagarían con creces tamaña osadía.

La situación comenzó a ser insostenible durante las primeras horas de la tarde. La artillería muda en una tregua sin pacto, despertó toda su ira. Madres arroparon a sus hijos ante la tormenta de fuego enviada contra la ciudad, como si de un ángel exterminador se tratase. Las criaturas lloraron sin consuelo ante el sonido atronador de aquel incesante preludio a la peor de sus pesadillas. Las llamas de los incendios se extendieron por toda la ciudad. Explosiones sin fin recorrieron sin piedad la ciudadela. Padres ya sin hijos, sin futuro en el que reflejarse comenzaron a compartir el destino injusto de aquel holocausto. Silencio en las gargantas de los sitiados, la furia de mil tormentas en las bocas de los cañones dieron paso a la mayor devastación de los arrabales de la ciudad.

Las murallas resistían, a un alto precio. Muertos muchos, incontables. Impasibles ante las balas los supervivientes, los herederos del espíritu de los tercios. Manuel sujetaba su montura, esta encabritada con el ruido de los proyectiles luchaba por liberarse de su dueño. Al pie de la muralla comenzaba a llover carne humana mezclada con la sangre de sus hermanos de armas. Los charros están impacientes. El lugar comienza a parecer una ratonera mortal, una trampa de piedra. Una tras otra las piezas de artillería de los castellanos callan, enmudecen su vital apoyo a los defensores, están bien parapetadas pero no llega la munición. Nadie desafía al infierno en una carrera suicida por las municiones. Pronto los sitiados funden

sus rostros con la piedra de las murallas, sienten la piedra pegada sobre sus pieles, imploran a todos los santos por sus vidas, hay valor pero nada está ahora al alcance de sus balas. Es un Mayo sangriento, el día que todas las bestias del infierno se levantaron al unísono para asesinar la esperanza de Ciudad Rodrigo, la esperanza de España, Portugal y quizás la esperanza de media Europa.

Es tiempo de los héroes del pasado, el resurgir de los hombres, la hora de rendir cuentas con el altísimo. Unos pocos deben dar el ejemplo y sacrificarse por el bien de muchos. Un jinete irrumpe en el interior, pidiendo que se abra la puerta de la muralla, está solo, el caballo se vuelve, pero él lo sujeta con firmeza.

La puerta se abre lentamente, un centenar de jinetes se han ido aproximando al héroe solitario, esté dispuesto a realizar su última carga. Francisco desde la plazuela golpea el hombro de su hermano. Muchos ojos se clavan en la puerta de la muralla. Julián Sánchez "El Charo" se dispone a cargar a campo abierto.

- ¡Francisco! – exclama Manuel – es una locura, un acto temerario pero nuestro alférez se dispone a luchar.

- Veo un valiente en ese hombre y por Dios que cabalgare a su lado hasta el infierno si es necesario – el joven monto en su caballo esperando un gesto unánime de sus compañeros- nadie parece seguirle pero el joven grita con determinación, con todo el aire de sus pulmones.

- Compañeros he cabalgado con vosotros y la muerte es mi compañera ahora, sin miedo alguno en mi alma lo volveré hacer porque nadie ha de decir que un castellano fue cobarde. Nadie gritara en mi cara que no acudí a la llamada, nadie me hará jamás sentir vergüenza. Mis hijos me recordaran, mis hijos me vengaran, pero en este día, pagare cara mi deuda ¿Quién está conmigo? ¿Quién cabalgara por honor y por el orgullo de nuestra tierra? – pregunto el joven. No hubo respuesta alguna pero un caballo se destaco de entre todos y un escocés apareció a su grupa gritando a los jinetes.

- Yo aunque extranjero en esta tierra cabalgare a vuestro lado, aunque los hijos de esta tierra vacilen, por mi compromiso, por mi honor yo cabalgare con vosotros.

Los dos jinetes salieron a galope tendido hacia la puerta quedando todos atónitos ante tal muestra de valor. Los charros se sintieron heridos en su orgullo y uno tras otro fueron espoleando sus monturas para que estas cabalgaran más deprisa al encuentro de sus compañeros.

Julián Sánchez cargo con sus cien leales en la soledad de una carga triste, agónica y trágica. Volviendo su vista a la ciudad un escalofrió recorrió su espalda, una emoción sin igual invadió su corazón, tres mil jinetes le acompañaban a pocos pasos, los batallones charros cargaban

heroicos, la primera carga majestuosa y romántica en busca de la muerte. Solo la mitad volvió al atardecer.

Poliana la portuguesa

El cerco de las alimañas humanas se fue estrechando y cerrando por momentos. Poco a poco ahogaron sus esperanzas. La huida se presento imposible. Se aferro con fuerza al tronco del árbol donde permanecía escondida. Sus rodillas quedaron al descubierto maltrechas y sangrantes. Miro con horror sus uñas sucias y rotas. La sangre de los roces de su huida por el bosque cercano recorría sus brazos. Su cara se reflejo en un pequeño manantial regado por la incesante lluvia. Se horrorizo de su cabello desaliñado, sus ojos vidriosos no escondían el pánico, su cara blanca con matices grisáceos del barro impregnado del camino, en su carrera por su vida. A lo lejos diviso la entrada de la ciudad mirobrigense, como un espejismo ofreciendo su tabla de salvación, como una mano tendida en socorro de sus oraciones. Sus perseguidores estaban cerca prestos para el más pernicioso de los fines, su presencia se percibe cercana, acechante. Las voces de los que no tienen miedo resuenan desafiantes, cual jauría de cazadores muy cerca, al tiro de un canto rodado del camino.

En un impulso de valentía de fe ciega en sus posibilidades, sintió que sus piernas perdían su temblor, en un acopio de sus últimas fuerzas, estas por fin obedecían sus órdenes y se lanzo a la frenética carrera, a su lucha particular por el último aliento de éxito contra las crueles intenciones de sus perseguidores. Perdió una de sus botas, pero esto no importaba, no era el momento de detenerse. Su pie desnudo al contacto con la hierba le transmitió una sensación cálida, un calor refrescante pero esto fue sólo una sensación efímera, que se torno dolorosa al contacto de su pie con las piedras arrastradas en la época de crecida desde el cercano cauce del rio. Pequeños pinchos de zarzas y astillas de madera se clavaron en su pie desnudo. Un alarido de dolor surgió de su garganta. Volvió la vista y comprobó horrorizada como sus perseguidores surgieron como demonios entre los chopos de la orilla del rio. Sus caballos levantaron con sus cascos el agua en forma de miles de gotas en un terreno enfangado, salpicando sin fin el camino hacia la asustada joven.

Cerró sus ojos y su cuerpo ya sin escapatoria se desplomo de rodillas sobre el llano. Encomendó su alma al señor. Cinco jinetes la rodearon, sintió el ruido de sus corazas al desmontar al unísono. Su presa estaba al alcance de su mano. La joven intento escapar. Una sucesión de fuertes patadas la arrojaron definitivamente al suelo minando su resistencia. Sintió el contacto de su boca con el duro cuero de una bota. La sangre fluyo por su cara al tiempo que un corte profundo la recorrió la cara desde el ojo, producto del certero impacto

de una punzante espuela estrellada y extremamente afilada. Dos hombres la sujetaron con fuerza de manos y brazos, sintió su fuerza completamente inmovilizada, abrieron sus piernas, un tercer hombre se preparaba para consumar la violación. Este hecho infame había sido sin duda el objetivo de aquellas bestias desde que divisaron a la jovencita recogiendo plantas medicinales en un encinar cercano. La persecución había sido extrema, su resistencia exasperante para aquellos soldados y ahora ella lo había de pagar saciando su reprimido apetito sexual. La mujer cerró sus ojos una última vez presa de la impotencia. Aquellos esbirros franceses, proclamaban representar a la autoridad vigente, al rey en el trono de Madrid, José I. Pero que justicia, que derecho divino les otorgaba el robo de su inocencia tan celosamente guardada para el ser amado. La acción tan vergonzosa de aquellos hombres le pareció vil y repugnante. Su rostro giro con semblante ausente hacia la izquierda, hacia su añorado Portugal. A pocos metros sombras de esperanza, surgidas de la nada, fieras desencadenadas de venganza, surgieron como un torbellino, cargadas de ira para hacer justicia. Un certero disparo en la frente del violador segó su vida de inmediato. Sus cuatro compañeros de armas, compañeros en aquel acto cruel intentaron huir, sus esfuerzos fueron inútiles. Los recién llegados, garrocha en mano les abatieron como a toros desbocados. Sus caballos pisotearon sus cuerpos hasta el último aliento de aquellos hombres detestables.

La mujer sollozaba sin consuelo, la vergüenza la consumía cuando Manuel desmonto de su caballo. Avanzo hacia la joven que mostraba su espalda desnuda, su vestido hecho jirones y la cubrió con una manta, la joven se aferro a ella. Treinta jinetes charros, hombres curtidos todos ellos rodeaban en círculo a la mujer. Sus garrochas hundidas en el suelo, se elevaban por encima de sus cabezas, como espigas desafiantes hacia el cielo mirobrigense.

La partida ofreció a la damisela rescatada un caballo francés y cabalgaron hacia la seguridad de las murallas, hacia la ciudad sitiada. El caprichoso destino había guiado sus pasos, aquella tarde de junio al milagroso rescate de Poliana la portuguesa.

Era el primer día de junio, el grupo rodeo la muralla de este a oeste desafiando a la artillería francesa. No obstante, no era una acción suicida, cabalgaron pegados al foso de la muralla. Aunque desafiantes, descarados en su ir y venir, aquel grupo de reconocimiento no quería invitar a temerarios invasores a un intento de capturarlos. La protección de la muralla, al alcance del fuego defensor disipaba esa posibilidad.

Tres jinetes quedaron rezagados del grupo. En el horizonte un espectáculo inusual llamo poderosamente su atención.

- ¡Manuel! – exclamo Francisco - ¿Qué demonios es lo que

contempla mi cansada vista? Estos franceses se reproducen como espigas en un campo de trigo.
- No entiendo que está sucediendo aquí, esto no es nada bueno
– la mujer cabalgando a su lado disipo finalmente sus dudas.

- Soy portuguesa, medico en la ciudadela pero hasta yo puedo reconocer esos estandartes. André Massena ha llegado. Mis compatriotas pueden darse por perdidos. Esa nueva nube de soldados ha sentenciado a esta ciudad y a Portugal entero.

Poliana espoleo con fuerza su montura, los dos hermanos la siguieron a distancia. Fue esta la última vez que vieron con vida a Poliana. Al aproximarse a la entrada de la muralla, un joven voluntario reconoció la montura de un lancero francés, un insensato pensó y sin dudar disparo. La portuguesa cayo al interior del foso de la muralla y allí permaneció su cadáver durante días, nadie reclamo su cuerpo. Cruel fatalidad la mujer no pudo escapar a su signo, salvada y sentenciada en pocas horas, su destino estaba escrito aquel 1 de junio de 1810.

El refuerzo francés pronto rodeo completamente la ciudad. Sus cuerpos de ingenieros establecieron dos pasos que cruzaron el río Águeda presto a avanzar ante la inminente rendición de la plaza. Los ataques se multiplicaron y con ellos el numero de víctimas mortales. Los días comenzaron a parecer eternos, un junio sangriento fue desfilando en el efímero, apenas perceptible escenario de sus vidas.

Manuel pasaba las horas más tardías, con la niña huérfana y Eliana agradecía su compañía desinteresada, esta le garantizaba cierta seguridad. La casa comenzó a llenarse de vida y nuevos huéspedes se fueron incorporando. Su hermano Francisco cansado de los nuevos rumbos del burdel comenzó a frecuentar y alternar ambos lugares. El dinero tan necesario en una ciudad escasa de todo se había casi agotado. La presencia cada vez más frecuente de remilgados oficiales españoles comenzó a incomodarle, su estancia se redujo y su compañía femenina disminuyo en la misma medida que el tamaño de su bolsa. De la noche a la mañana decidió un cambio radical de aires. Richard también se convirtió en un asiduo al humilde hogar de la niña. La diminuta estancia comenzó a hacinarse por momentos y el espacio cada vez más pequeño se manifestó como un problema de difícil solución. Afortunadamente el joven escocés estaba ausente muy a menudo actuando como un enlace improvisado entre los sitiados y el contingente británico asentado en Gallegos. Estas visitas proporcionaban de la intendencia inglesa abundantes provisiones muy de agradecer en la escasez tan acuciante de los sitiados.
- Eliana ¿Qué vas a hacer si tu hermano no regresa? –pregunto Manuel.

- Regresara – contesto la niña aun a sabiendas de que traicionaba

su corazón ocultando la realidad con aquellas palabras. Hacía mucho tiempo que no albergaba ninguna esperanza – Regresara estoy segura – se mintió de nuevo al tiempo que disimulaba una lagrima furtiva escapando de su mejilla.
- Nadie lo puede saber. Quizás llegue el día que tampoco nosotros regresemos.
- No digas eso – grito la niña – tienes que regresar, tu mujer tu amado hijo te esperan en la frontera.

- Por ellos y por tu propio bien, tratare de mantenerme con vida – el joven no estaba muy convencido de sus palabras. Consideraba un milagro estar todavía respirando en aquellas tierras ensangrentadas por sus iguales y enemigos, viciadas por el aire de la guerra.

- Tienes que volver siempre, prométELO, aunque te olvides de mi tú al que te considero como un padre que nunca conocí debes volver.

Los gritos de su hermano Francisco interrumpieron la conversación. Apenas con aire, tras la carrera, le señalo al cielo al tiempo que le daba la noticia.

- Manuel, los batallones voluntarios charros se van de aquí. Julián Sánchez abandona la ciudad, debemos ir con la caballería a Martiago sin demora.

La niña clavo sus ojos en los suyos, una mirad suplicante, se torno en un lamento rasgado ante la idea de encontrarse a la mañana siguiente de nuevo sola en aquel infierno de piedra y hierro, amasijo de destrucción y muerte. Manuel lentamente se volvió hacia su hermano.

- No hermano querido – le dijo con determinación – yo no me marchare de esta ciudad, aun no, me quedare aquí para compartir su suerte. Soy voluntario, como tal elegiré mis propias batallas y con suerte el lugar donde mi vida llegara a su final – sus manos acariciaron en un gesto paternal el pelo revuelto de Eliana.

- ¡No te libraras de mi compañía! – exclamo el de Alameda – si tú te quedas yo me quedare contigo, separados estamos de un hermano, nuestra fraternidad no se volverá a quebrar. Lo juro por nuestros difuntos padres.

La noche del fin del mundo

E

n el convento de la Caridad, la reunión alcanzo su punto más crítico. Dos hombres discuten en el antaño reciente santo lugar. El hombre pelirrojo, ve a sus cuarenta y un años que tiene que rendir cuentas. Le tiembla la voz, su rango de Mariscal del imperio queda en un segundo plano. Su interlocutor, el duque de Rivoli y recientemente nombrado por el emperador Príncipe de Essling no comparte su criterio, las acciones llevadas a cabo durante los últimos sesenta días desesperan al comandante en jefe de los franceses. Sus cincuenta y dos

inviernos le avalan y la confianza de Napoleón le parecen suficientes razones para imponer y respaldar sus órdenes. Sin embargo ambos Mariscales se respetan, su interés común por su amada Francia prevalece a los intereses particulares de gloria y reconocimiento. Hace mucho calor, la comida esta sobre la mesa, ya fría y así seguirá durante muchas horas. Nadie se siente lo suficientemente osado para interrumpir a los dos oficiales, el destino del sexto ejército pende de sus decisiones.

- ¡Es inaudito! – exclamo André Massena – No ha tomado esta ciudad y se permite aconsejar el avance – el hombre recorre la estancia hablando consigo mismo antes de volverse hacia su subordinado – Como puede siquiera sugerir mi partida a Portugal con este bastión aun intacto a mis espaldas – la furia contenida era ya latente

– Su estrategia está llena de decisiones erróneas, fallos de cálculo imperdonables.

- Excelencia, cada minuto que pasa Wellington es más fuerte. Entiendo su frustración pero nadie esperaba esta resistencia. El baluarte es más sólido de lo que nuestros informadores avanzaron sobre el papel. Hombres valientes defienden sin temor a la muerte cada palmo de esa muralla.

- No avanzaré sin conquistar esta plaza, media Europa tiene sus ojos fijos en nuestro avance, Francia espera nuestro éxito. El emperador no quiere fracasos, esa palabra no existe en el ejército francés

– Massena lanzo un trozo de papel a los pies del duque de Elchingen y príncipe de la Moscota – Se revuelve en Versalles por vuestra demora y esta demora es mi propia desgracia ante los ojos del soberano.

Michel Ney recogió el escrito, el sello imperial colgaba en un extremo, reconoció la firma al pie del pergamino, los trazos firmes del conquistador de la vieja Europa. El curtido mariscal se lo arrebata de las manos y comienza a leerlo con ironía en voz alta.

- "Señor Príncipe de Essling, le envió esta carta con la urgencia que la situación requiere en España. Noticias desalentadoras me confirman los deseos de Francia no están siendo conseguidos en su avance. Nuestro enemigo es ahora un león herido, como los leones que adornan su escudo y nuestras águilas deben golpear con fuerza para evitar su resurgir, el imperio no puede, no debe recibir ningún zarpazo de la bestia. Muy a mi pesar debo plantearme ahora, que mi decisión de otorgarle el mando del ejército peninsular no fue acertada. Una pequeña ciudad no puede parar un ejército, tampoco nuestro crédito puede perderse por tan insignificante bache del camino. La gloria de Francia no es efímera, debe perdurar en la memoria de todos. No

podemos permitir, un bastión rebelde sirva de ejemplo, espoleando y levantando el ánimo de nuestros enemigos y a su vez tenemos que evitar este sea la causa de la parada del perfecto engranaje de nuestra máquina de guerra. No quisiera ahora que otros frentes y campañas se abren ante mis ojos y la gloria de Francia, su fracaso, sea mi propio fracaso, el avance a Portugal se pierda en los anales de la historia y me vea en la vergüenza de la derrota. Austria, Rusia la propia Prusia son gigantes dormidos por el miedo a nuestro poderío militar, no podemos dar alas a su esperanza, no debemos crear ningún tipo de romanticismo, no pueden albergar la idea errónea de que nuestro gran ejército es humano y no invencible. Confió su prioridad se cumpla ante todo, pero nunca permita que ningún sentimiento de júbilo o sensación de victoria aflore en el sentir de nuestros enemigos" – Massena observo a su mariscal – Creo que nuestra determinación es clara, los ojos de Francia esperan nuestro resurgir – golpeo con fuerza en el pecho del duque – Ciudad Rodrigo deber ser tomado cueste lo que cueste.

Michel Ney abandono muy furioso la estancia, su crédito y capacidad para el mando habían sido cuestionados. En su paso firme por el patio del convento, los soldados se cuadraban uno a uno con su saludo militar firme, respetuoso. Su furia iba en aumento, no respondió a ningún saludo. Llego a sus dependencias. Apuro una gran copa dorada, llena de aguardiente, lanzo la copa y una pequeña bandeja plateada con rabia descontrolada, contra los estandartes, contra las águilas, el símbolo más preciado de sus regimientos y su patria. Abrió el pesado baúl de madera noble, cartas de su esposa Hágale Auguié se apilaban sobre sus uniformes perfectamente alineados, apilados en orden en el fondo del baúl. Estas cartas no estaban abiertas, le reprimían sus palabras, un resquemor de desprecio siempre le inundaba al leer aquellas cartas. Su estéril mujer le apremiaba siempre con temas domésticos - Por Dios pensó, esa mujer no sabe organizar un simple palacio, ni siquiera es capaz de dar órdenes a los criados, se sentó en una silla, donde resbalo su cuerpo hasta una posición de agotamiento total, lanzó las cartas al suelo de piedra, estas se diseminaron como plumas al aire. Entonces se fraguo su venganza, su ataque final contra la ciudad, el 23 de junio de 1810 sería una fecha a recordar por todos y cada uno de los mirobrigenses.

La puerta de la estancia se abrió sin ningún aviso, la luz tenue del pasillo ilumino una esbelta figura femenina, la ramera avanzo y desnudó sus senos. El general rompió sin miramientos su vestido, sus manos recorrieron las curvas de su cuerpo, sus caderas totalmente desnudas. Los cálidos senos inundaron su boca, una mano de la joven despeino sus cabellos rojos, la otra cogió con fuerza su miembro viril. La meretriz de las meretrices, sonrió dejando al descubierto unos

dientes perfectos, limpios de un impoluto blanco marfil. El oficial entro en la joven sin contemplaciones, profundo y con fuerza. Clavo las uñas en su espalda y hasta el último jadeo no paro, no se detuvo hasta que su cuerpo se fundió con el éxtasis que otorga el placer mas intimo en lo más hondo. Se levanto y apuro una copa de vino de un trago, la joven recogió sus monedas y se marcho del santo lugar tras lavarse en una gran bañera de bronce.

Los pasos retumbaron en los escalones de la muralla al grito de guerra que rompió la tregua, el silencio no pactado de los cañones despertó de su letargo. A la hora señalada, el infierno se desato en la noche del fin del mundo. Tres mil proyectiles en cadena sin fin barrieron el bastión del príncipe. El cielo se torno negro por el humo, las cargas sucesivas de las salvas contra los parapetos comenzaron a ser efectivas. Herrasti reunió a la mayor parte de sus maltrechas tropas, estableciendo la línea defensiva más efectiva para el suministro de municiones. La comunicación en la cadena de mando se comenzó a perder por las bajas, la orden de disparar a los oficiales parecía una constante entre los franceses. El aumento de las fuerzas francesas, reforzadas por Massena puso en evidencia la desigualdad numérica entre los dos bandos. Los granaderos franceses fueron ocupando todos los altos circundantes sin apenas resistencia. La brecha en las murallas era inminente. La presencia de los lanceros charros entonces ya ausentes fue echada en gran falta. La partida de estos el día anterior había supuesto un signo de debilidad, un signo de plaza conquistada. Su ausencia presagiaba los peores temores, la más injusta de las suertes.

Los mosquetes enmudecieron ante la ofensiva del sexto ejército, faltaban ya manos para dispararlos. Todo parecía perdido. Los flancos imperiales fueron cerrando su tenaza, su fuerza principal sin apenas resistencia se acerco al Torreón del Rey, tres batallones napoleónicos intentaron tomar entonces el convento de Santa Cruz. La debilidad de las tropas allí guarnecidas pareció ceder por momentos. Una densa niebla acompaño en esta pequeña batalla por la supremacía a los temibles asaltantes, causando la sorpresa de sus defensores. Cien valientes del regimiento Ávila acudieron en su auxilio. Los destacamentos de caballería franceses, dragones en su mayoría intentaron cortar el avance de la tropa que acudía al auxilio. Entonces el Dios de la guerra y la Diosa de la fortuna expusieron de forma milagrosa a los asaltantes, volviéndoles vulnerables al fuego de la guarnición. Los españoles llegados al auxilio calaron por fin sus bayonetas para expulsar a los franceses. El baluarte finalmente no cambio de manos durante aquel ataque.

Las baterías francesas intensificaron aún más sus bombardeos de muerte y destrucción. Pronto se llego al cuerpo a cuerpo. Manuel y

Francisco luchaban como leones en lo alto de la muralla norte, esta resistía a duras penas los ataques de todo el ejército francés.

La situación por momentos degenero en una carnicería y a punto estuvo Herrasti de ordenar la evacuación inmediata pero esta orden hubiera creado grandes dudas y confusión en sus hombres. Decide acudir él mismo con un destacamento de voluntarios para retener a los franceses en la muralla y garantizar el control de la misma. Los ataques invasores fueron repelidos hasta seis veces. Manuel lucha a brazo partido y pronto espalda con espalda junto al viejo general. La situación se vuelve indescriptible. Un francés apunta a Manuel con su mosquete, es un disparo a quemarropa, el joven esta perdido, gira la cabeza al tiempo que el francés cae abatido sin tiempo a disparar, mira a su salvadora. Eliana esta allí, ha disparado con una pistola salvando su vida de un certero disparo. No es la única, de la ciudad surgen mujeres, ancianos y niños armados con lo que encuentran. Los civiles se prestan a la defensa, disparos a quemarropa siegan sus vidas por doquier, una niebla de balas y metralla comienza a diezmar las esperanzas de la perla de Castilla.

- ¡Por lo que más quieras Eliana! – grito Manuel - márchate de aquí, busca un refugio seguro, nadie va a sobrevivir aquí – Manuel sigue luchando sin pausa hasta que finalmente se acerca a la niña, la da unos empujones que esta no comprende, la fuerza a huir, una bala le roza el hombro, un leve rasguño, un milagro ante tal caos y desesperación. Vuelve su vista, busca rostros amigos. - ¡Francisco, Francisco! – grita sin cesar pero el humo le ciega, apenas unos metros al alcance de su vista, en ese corto espacio de visión pronto ve un cara conocida, es Ladio, este le sonríe antes de recibir varios balazos. Siguió agarrando con fuerza su mosquete hasta que murió.

La tercera división de Louis Loison se acerco a la brecha, respaldada por sus flancos. Voluntarios castellanos retoman sus posiciones y de nuevo rechazan el asedio, una tormenta no invitada hace incluso más oscura la noche del fin del mundo.

La ciudad parece resistir por enésima vez. En lo alto de una colina, desafiando las condiciones atmosféricas el general Craufurd se muerde los labios hasta que la sangre recorre su barbilla, ansia tanto acudir al socorro de los sitiados. La vanguardia del ejercito ingles forma expectante en perfecta formación tras su comandante en jefe, sus escuadrones a caballo están prestos para la lucha, sus caballos hunden sus cabezas en la hierba, golpean con impaciencia el suelo con sus patas delanteras. La división ligera es la ayuda vital para la ciudad. La orden no llega. El escocés siente rabia, pero sus órdenes son todavía una ordenada retirada, ni un solo hombre debe cruzar el puente sobre el río Águeda, ni un solo hombre puede pisar el campo de batalla. Wellington ha sido claro en sus últimas instrucciones, debe retirarse

totalmente con dirección a la amurallada Almeida en Portugal. El río Coa y su paso obligado, es su destino. Lentamente gira su montura, sus oficiales le imitan y la siempre leal vanguardia comienza la retirada, en el absoluto silencio, la sangre hierve en las venas de la división ligera, un sentimiento de resignada cobardía invade los corazones de los soldados británicos retrocediendo por el camino libre hacia Portugal.

Un jinete rompió sus filas, contrario a todos sus compatriotas cabalga hacia la ciudad al galope vertiginoso de su corcel, es un alma libre entrando al galope en una ciudad llena de cadáveres, donde por igual hombres, animales y caballos muertos cubren sus calles.

Richard Wrestling siente su voz ahogada por el estruendo de los cañones cuando grita el nombre de sus compañeros, los mismos que abandonaron Castillejo de Dos Casas junto a él en pos de una gloria inexistente.

En la plaza se encuentra con el joven Manuel, está herido, está cansado, este alza su vista, le observa con ojos atónitos.

- ¡Qué diantre estás haciendo de nuevo en esta ciudad! – exclamó al tiempo que se sentaba sobre la pértiga de un carro sin ruedas abandonado a su suerte– los tuyos se retiran hacia Almeida, deberías acompañarlos, cabalgar al abrigo seguro de sus bayonetas.

- No podía abandonar a un cascarrabias como tú. ¿Qué podrías hacer en esta guerra sin mi alegre compañía?- el escocés le miro con sonrisa picara, esta se disipo cuando fue consciente del panorama a su alrededor, muertos, tullidos, soldados agotados colmaban el lugar.- Manuel debemos volver a Castillejo, nuestra hora ha pasado, la ciudad se rendirá, como voluntarios podríamos simplemente desaparecer, nadie nos echara en falta, nadie se molestara en buscarnos. Nuestra suerte no debe ser la de esta ciudad, debemos perdurar más allá de estos muros.

- Mi hermano se encuentra desaparecido. No puedo marcharme sin encontrarle o en el peor de los casos sin recuperar su cuerpo – respondió el joven al tiempo que se ponía de nuevo en pie.

Noto como una pierna le fallaba, no era por una herida de bala, respiro aliviado, simplemente comenzaba a experimentar los efectos de un fuerte golpe. Levanto su pantalón charro hasta la rodilla comprobando el moratón que se extendía por su muslo, intento andar, leve cojera, nada importante. Una voz se escucho de repente desde el fondo de la plaza, a lo lejos apareció su hermano Francisco montado en un caballo, conduciendo otra montura con su mano derecha.

- Hermano, la mala hierba nunca muere – sonrió – Escocés me alegra ver que continuas con vida y si queremos seguir vivos, coincidiréis conmigo que tenemos que irnos – apremio a su hermano a que subiera al caballo.

Este no lo dudo y los tres jinetes bajaron la plaza, raudos, veloces hacia la salida sur de la ciudad. Esta estaba aun protegida por desconcertados militares, pero sin intención de pararles en su retirada pactada. Estos reconocieron en los jinetes charros a los habituales patrulleros de las habituales partidas de reconocimiento realizadas durante los muchos días de asedio. Abrieron la puerta y los tres voluntarios se dispusieron a abandonar la ciudad. Un grito se escucho calle arriba. Los tres hombres detuvieron sus monturas. Manuel espoleo su caballo en la dirección del grito. Una joven niña sin aliento, brazos caídos, pies descalzos permanecía ahora inmóvil, sudorosa de la carrera sin tregua desde que avistara a los jinetes, para luego desaparecer en los límites de la plaza. Ahora con mirada perdida, fija su vista en la gran puerta de madera de la muralla, donde dos jinetes todavía la observaban. Eliana lloraba, ningún derecho la asistía, nada la debían aquellos hombres, su carrera sólo había sido un instinto de supervivencia, quizás un adiós… Lentamente con la cabeza baja y gesto taciturno se volvió sobre sus pasos. De repente el tercer jinete, apareció a su lado, se inclino para cogerla, los brazos de la niña buscaron las manos salvadoras, cabalgaron prestos, no miraron atrás la ciudad fue quedando a sus espaldas.

El 9 de Julio, el general Herrasti por fin se vio obligado a rendir Ciudad Rodrigo al Mariscal Michel Ney. Rendición tras cumplir más allá de su deber de militar. Tres mil quinientos prisioneros comenzaron su calvario particular camino de Paris. Setenta y cinco días de asedio, tiempo precioso, tiempo valioso para la coalición anglo-portuguesa se había ganado en aquella justa. Demora importante en los planes de invasión de las águilas galas. Wellington desde las líneas de Torres Vedras sonríe, quizás ya vislumbra su futuro, hasta sin saberlo presiente la epopeya épica que guiará sus pasos desde Portugal a la madre de todas las batallas, un junio de 1815 la historia le contemplara, un nombre resonara por toda Europa, los campos más ensangrentados del viejo continente se rendirán ante su nombre: Waterloo.

LISBOA SEPTIEMBRE 1810

S

intió como el viento soplaba en su cara, un sonido huracanado, silbante en sus delicados oídos azotaba las velas del navío. El mercante se fue acercando a la costa. Pronto cruzo majestuoso la bocana exterior del puerto. Enfilo su proa hacia la gran ciudad. La velocidad disminuyo a unos pocos nudos, tres a lo sumo. Escucho la voz del Capitán en la popa– todo a estribor, preparados para maniobrar a babor a mi orden – El mercante pronto se encontró parado en medio de la bahía. Sus intentos de atracar en un muelle seguro se vieron frustrados. A lo lejos todos los muelles aparecieron

ante su vista totalmente congestionados, multitud de buques ocupaban su ansiado muelle tras meses de dura navegación. Pudo reconocer en ellos varias fragatas inglesas, en una formación conjunta perfectamente atracados al costado del muelle, distinguió entre la armada inglesa, los buques de su majestad: Invencible, Royal Oak, Monarch y Centaur. Detrás varios bergantines daneses y noruegos ocupaban el muelle contiguo, en constante actividad con la descarga y carga de sus preciadas mercancías.

Los cañones del cercano castillo protegían a todos estos buques apuntando hacia la entrada del puerto de Lisboa. El buque recibió instrucciones para fondear junto a un pequeño barco pesquero a escasos metros de la torre de Belem. Los pescadores les saludaban con júbilo a la vez que les miraban con extrañeza. Mucho tiempo había transcurrido desde que un barco o un convoy se acercaran a sus costas rompiendo el bloqueo francés de los temibles navíos de guerra Souverain, Solitaire y su buque insignia L´Almiral, estos siempre alerta acechando la mar y su costa a escasas millas del enclave portuario de Lisboa.

El ancla de babor se hundió en las profundidades hasta tocar el fondo arenoso, la cadena se detuvo en seco. Un silbato marco una nueva orden, la tripulación se preparo para recibir a los militares. Una gran barcaza, con un pequeño contingente armado anglo-portugués se fue acercando al ritmo lento de sus remeros, las casacas rojas se mezclaban con las verdes, todos prestos a abordar la nave para una inspección rutinaria, a la caza y captura de posibles espías franceses. El barco hondeaba ahora orgulloso su pabellón, la bandera de Castilla se desplegó a los cuatro vientos, por fin sin temor alguno.

Atrás quedaba su accidentada travesía del Atlántico y su encuentro con las poderosas fragatas francesas Scipion y Magnanime. Los dos navíos de guerra casi echan al traste sus intentos de alcanzar la costa lisboeta. Pero vientos por encima de cincuenta nudos y una estratagema del Capitán Juan Blanco, mantuvieron a los españoles en la cabeza de la tormenta, separados de sus perseguidores, hasta que estos por fin desaparecieron en la lontananza, en la delgada línea del horizonte encrespada por las olas, sacudida por la mar de fondo. Con todo a su favor rompieron el bloqueo francés.

Durante los días que sucedieron a aquella presencia en el horizonte, la sombra de la armada de ultramar francesa había constituido un riesgo al acecho del mercante. El Capitán del Estrella del Mar, en un acto de desesperación, realizo una estratagema como recurso final que dio el resultado esperado. Había ordenado ante la sorpresa de sus hombres, hondear el pabellón holandés, aliado de Napoleón y quizás esto fue lo que realmente salvo a su barco de un posible que no menos habitual pillaje orquestado por la armada gala

al entonces camuflado buque español, ahora ya seguro en el puerto de Lisboa.

Juan Grande López se aproximo al oficial británico, que comandaba la inspección, le tendió sus documentos, este le miro con indiferencia al tiempo que abría la cartera de cuero y extraía el salvoconducto del hombre.

- ¿Español? – pregunto el militar escudriñando al recién llegado, el hombre le asintió con la cabeza – No entiendo estos documentos, ¿quién los firma?

- Su ilustrísima señoría Francisco Javier de Elío, Virrey del Rió de la Plata y gobernador de Montevideo a quien Dios guarde muchos años.

- No reconocemos su autoridad, pero no vamos a discutir la validez de estos documentos, desde que en ellos reconozco el sello de la Junta – el ingles con ello quería dar por concluido rápidamente su trabajo. Mujerzuelas de taberna y un barril de buen oporto le esperaban en tierra, prestos a su desembarco. Algo le llamo poderosamente la atención. - ¿Qué es eso? – pregunto señalando a un objeto extraño que sobresalía a la espalda del pasajero. El español tiro de las cuerdas, las tres bolas golpearon la cubierta del barco.

- Es mí arma de caza, se llaman boleadoras, esta es de tres bolas, tres cantos redondos cubiertos de cuero porque la utilizaba para capturar caballos salvajes – El hombre intento evitar explicar que también constituía su arma personal el cuchillo facón oculto en su bota izquierda.

- No seréis por casualidad un revolucionario que escapa de las colonias, un desertor de sus obligaciones de la revolución de Mayo.

- Me estáis ofendiendo – rugió el castellano – Mi nombre es Juan Grande López, hijo de Matías Grande de Alameda y Catalina López Comeron de Fresneda, casado con Ángela Hernández el 12 de Septiembre de 1799 y ausente de mi patria desde ese año. Once largos años han pasado, viudo regreso a mi España. Mi hacienda es tan extensa como esta ciudad, mis reses y caballos se cuentan por miles. Gozo del favor del gobernador de Montevideo, al que considero mi amigo. Mis ropajes veo os engañan, soy el armador de este buque, mi flota recorre los puertos de medio mundo. Desembarco en Lisboa camino de la frontera española, en busca de mis hermanos, ellos son lo único que me queda en este mundo en guerra – El hombre arrebato sus documentos de las manos del oficial, aunque de orígenes humildes, su privilegiada nueva posición en la escala social le había acostumbrado a tratar con personajes de tal calaña, siempre ávidos de recompensas, doblones de oro que desperdiciar en los brazos de meretrices y malogrados juegos de cartas. – El hombre mostró un par de doblones – Quizás me pregunto podáis desembarcar a un humilde

servidor de vuestra causa – El soldado, le arrebato los doblones, los mordió con sus escasos dientes, los guardo en su cinturón, en la bolsa a la altura de la hebilla, a la izquierda del sable.

- Siento haberos ofendido, con mucho gusto desembarcaré a tan ilustre pasajero y sus pertenencias – sonrió maliciosamente. El oficial ingles ya imaginaba doblones de oro en su bolsa a la menor oportunidad y descuido del español.

- Mis pertenencias son escasas agradezco vuestra ayuda, pero no voy sólo, como ha podido ver en mis salvoconductos, me acompaña mi escolta personal, la guerra está en su apogeo, los caminos no son seguros – el joven señalo a seis hombres junto al palo mayor del buque – el oficial hizo una mueca de contrariedad, apenas había leído con atención los salvoconductos de su interlocutor.

Media docena de robustos indios Querandíes, de tez oscura, fuertes y musculosos como nunca vistos en aquellas tierras, formaban en silencio un circulo sobre la cubierta del barco a la espera de las ordenes de su amo. Sus abrigos y botas de piel de venado llamaban la atención de los soldados. Provistos de boleadoras, largos cuchillos afilados, pistolas y mosquetes, armados hasta los dientes constituían la fiera escolta del hacendado. Sus cabezas mostraban melenas de pelo negro azabache recogido por cintas de color rojo.

La militarizada Lisboa fue quedando a sus espaldas, no fue fácil obtener caballos en la ciudad. El ejército de Wellington y la milicia portuguesa requisaban todos los equinos disponibles. Sólo el abundante oro de Juan pudo convencer a un sargento corrupto para prescindir de siete magníficos alazanes. Sus cuerpos de tonos marrón claro cruzaron al paso la ciudad. Las calles respiraban una pobreza extrema, las riñas se sucedían sin cesar. Los niños y los ancianos olvidaban su condición para lanzarse como sabuesos ante la más mínima migaja de pan, el más triste de los huesos o el simple corazón podrido de una manzana. La católica Lisboa agonizaba lentamente. Rumores se extienden de los ultrajes en los camposantos, donde los difuntos ya no reposan en su descanso eterno, dando lugar a leyendas de canibalismo, que la gente se resiste a creer. Los santuarios mortuorios sagrados son víctimas del pillaje. La justicia mira hacia el Norte, pero la presencia militar ahoga sus balanzas, sus esfuerzos. Juan observa a una bella joven traspasando el umbral de una puerta en una carrera por su supervivencia. En vano, **ultrajada** por varios soldados, sin respuesta de la milicia portuguesa presente, es luego asesinada con un corte profundo en su aun imberbe cuello. La abandonan completamente desnuda en medio de la calle. Nadie se interpone a los monstruos en la caótica ciudad donde la razón se pierde, la barbarie campa a sus anchas. La comitiva del castellano, atraviesa las calles, lentamente, ni el trote de sus caballos es posible

ante la multitud desesperada, ávida de necesidades, dos hombres intentan robarle su alforja. Los Querandíes reaccionan, sus cuchillos surgen como relámpagos plateados, prestos a adornar el cuello de los ladrones, un solo gesto de su amo y hundirán sus hojas, las teñirán de sangre, separaran sus cabezas del tronco sin titubear. El español, les hace un gesto, los cuchillos se apartan de los gaznates y los truhanes, los dos bandidos huyen despavoridos.

La comitiva por fin puede poner sus caballos al trote, pronto al galope. El castellano siente sus monturas no pueden mantener tal ritmo, su cansancio sería contrario a sus deseos por llegar a su querida tierra. Esperan tres duras jornadas, inagotables entre los peligros que supone la tierra por conquistar y la ya conquistada en la peligrosa ruta que se disputan los dos más poderosos ejércitos de la vieja Europa. Sus monturas se pierden en el bosque, muy pronto las aun secretas líneas de Torres Vedras, se presentaran como un duro escollo en su camino. En sus proximidades, por capricho del destino espera reponer sus fuerzas, las de los que tan fielmente le acompañan, en su primera noche en el viejo continente, la primera después de tanto tiempo.

Evitaron la ciudad de Coímbra. Bosques, llanos y colinas se sucedieron sin cesar hasta que una pequeña extensión de campos de labranza, les obligo a adentrarse en un camino de tierra. Este les guio irremisiblemente hasta la pequeña población de Sazes do Lorvao. La población ante su sorpresa estaba abandonada. Su silencio, su falta de vida, animo a aquellos hombres a seguir su ruta hacia el Norte sin demora. Era una mañana como otra cualquiera y los viajeros como acostumbraban en sus tierras de Montevideo, habían madrugado en exceso, antes del alba. Subieron un camino de monte durante un par de horas hasta llegar a una encrucijada en el camino. Desde allí se intuía una nueva bajada hacia los desconocidos valles de Bussaco. Los siete jinetes se dispusieron en línea, detuvieron sus alazanes. La parada fue obligada. Juan Grande, en el centro de la formación adelanto su caballo, se froto los ojos, aquel 27 de septiembre de 1810, aquel día recién despertado al amanecer de los tiempos fue testigo de excepción de un pedazo de historia, la decisiva batalla de Bussaco.

En la cresta delante de los recién llegados testigos, seis divisiones británicas al mando del Duque de Wellington se desplegaban en línea apoyadas por ocho brigadas portuguesas. Robert Craufurd al frente de la división ligera protegía la vanguardia escoltado a sus flancos por cuatro brigadas inglesas de caballería y cuatro regimientos portugueses de caballería. A las nueve de la mañana, el Mariscal André Massena, ordenaba al segundo cuerpo del ejército francés al mando del general Reynier atacar el flanco derecho del ejército aliado. Tres divisiones francesas avanzaron hacia la tercera división inglesa comandada por el Mayor General Thomas Picton. Las divisiones

francesas avanzan con precisión, la resistencia que encuentran es envidiable, regimientos noveles portugueses paran el avance, los franceses se ven incapaces de abrir la brecha. En un intento desesperado, la caballería francesa avanza en apoyo del general Merle que intenta envolver a los ingleses, esfuerzo en vano, tras una carga gloriosa pero efímera, el general de brigada Jean François Graindorge cae de su montura mortalmente herido, sus hombres desconcertados vuelven sobre sus pasos. El primer regimiento de húsares junto al decimosexto y catorceavo de la caballería ligera de dragones les persigue sin cuartel.

Wellington observa que los franceses han confundido su fuerza central con el flanco derecho. Es momento de actuar, la quinta división británica al mando del Mayor General James Leith recibe órdenes de envolver al segundo cuerpo francés con una hábil maniobra envolvente hacia el Norte. La segunda división inglesa al mando del Mayor General Rowland Hill se sitúa como parapeto de una posible retirada de la quinta bajo el mando de Leith o apoyo de la tercera.

André Massena se encuentra cegado por una intensa niebla, el humo de la artillería no le ayuda, no le deja ver el movimiento envolvente ingles, no puede ver la tenaza que se cierne sobre el segundo cuerpo de Reynier. En lo alto de una colina, al más puro estilo Napoleónico, vuelve sus ojos al sexto cuerpo comandado por su leal Mariscal Michel Ney. El octavo cuerpo al frente del mariscal Jean Andoche Junot permanece en la retaguardia junto a una reserva de dragones, lo mejor de su caballería.

Ney intuye por los cañonazos que la lucha está en su apogeo, es tiempo de intervenir, a su orden dos divisiones avanzan hacia dos pequeñas elevaciones, el convento de Busacco es su objetivo. El flanco izquierdo británico muestra su debilidad, tropas con la misión de protegerlo no llegan a reforzarlo. Wellington teme la intervención del octavo cuerpo francés en reserva destroce a sus fuerzas. La posición ventajosa a la derecha del río Mondego no ha sido aprovechada y ordena la retirada hacia Coímbra, a sus líneas defensivas de Torres Vedras, su arma secreta contra el ejército comandado por su enemigo, André Massena. Allí esperara su oportunidad para contraatacar.

Uno de los indios Querandíes, señala en la sierra, bajo el desfiladero un paso que ha quedado libre a la izquierda de la cercana población de Pensacova, tras el movimiento envolvente de la segunda división inglesa del bravo y firme Hill, un paso abierto se muestra siguiendo el cauce sobre el río, en su orilla derecha. Juan Grande asiente con un gesto de su cabeza, en señal de aprobación. Su oportunidad de proseguir viaje esta a unas ocho millas del campo de batalla, dirección de Santa Comba Dao. Esperan dos días de incesante

y agotadora marcha en tierra invadida donde tendrán que cruzar la ciudad fuerte, franca y fría de Guarda, camino de Almeida, del mancillado y ya sacrificado Fuerte de La Concepción, cerca pronto de sus hermanos, en la España de su juventud.

OCTUBRE 1810, EN LA PAZ DE LA RETAGUARDIA

P

rimeras lluvias, a la altura de la viña, en la curva del camino, el carro hundió sus ruedas. La pareja en el yugo, dobla sus cabezas, entonces la pértiga crujió. Las coyuntas resistieron los envites de libertad de las vacas. Los cuernos de una de las moruchas se hundieron en la tierra del camino. Los ojos negros de la bestia, brava antaño, domada para el arrastre, se clavaron en su dueño, bravura enjaulada presa de la doma. Calabozo en mano, con su aguijón en la punta, los lomos del animal sufren las consecuencias de su desafío, su terquedad. Un fuerte pinchazo encabrita al animal, sus cuartos traseros se clavan en el barro, sus patas delanteras se yerguen de nuevo. Sus cuernos se liberan del suelo, pero aun firmes al yugo. Su compañera, por inercia tira hacia la derecha. El carro no se mueve. El aguijón se clava con más fuerza. El dolor de la bestia que guía se manifiesta con un sonoro mugido, por fin las ruedas se liberan, giran un poco, retroceden y finalmente siguen su camino.

La pequeña cuesta tras la curva es la última. Luego todo a favor, el camino se vuelve benévolo al esfuerzo de los animales.

Al fondo surge la presencia de Castillejo de Dos Casas. Manuel agradece su vista, el final de su jornada se acerca. A su encuentro avanza un amigo. Richard Wrestling silba una canción de su escocía natal, pronto alcanza a su ahora protector y camina a su derecha. No habla, la zona está llena de franceses, ocupan el Fuerte de la Concepción, la cercana Almeida, patrullan sin cesar los campos y pueblos cercanos. Sabe que su acento le delataría y tiene que parecer un labriego más, un lugareño cualquiera. Sólo cuando se siente a salvo de miradas extrañas, de voces desconocidas, se atreve a comprometer una conversación con su acompañante, su casi hermano, compañero de batallas aun frescas en sus mentes.

- La paz no llegara a estas tierras. Los franceses están avanzando hacia Lisboa. Me preocupa la seguridad de mi hijo – Manuel interroga a su amigo – Si quisierais volver. Inglaterra es todavía un lugar seguro.

- Lo hemos hablado, quisiera proteger a vuestro hijo y sabes que si regresara a mi tierra, no solo llevaría a vuestro hijo, también a vos y a vuestra esposa.

- ¡Nunca abandonare estas tierras! – exclama el lugareño. Mi sitio es este, pero mi hijo, sus catorce meses me asustan, su fragilidad me preocupa en este tiempo que le ha tocado vivir.

- Olvidas mis propias responsabilidades. Dos meses más y Corina dará a luz a mi hijo. Además olvidas a Eliana, la niña nos quiere, desde que la acogiste bajo tu techo, la quiero como a la hermana que nunca tuve y sé que tú la quieres como un padre- Richard acaricia el cuerno de una morucha, esta permanece impasible.- Eliana ahora depende de nosotros – concluye el escocés.

Manuel asintió con su cabeza, no en vano su propia esposa la quería como a una hija también. Su regreso del sitio de Ciudad Rodrigo vino a su mente, su vida desde entonces había cambiado. Ana no había hecho muchas preguntas, Eliana aquella niña huérfana había salvado la vida de su marido a ella con esto le bastaba. Su pequeño Francisco seguía teniendo un padre gracias a la niña y asumió que también una nueva hermana. Los horrores de la experiencia vivida eran amargos e indescriptibles, reservados para aquellos que los vivieron y estos debían quedar en su interior para ser borrados de su memoria, quizás algún día no muy lejano.

Manuel observo al británico, atrás quedaba aquel día que le conoció ataviado con sus ropas lujosas, de colores chillones. Ahora vestido con aquellos pantalones campesinos llenos de remiendos, con un ridículo chaleco negro lleno de jirones distaba mucho del caballero que un día fue, sólo la camisa blanca que mantenía un cuidado bordado recordaba al hombre de bien que antaño fue. Sonrió para sus adentros recordando a su angustiado amigo, cuando Germán tornadera en mano le exigió cumplir con la afrenta a su honor, hasta que recibió su palabra de boda para restaurar la reputación de su amada hija. Amenazo con atravesarle allí mismo y sacarle los ojos. No fue necesario el escocés estaba enamorado hasta los huesos de la joven Corina y esta correspondía su amor. Quizás lo único que le había desagradado al joven fue tener que casarse sin la debida ceremonia y tener que abandonar el hogar de Manuel para instalarse en la casa del maestro.

Ana levanto su vista, desde el pequeño huerto divisaba a los dos hombres y al carro aproximándose a la casa, la joven Eliana tenía en brazos a su pequeño, jugando con un rudimentario muñeco hecho de madera y trapos de colores. Agacho su espalda y continúo limpiando el pequeño terreno, sin prisas recogía los últimos pimientos, rábanos y berenjenas. Conocía a la perfección el ritual de su marido. Richard le ayudaría a descargar el carro, todo menos volver al lado de su suegro. Luego se animarían en una conversación sin fin, uno o dos vasos de vino, quizás un poco de aguardiente. Germán se personaría a las pocas horas para llevarse a su yerno y entonces la discusión a dos bandas pasaba a ser cosa de tres e incluso de cuatro si Corina encontraba las fuerzas necesarias para unirse al grupo. Su avanzado estado de gestación últimamente ya no se lo permitía y Ana era la primera en

sentirlo pues echaba de menos la amena conversación de la joven esposa del escocés. En esos momentos la guerra perdía su importancia, su significado, la contienda parecía lejana, una pesadilla en sus peores sueños, una crueldad ajena a los habitantes de aquel lugar recóndito de la frontera.

La joven Elena recorrió la alcoba totalmente desnuda, sin intimidad, sin privacidad y sin ningún pudor, sus senos desnudos parecían invitar de nuevo al hombre dormido en su lecho. La vieja ventana de piedra estaba abierta a los tenues primeros rayos de la luz de la mañana. La estancia se llena por momentos de un aire de serenidad, la aurora refleja sombras en la lúgubre habitación. No hay cortinas, sus muebles viejos que no antiguos, están sucios, pestilentes incluso, un reclamo para sus pesadillas, para sus sueños realmente perturbadores encuentran en aquel escenario su marco ideal.

La vieja cómoda de cerezo, con sus tres cajones llama su atención, su curiosidad de mujer, los tiradores de bronce brillan al contacto con la luz. Se acerca, sus manos tocan el frio mármol sobre la cómoda, en el espejo agrietado se refleja la cama, su amante todavía duerme entre sabanas amarillentas y mantas de pelaje marrón, de pura lana virgen. Un profundo sueño, sosegado y apacible proyecta la sombra de sus brazos y piernas en la pared del habitáculo testigo de su noche de lujuria, su sexo sin fin.

La mujer abrió el primer cajón y comenzó a rebuscar entre la ropa, mueca de contrariedad no logro encontrar lo que buscaba. Abrió otro cajón, este estaba lleno de papeles, ni rastro de las joyas, el dinero tampoco estaba allí. Abrió el cajón inferior, ni rastro, este estaba totalmente vacío. Un momento, su fondo era menor que los otros, cerro el cajón, por fuera su apariencia era como los otros dos cajones, no había lugar a dudas. Intuyo un doble fondo, un compartimento secreto instalado en la parte inferior. Saco con cuidado el cajón y allí estaba acoplada perfectamente una caja de acero de pequeñas dimensiones. Volvió la vista, su amante todavía dormía. Abrió la caja. Había varias bolsas de cuero con dinero, sigilosamente retiro algunas monedas de cada bolsa, doblones de oro cambiaron de dueño, con suerte el hombre tardaría en darse cuenta de su falta. Una bolsa blanca de tela, atrajo su atención, abrió los cordones y encontró una extraña llave dorada, no había joyas pero aquella llave parecía de oro. Se apropio de ella. Se puso su ropa con movimientos lentos, abrió la puerta y salió sigilosamente de la casa de Julián Montes.

La mañana despertaba con el canto de un gallo, pronto la joven bajo la calle, nadie se había despertado todavía. En sus planes recoger sus escasas pertenencias y desaparecer. Como alma que persigue el diablo, torció a la derecha, luego a la izquierda, la casa de sus amos apareció ante su vista. Acelero su paso, en busca de su seguridad,

tenía poco tiempo y el camino de Aldea del Obispo la esperaba en su determinación y decisión de huir de aquel lugar. Volvió su vista, una sombra cruzo una calle y alguien se escondió en lo alto. No estaba sola. Un escalofrió recorrió su espalda y corrió hacia la entrada. Se vio alcanzada, forcejeada, la bolsa blanca salió despedida de sus ropajes. Una mano fuerte tapo su boca al tiempo un cuchillo se clavo en un costado una y otra vez. La joven apenas opuso resistencia, la mano oprimió con más fuerza su boca, un corte en su cuello, hasta que la joven cayó en el frío suelo. Julián Montes recupero un pañuelo repleto de monedas y se dio a la fuga, oculto a todos, rápido como una alimaña cuando huye con su presa. En la puerta de aquella casa, un niño lloraba llamando la atención de sus progenitores.

La puerta de un corral cercano se abrió y apareció Manuel, tenía dificultad para dormir y siempre se despertaba muy temprano. Los muchos problemas que acuciaban su mente le hacían ser el último en dormirse, incluso dos horas más tarde que los demás, pero también esa incertidumbre, ese goteo de ideas sin fin le despertaban al canto del gallo. Su mente almacenaba durante horas, sueños inquietos que gradualmente se transformaban en pesadillas de guerra, la maldita lucha se mostraba en su subconsciente y salpicaba con fuerza sus pensamientos, recordando las atrocidades de su paso por la ciudad tomada. Presentía los heraldos de la guerra, le llamarían una vez más a la lucha. Quizás mucho más pronto de lo que quisiera su propia intención.

Se froto los ojos y horrorizado descubrió el cadáver de la mujer recién asesinada, la sangre salía aun a borbotones de su cuello y costado. Un reguero de sangre gota a gota avanzaba calle abajo. El gesto de la mujer reflejaba su impotencia, su fallida defensa ante el agresor. Una mueca se dibujaba en su cara, horrendo esperpento de una mandíbula rota. Manuel a su pesar reconoce e identifica a la joven, Elena dejara de pasear sus favores, dejara de coquetear con el destino, su esencia de mujer se evaporo con su último aliento en el mundo de los vivos. Su imagen tendida también se evapora congelada en una imagen inerte, de quien ha perdido un futuro inalcanzable, desvanecido como las gotas del roció de la mañana que se evaporan y se pierden para siempre.

Un inesperado público, curioso va llegando a la escena del horrendo crimen. Mujeres murmuran a sus espaldas.

- Se lo tenía merecido por innoble ramera – los murmullos vergonzosos, los aires acusadores de adulterios no declarados pero ciertos, se escuchan de las mujeres más viejas del lugar.

- ¡Nadie va a ayudar a retirar el cadáver! – exclama Manuel – Se que la joven no era de vuestro agrado, una caricatura para vuestras respetables costumbres, pero acaso merecía este final.

Richard ha llegado a su lado al tiempo que lo hace su propia esposa. Ana porta en sus manos una sábana blanca que hará de mortaja, cubrirá el cuerpo de la joven para el merecido descanso eterno. El escocés se pone de rodillas y gira el cuerpo de la joven con la ayuda de su amigo.

- No debierais tocar el cadáver – se escucha en el corro. Muy tarde llega la advertencia, la sabana comienza a envolver a la joven, hasta que la cubre por completo. Finalmente otros cuatro hombres se prestan a ayudar, el cuerpo será trasladado al interior de la iglesia, previo a una cristiana sepultura.

- Manuel – increpa Richard mientras señala al suelo. Entre dos piedras asoma un objeto inusual, una bolsa blanca. Una llave sobresale, dorada y brillante como oro, su brillo reluce de forma extraña. El joven remonta sus recuerdos a un viejo pajar, recuerda un muerto y un objeto brillante que se oculto a sus ojos con la rapidez de un rayo. Todo comienza a tener sentido, la clave de aquella noche yace a escasos pasos de su mano. Hábilmente oculta el objeto en su bolsillo al tiempo que lanza la bolsa vacía en la improvisada mortaja. La llave permanece oculta a los ojos de todos. Richard observa la maniobra de su amigo muy sorprendido.

- No hagas preguntas amigo mío. Es una larga historia, pero esta pieza es la clave y juntos llegaremos al final de este misterio.

- Ha muerto una joven. No sé si me conviene formar parte de esta trama – Richard apoya su mano en la espalda de su interlocutor – Pero bien sabes que eres mi amigo, compañero de armas y te apoyaré en lo que necesites. Luego a la hora del Ángelus hablaremos en tu casa. No lo dudes.

La llave de oro estaba sobre la mesa, en pie por la base, su cuerpo redondo en alto, junto a una gran vela que iluminaba la estancia. Eliana revoloteaba alrededor de los dos hombres, ajena a la presencia del objeto dorado. En sus brazos, el pequeño Francisco, sonreía a su padre y en complicidad a su tío adoptivo, el escocés de las tierras altas. Eliana le dejo sobre el suelo para que gateara a sus anchas encima de las baldosas, a sus catorce meses, el pequeño todavía no andaba y apenas balbuceaba unos pocos sonidos. Al pequeño le resultan divertidas, las baldosas de la vieja cocina. Sus enormes cuadrados amarillos y rojos, con pequeños círculos verdes llaman la atención de su aun minúsculo y limitado mundo, un universo por descubrir, un espacio que ocupar. La niña controla sus movimientos para actuar con rapidez y evitar males mayores, teme el bebe en sus torpes avances golpee su cabeza contra la mesa e incluso controla con atención la zona de la chimenea, donde troncos de encina arden sin cesar. No se perdonaría el pequeño sufriera una quemadura, el menor daño tiene que ser evitado, es su cometido en ausencia de la madre. La

llave sobre la mesa no la seduce lo más mínimo, es simplemente un objeto cualquiera para ella, la sujeta un momento en sus manos, es bonita su cabeza piensa pues presenta en ella el trabajo de un hábil orfebre.

Los dos hombres sienten fijación por la pieza. Saben que entre todas las llaves, aquella esconde un secreto, quizás esconde la cerradura de un cofre, un baúl o imaginan se trata de la llave mágica que abre la cerradura de una puerta dorada, se preguntan si abrirá un lugar perdido y secreto.

- Dices que este es el objeto que Julián Montes escondió aquella noche en el pajar de la cortina de la Iglesia. ¿Estás seguro de ello? – pregunta Richard – pudo ser otro objeto, un arma o un cuchillo.

- Sin lugar a dudas esta llave es lo que guardo – afirmo Manuel – Entonces no pude darme cuenta, pero la imagen, el brillo del objeto, es ahora tan familiar a mis recuerdos.

- Si esa mala bestia está involucrado, no dudaría estemos hablando del asesino de la joven Elena. Mal favor nos hizo el asedio de Ciudad Rodrigo, con todos los que murieron y el muy canalla sin principios no fue uno de ellos – Richard maldijo la mala suerte. ¡Dios nos protegió a nosotros, el Diablo protegió a los suyos! – exclamo el joven.

- Ciertamente amigo, así debió de ser.

- ¿Qué se supo del portugués? – pregunto Richard.

- Nada se supo, nadie le conocía. Sin documentación alguna y el mentiroso dijo que así lo encontró, tendido y muerto en el pajar. Nadie vio el cuerpo después, su amigo el sargento se encargo de ello. Ni siquiera, el buen párroco pudo cantar un oficio en su entierro. Los hombres del sargento lo enterraron en la fosa común del camposanto. Es un episodio en la historia de este pueblo que de no ser por mi intervención, hubiera seguido el mismo camino pero en el más absoluto de los silencios.

- Pudo ser un desertor del ejército miliciano portugués, escapado de Almeida o bien… - La joven Eliana, les interrumpió.

- No era Portugués, era Español y oficial de alta graduación – Los dos hombres miraron a la joven.

- ¿Cómo puedes saber eso? No estamos bromeando Eliana, estamos tratando un asunto muy serio. Por favor no interrumpas con juegos de chiquilla.

- Pero si lo pone en la llave, todo está escrito en ella, mirar en la pared.

Los dos hombres miraron la pared y se quedaron atónitos, la vela que iluminaba la llave producía extrañas sombras en la blanca pared, estas sombras no eran formas caprichosas, constituían símbolos y palabras que formaban un extraño mensaje perfectamente escrito. La joven acerco la vela a la llave, las sombras de la pared se combinaron en un juego de luces y sombras, pronto el texto se orquesto en perfectos trazos, palabras que fueron cobrando sentido, un mensaje secreto descubierto por casualidad cobro vida ante sus ojos.

“En la orden II de Santiago un hijo noble de Castilla siempre porta

la llave. En lo profundo del lago, protegido por las armas de Castilla, siempre reposa el resurgir de los Reyes, el emblema de su ocaso y su apogeo que renace con su heredero. Año de nuestro señor 1664 SJC”

- ¡Por todos los Santos! – exclamó Richard - Esto sin lugar a dudas es un acertijo complicado, se sumerge en algo fascinante, no al alcance de mi humilde entendimiento anglosajón.

- Esconde un enigma sombrío por el que muere la gente. Es misterioso e inexplicable, sólo el año parece comprensible, denota su antigüedad y parece ser la herencia de una antigua tradición- Manuel retiro la llave de la mesa y la oculto de posibles miradas indiscretas en una pequeña alacena.

- Creo que nunca sabremos su significado, sólo el portador de la llave conocía este secreto, quizás sólo portaba la llave y nunca fue consciente del secreto que albergaba en su interior. Si este pudiera revolverse en su tumba cuantas preguntas tendrían respuesta. Definitivamente nunca lo sabremos.

- Lo cierto es que el año me resulta familiar, he visto ese año en algún lugar. Por más que le doy vueltas no consigo recordar ¿Dónde? En un lago profundo desde luego que no – bromeo el joven.

De repente se abrió la puerta, una corriente de aire apago la vela. Ana y Corina llegaban presas del nerviosismo, totalmente exhaustas. Ana se abalanzó a los brazos de su amado esposo. Tomo un soplo de aire en la seguridad de su hogar, aire tan escaso ahora en sus pulmones tras el esfuerzo. No habían parado desde que abandonaron la iglesia, donde velaban el cadáver de Elena. No era para menos, unos minutos de distracción, unos segundos fuera del santo lugar atendiendo la llegada del párroco y…

- Manuel fueron unos segundos y el cadáver ya no estaba, se esfumo, se desvaneció como una ilusión en el aire, simplemente dejo de existir, solo la mortaja estaba presente en el ataúd- la mujer estaba muy asustada.

- ¡Tienes que calmarte! Un cuerpo no puede mágicamente desaparecer y atravesar muros. Tiene que tener una explicación lógica.

- Si la tiene y existe tal explicación, tiene que ser una broma macabra de muy mal gusto. No se debe jugar con los muertos, estos deben reposar en paz.

Los dos hombres intercambiaron una mirada de complicidad, de preocupación extrema. Ahora estaban totalmente seguros. Alguien estaba buscando la llave. La clave estaba en sus manos y el asesino no pararía en su empeño hasta recuperar la pieza de aquel puzle inacabado. Intuían el nombre del asesino no les era tampoco ajeno ni desconocido.

FRONTERA, INVIERNO 1810

J

uan Grande y sus seis compañeros de viaje avanzaron sin miedo, entre las múltiples patrullas francesas. La ciudad ocupada de Almeida quedo totalmente a su izquierda. La plaza había sido defendida por el coronel británico Michael Cox al frente de casi cinco mil soldados, durante el pasado mes de Agosto. Ahora los nuevos dueños franceses reforzaban de nuevo sus maltrechas fortificaciones. Arthur Wellesley siempre pensó esta ciudad resistiría heroicamente, como su ciudad hermana en armas de Ciudad Rodrigo. Se equivocaba el Duque de Wellington, la fatalidad siempre acompaño a los sitiados, la suerte a veces tan esquiva ayudo esta vez a los franceses. Durante el asedio, el polvorín de la ciudad fue alcanzado por la artillería francesa. La explosión de la Santa Bárbara de la ciudadela provoco más de seiscientos muertos y el caos unido a la confusión reinante por los incendios que se sucedieron en cadena en muchas de sus casas hizo caer la puerta de San Francisco. Esto fue un presagio del cúmulo de desgracias que habían acompañado al bueno de Robert Craufurd desde su retirada de los altos de Ciudad Rodrigo sin intercambiar un solo disparo con los regimientos franceses.

El 11 de Julio de 1810, el escocés al frente de tres escuadrones de caballería, el primero de Húsares junto al decimosexto y decimocuarto de Dragones de la División Ligera se encontró en los altos de Castillejo, en el camino de Barquilla a Villar del Puerco, con dos compañías de granaderos del regimiento veintidós del mariscal Junot, comandadas por Pierre Gouache, a estos granaderos daban escolta cuarenta jinetes de la caballería de la reserva francesa. El choque fue inevitable. Las formaciones en cuadro de los doscientos granaderos causaron más de cincuenta bajas a los británicos, que a duras penas se pudieron acercar a las compañías francesas, estos apenas sufrieron treinta bajas en su mayor parte por certeros disparos de los jinetes rivales. Los británicos recibieron entonces la orden de retirada en casi desbandada al refugio seguro del Fuerte de La Concepción en Aldea del Obispo. Robert Craufurd permaneció en esta fortificación hasta el 20 de Julio, en esa fecha la proximidad del ejército francés del mariscal André Massena marco el momento idóneo de volar el majestuoso e imponente fuerte.

Mantener el reducto había sido considerado como una misión imposible y dejar una pieza tan estratégica al servicio y provecho de las divisiones francesas hubiera sido un error de cálculo ante un hipotético contraataque aliado. Era tiempo pues de dinamitar la construcción y retirarse al auxilio de Almeida, donde el resto de la División Ligera le esperaba para detener el avance de la vanguardia francesa comandada de nuevo por el incombustible general Michel Ney.

Pronto recibió un despacho urgente de Wellington para cruzar el

río Coa y evitar la confrontación directa con el enemigo. Pero el orgulloso militar ignoro tal orden. El teniente coronel Sydney Beckwith recibió sus instrucciones de presentar batalla en el flanco derecho, el teniente coronel Robert Barklay protegió el flanco izquierdo. Su brigadier general George Anson al frente del decimosexto de Dragones y el primero de Húsares formo la reserva. Veinte mil franceses formaron frente al río Coa dispuestos a presentar batalla. Michel Ney con la arrogancia acostumbrada, decidió solamente involucrar a seis mil de ellos en el avance hacia las tropas británicas. No considero necesario exponer a toda la vanguardia ante el error estratégico de Craufurd. Pronto también los ingleses se dieron cuenta del grave error que constituía defender un frente con el río a sus espaldas. Sus movimientos se vieron limitados, sus vías de comunicación se cortaron y resulto imposible mantener una posición a todas luces sin salida o retirada a la cercana Almeida.

Un cercano puente, el único, se convirtió en la clave de aquella batalla. La retirada británica fue heroica, el sacrificio de unos pocos por el bien de muchos tomo prioridad y decidió los destinos de muchos ingleses. La defensa del puente para garantizar el paso, se convirtió en la inesperada moneda de cambio de la suerte de Almeida. Mil doscientos franceses murieron en el avance, en la toma del puente. Quinientos valerosos británicos murieron en su defensa para garantizar el paso de sus compañeros. Fue un sacrificio de vidas humanas un intercambio singular en una lucha de desgaste, en la búsqueda de abrir una brecha en el camino hacia el reducto portugués. La suerte de Almeida tomo forma, su caída se proclamaría a los confines del imperio para la satisfacción de los bonapartistas, para la desgracia y esperanza de los peninsulares. En Torres Vedras un puño golpeaba entonces una mesa con toda su fuerza maldiciendo al escocés, su imprudencia que no su cobardía garantizaba ahora el paso libre del francés hasta las mismísimas puertas sagradas de Lisboa.

Juan Grande aumento el paso de su caballo pero retuvo a la bestia lo suficiente para evitar el trote o el galope. No quería llamar la atención de los destacamentos de la ciudad. La suerte les había acompañado desde que dejaran los altos de Bussaco. Ninguna patrulla le había detenido en su camino desde Bussaco a Guarda y aunque la presencia francesa había aumentado considerablemente a medida que la pequeña hueste se acercaba a Almeida. Nadie se había mostrado interesado en aquel comerciante que viajaba junto con sus sirvientes indios. La última etapa de su odisea tocaba a su fin, acariciaba con sus dedos la proximidad de la frontera, con ello el paso del último bastión peninsular, el Fuerte de la Concepción. Avanzaron campo a través sin dilación, ahora ya al galope. Un pequeño pinar, delatado por su olor flotando en el aire quedo a su derecha y muy pronto la imagen de la

última población portuguesa de la frontera se elevo ante su vista con sus escasas casas blancas intercaladas con otras de piedra marrón. La pequeña población de Val de la Mula se mostraba ante sus ojos como un lugar apacible y seguro. Juan decidió hacer un alto en la taberna de este pueblo, sus acompañantes y el mismo se merecían un buen trago, algo de comida y un descanso del polvo del camino. Además necesitaba información para cruzar la frontera, su vigilancia ahora en manos de franceses le era desconocida e incluso le asustaba. La imagen de su hermano Francisco le vino repentinamente a sus pensamientos, este conocía bien aquella frontera, todos sus pasos ocultos a la vista, sus rutas secretas de contrabando, sus moradores e incluso la debilidad de sus ahora vigilantes. Lamentablemente, su hermano no estaba allí, estaba sólo y la prudencia imponía su Ley ante la impaciencia que suponía su ansiado regreso.

- Tabernero – grito el recién llegado – Un par de jarras de tú mejor vino y siete vasos limpios – observo a su alrededor, pocos clientes había en aquel antro. – Y si me lo permiten los presentes, la próxima ronda corre de mi cuenta – Dos hombres se levantaron de una mesa y avanzaron hacia la barra de piedra, con un gesto agradecieron al forastero su invitación y retiraron una jarra de vino ya preparada sobre el mostrador de piedra.

- Sois muy generoso señor, y me pregunto si también vuestra invitación se extiende a aquella mesa – el tabernero señalo una mesa donde cuatro soldados franceses dormitaban a sus anchas mientras un oficial observaba a los forasteros que perturbaban su hasta entonces monótona relativa tranquilidad.

- Por supuesto, soy un hombre de paz, mi invitación es para todos y esto te incluye tabernero si quieres elevar un vaso a mi salud – el oficial francés se levanto de su mesa y se acerco al hacendado de ultramar.

- En esta taberna sólo se brinda a la salud del emperador – el oficial clavo sus ojos en el forastero, su mano derecha acariciaba la empuñadura de su sable, la mano izquierda presta a buscar el socorro de su pistola.

- Por supuesto, brindaremos por Napoleón a quien Dios guarde muchos años, y por el Rey de España, José I… larga vida – el joven apuro un vaso de vino, sus acompañantes hicieron lo mismo.

- Como francés me honráis con vuestras palabras. Pensé que erais un sucio traidor. Me alegro de mi equivocación. Poca gente comprende que Francia sólo desea ser el liberador de los pueblos de Europa. El aire fresco de un nuevo horizonte de paz, el cambio al desorden establecido – El Capitán bebió su vaso con avidez ante el fingido y circunstancial afrancesado – ¡Por el emperador!, ¡Viva Francia!

Tímidas voces secundaron al oficial, sus hombres como un resorte se pusieron en pie y apuraron sus vasos de un solo trago. El tabernero se dio prisa en llenarlos de nuevo, no quería provocar la ira de los representantes del imperio.

- Extraña compañía lleváis a vuestro lado - El oficial señalo a los indios Querandíes - ¿Qué clase de hombres son estos?

- Son mis leales compañeros, mi protección en estas tierras. Pertenecen a una antigua tribu de allende los mares, son Querandíes. Osos sin miedo para sus enemigos.

- Vuestra protección decís, fieros parecen como osos pero no creo sean letales protectores. A los osos en mi tierra los perseguimos y cazamos sin cuartel. Colgamos sus cabezas como adorno de nuestras casas- el francés soltó una sonora carcajada.

- En su tierra, son asesinos silenciosos, hábiles con el cuchillo, certeros con sus flechas y leales en tiempos que la lealtad no se compra ni con riqueza ni con favores. Un juramento les une a mí hasta su muerte. No dudarían en morir por protegerme y cumplir mis deseos- el francés ya no reía.

- ¿Qué os trae por estas tierras? – pregunto el soldado para cambiar de tema, el actual comenzaba a ser molesto.

- Voy a visitar a mi familia al otro lado de la frontera. No veo a mis hermanos desde hace años. Aun en tiempos de guerra, sentí era el momento de volver, sólo eso me ata a esa tierra, no me quedaré mucho, unos meses tal vez, quizás un año, lo suficiente para curar la añoranza de mi corazón, el deber de una última visita. Otras obligaciones, reclamaran mi regreso a mi hacienda – señalo a los Querandíes – Ellos también añoraran a sus familias muy pronto, les prometí que este es un viaje de ida y vuelta.

- Sois un noble caballero y no veo en vos, no reconozco en vos a un enemigo de mi país a pesar de vuestra condición de español.

- ¡Tabernero otra ronda para todos! – exclamo Juan – Y comida para acompañar este néctar de los Dioses- el portugués lanzo un grito solicitando algunas viandas y pan blanco de trigo.

Por la escalera de la taberna apareció una bella mujer. Una hermosa muchacha de pelo corto rubio. Llevaba un vestido de un triste color blanco. Su piel era clara, tersa y suave.

Nadie pudo cerrar su vista ante las bellas piernas de la muchacha que bajaba aquellos escalones. Tan delgada, tan alta y aunque nada voluptuosa mostraba a su vez unas caderas de proporciones perfectas. Sus andares eran muy sensuales, sus pechos perfectos translucían su redondez al ritmo de su respiración. Los pezones se marcaban en el vestido y un pecaminoso escote lucia de forma salvaje su belleza natural y sus encantos ocultos.

La presencia de la muchacha, cautivo a todos los presentes como la

atracción que ejerce un imán sobre el frío acero. Una fuerza seductora golpeo el alma de aquellos hombres. Sin ninguna distinción los soldados, salvajes y lugareños quedaron prendados de la grata visión. La tentación sin lugar a dudas estaba en aquel lugar, moraba en aquel antro de bebida y perdición. Sus curvas se contonearon ante ellos, las formas de su cuerpo pasearon su falsa inocencia. Inocencia a sus veintidós primaveras hace mucho tiempo forzada y perdida. Una sucesión de visiones y pensamientos lascivos provocaba aquel cuerpo sin igual, sin remedio su paso iba despertando los deseos sexuales más escondidos de los hombres.

- ¡Bella mujer! – Exclamo Juan – No he visto una mujer igual en toda mi vida, un ángel terrenal maravilloso. ¿Cuál es su nombre?

- Se llama Catarina y es mi hija. La fuente de todas mis preocupaciones – Respondió el tabernero.

- No comprendo como un ser tan hermoso puede ser vuestra preocupación, deberíais estar orgulloso de tal semilla.

- Lo estoy pero yo soy un hombre viejo, desde que murió su madre, la difunta Valeria, que Dios tenga en su seno – el hombre elevo sus ojos al altísimo juntando sus manos a modo de oración – ruego cada día por ver a esta joven lejos de aquí. Su belleza es su perdición. Yo lo intento cada día puedo dar fe y mi esfuerzo me lleva. Veo que llegara el día que este anciano no podrá protegerla. Si al menos tuviera un marido, alguien como vos. Seré honesto la daría en matrimonio sin dudarlo- su interlocutor le miraba con asombro.

- No quisiera comprar su amor, pero he de confesar que la idea me seduce. Es una joven tan bella. Por todos los santos y arcángeles del cielo, si vos como padre la podéis dar en matrimonio, sé que es una locura lo que voy a decir pero yo aceptaría gustoso.

- Habláis en serio, pediría una dote…

- Eso no es ningún problema, soy un hombre muy rico más de lo que podéis imaginar. No obstante no quiero un matrimonio forzado, quiero que lo consultéis con vuestra hija ahora mismo solo aceptare su mano si la joven está de acuerdo – El hombre abandono el mostrador de piedra y se aproximo a la joven muchacha, intercambio unas palabras con su joven hija, esta comenzó a mirar al comerciante con signos de vergüenza, sus ojos se clavaron en el suelo. Su padre continuaba su conversación, sus gestos, su agitar de brazos denotaban nerviosismo y cierta insistencia. Finalmente la joven alzo la vista del suelo y sonrió. Lentamente se acerco al hombre.

- Si vos lo queréis yo seré vuestra esposa. Lo daré y arriesgare todo por vos. Cumpliré con mis obligaciones, entregaré mi corazón, seré vuestra amiga, vuestra amante y espero aun la madre de vuestros hijos- la joven clavo su mirada en el hombre – Pero no me conocéis y no quisiera ser una decepción para vos por ello os pregunto ¿Qué

queréis saber de mí persona? Preguntar y contestare con la verdad.

- Nada quiero saber, vuestra belleza, vuestra lealtad y vuestro respeto me bastaran- El joven oficial francés se acerco a la pareja no ajeno a lo que allí estaba sucediendo.

- Con mucho gusto seré vuestro testigo en esa boda y con mayor placer escoltaré vuestros pasos hasta la frontera. Vuestros hermanos se llevaran una grata sorpresa – se alejo riendo hacia sus hombres.

Juan Grande, cruzaría la frontera aquel invierno de 1810 de una forma extraña, escoltado por franceses e inesperadamente casado con la joven Catarina. En un corto e inexistente noviazgo junto con una furtiva boda nocturna, se dieron el sí quiero de acuerdo a la Ley de Dios. No hubo lugar para el romanticismo en la noche de bodas, sólo un encuentro intimo lleno de lujuria y pasión hasta poco después del amanecer. 1664 SJC

R

ichard se sentó debajo de un encino, a su sombra observo las ultimas bellotas de la temporada. Empuño con su mano derecha el carboncillo. Siempre le había gustado dibujar en medio del campo y su nueva vida, le servía en bandeja la excusa perfecta para retratar paisajes extraordinarios, más humanos de los habituales. Atrás quedaban aparcados momentáneamente sus dibujos de campos de batallas, llenos de luchas, muerte y desolación. Este era un nuevo periodo que se presentaba en su vida para enriquecerle como persona, como artista. Inevitablemente aun con un ojo en la guerra cercana, estos momentos de soledad bajo los tranquilos y despejados cielos le permitían olvidar durante unos días las amargas vivencias de Ciudad Rodrigo y retratar la vida rural de Castillejo de Dos Casas. Sus paisajes rurales desarrollaban su capacidad creadora con paisajes únicos en el mundo. Sus dibujos actuaban como testigos mudos de la naturaleza en todo su esplendor. Árboles, vegetación, bravos animales y costumbres locales se fueron modelando en las imágenes que sus trazos esclavizaban en el papel, en una conjura para perdurar en el tiempo. Hábiles pinceladas de sus carboncillos atrapan en el tiempo a Manuel que cuida su ganado vacuno a pocos pasos del escocés. Hay un silencio absoluto, un silencio de invierno melancólico. El joven siente que su ganado y sus cosechas ya no le pertenecen, tampoco sus caballos, estos formaban parte de su orgullo por una doma noble, casi titánica donde el hombre había impuesto su ley. Sus tres caballos están escondidos en lo más remoto del prado Grande, entre cientos de encinos y caminos hábilmente camuflados con zarzas y portillos de madera disimulados al paso de desconocidos.

Existe una gran indignación en toda la comarca. Los franceses

dicen representar a S.M. en el trono de Madrid y su majestad José I actúa como una marioneta de su hermano, demandando en nombre de

la corona y la terrible guerra la imposición clara de sus reales disposiciones al beneficio del invasor.

Primero dicto la requisición del ganado vacuno mayor de cuatro años, como contribución de guerra, hecho que mermo la riqueza de los lugareños. Muchos se vieron obligados a entregar a los inspectores del Rey, escoltados por los oficiales franceses sus mejores ejemplares. Los censos de los Ayuntamientos fueron obligados a reportar de cada vecino, su hacienda y número de animales a su cargo. Manuel se vio obligado sin ninguna escapatoria a entregar treinta y seis cabezas. A cambio recibió recibos de la Hacienda Real contra pago de cualquier contribución de guerra por un valor de ciento ocho escudos de oro. Papeles totalmente inútiles a la postre sin valor ni compensación, transferibles a terceros pero no aceptados por ninguno.

Pronto la caballería francesa exigió una requisición de caballos por las bajas de estos animales sufridas en los campos de batalla. Todos los equinos mayores de cuatro años de siete cuartas menos un dedo debían ser entregados sin falta y dilación a los regimientos de caballería y también a los de artillería que así lo requirieran para el tiro de sus cañones. Esta orden real no fue muy popular y pocos la secundaron, en su lugar escondieron los bellos animales lejos de la vista y alcance del invasor. Los recibos por un valor de trescientos reales por ejemplar no se utilizaron, ni demandaron como esperado. Fue difícil distinguir caballos útiles de los inútiles, los no validos de acuerdo a la norma de los validos. Los Ayuntamientos publicaron entonces obligados por las autoridades afrancesadas un bando por el que se anunciaba que nadie podría usar un caballo sin permiso escrito de los oficiales nombrados por los gobernadores de la provincia.

Manuel se aproximo al joven enfrascado en uno de sus bocetos. En la soledad del campo, su compañía y su amena conversación servían de consuelo y distracción a los problemas cotidianos.

- Cuando te veo dibujar, veo le talento que te ha dado Dios y me pregunto ¿Qué talento el altísimo me ha dado a mi? - el castellano mira varios dibujos de su compañero- Quizás ninguno, ni siquiera se cantar, triste futuro con tan escasas habilidades.

- No puedes decir eso. Yo veo en ti un excelente ganadero, domador de caballos, gran jinete y valeroso compañero de armas.

- Gracias amigo pero no me consuelas en absoluto – rió el hombre – algunos sólo servimos para destripar terrones de tierra y perseguir ganado por estas tierras perdidas de Dios… lastima los pocos años que pude ir a la escuela.

- Y que me dices de mujeres no lo olvides, he oído que eras un pequeño sinvergüenza en tus años mozos un talentoso conquistador ¿Qué seriamos sin ellas?

- En mi juventud cierto que era un poco calavera pero desde que

conocí a Ana eso se acabo. En cierta manera no echo de menos los tiempos pasados. Mi esposa y mi hijo me bastan, son suficiente razón y motivo para seguir en este mundo de los vivos.

- Todavía te preguntas que talento te ha dado el señor. Cuidar de los tuyos y ser un gran patriota a fe mía que es una misión más que suficiente. Eso requiere de una dedicación y talento al alcance de muy pocos.

- Escocés, pronto serás padre y hablaras por ti mismo – el hombre seguía viendo los bocetos uno tras otro con gran admiración – Estos paisajes son sublimes. La marcha de las tropas es magnífica, son dibujos excelentes. Este por ejemplo del Fuerte de la Concepción raya la perfección, transmite toda la majestuosidad de su foso, el puente, el escudo de armas sobre la puerta de entrada es un calco del original. Incluso la piedra circular sobre el escudo con… - el joven se quedo pensativo y en silencio, ceño fruncido, claro está eso es lo que le había martilleado la mente desde hace días.

- ¿Qué sucede Manuel? – pregunto Richard – Es como si de repente se te hubiera comido la lengua el gato. ¿Qué estas pensando amigo mío?

- Creo que tengo algo, recuerdo una visita al fuerte hace unos años algo estaba olvidado en mi mente pero ahora me acuerdo. La pequeña piedra circular en lo alto de la puerta me llamo la atención. Si ahora recuerdo en ese círculo está grabada una fecha y dos iníciales, en esa piedra está grabado con un cincel 1664 SJC.

- ¡Dios mío! Es como acaba el enigma de la llave. La fortificación es la clave.

- Todo comienza a tener sentido, ahora las palabras del enigma son claras. Recuerdo un comentario de mi esposa. Como sabéis ella paso su juventud en Aldea del Obispo. Un día me comento uno de los baluartes del reducto es la entrada a un pequeño embalse subterráneo que se extiende por debajo de sus bóvedas. El embalse sirve como abrevadero y reserva de agua para las caballerizas. Comienzo a sospechar SJC son las iníciales del constructor del fuerte, Simón Jocquet.

- Luego decís que no tenéis ningún talento y tú solito has resuelto el enigma – bromeo el escocés – Lastima que no podamos comprobar lo que esconde el enigma.

- ¿Qué queréis decir? Es vital podamos entrar en ese embalse y solucionar este acertijo. Es algo que debemos hacer aunque sólo sea por saciar nuestra curiosidad.

- Acaso olvidáis que el reducto está ahora en manos de los franceses. Estos lo vigilan noche y día. Será imposible acercarse a sus muros, mucho menos a la entrada del como decís pequeño lago subterráneo. Ese reducto es ahora un polvorín de municiones y

pertrechos para las águilas imperiales. Si vuestras palabras son correctas y vuestra esposa no se ha equivocado, la entrada esta en un baluarte. No os tengo que decir que hay cuatro baluartes en la fortificación, el del Rey, el de la Reina, el del Príncipe y el del Infante.

- No debemos rendirnos, el mismo enigma nos da la pista, el baluarte es el del Príncipe, está del todo claro en sus palabras ¿Quién es el heredero del Rey?

- El príncipe está claro pero esto no cambia que es imposible campar a nuestras anchas por ese fuerte.

- Te equivocas, mi hermano Francisco sabe como llegar a ese lugar sigilosamente y oculto a la vista de sus centinelas. Debemos involucrarle en esto y me temo que necesitaremos a alguien más de confianza para llevar a cabo nuestra misión.

- ¿En quién podemos confiar a estas alturas? – pregunto Richard

– No conozco a nadie que merezca nuestra confianza.

- De nuevo te equivocas, Germán es un hombre de honor y digno de mi confianza. Nos reuniremos con él y mi hermano mañana por la mañana – concluyo el joven Manuel.

A la mañana siguiente, una reunión de carácter privado comenzó en la casa del maestro. Francisco fue invitado a asistir y participar en el encuentro. Llego con las primeras luces del alba. Su hermano le relato entonces los antecedentes y motivos que impulsaban aquella reunión secreta. Francisco sintió la muerte de la joven criada, que en otro tiempo se encargaba de satisfacer sus placeres carnales. Se mostró afectadísimo por la profanación del cadáver. La desaparición del cuerpo de la chica seguía siendo un misterio. Sus ojos brillaron y se dejaron apoderar por la codicia cuando escucho la historia de la llave dorada. Estaba claro el enigma era digno de un tesoro escondido. La idea de la búsqueda de un tesoro, le producía sudores en las manos, la excitación de la aventura en ciernes hacia latir su corazón a un ritmo frenético. Su hermano le tranquilizo, aunque se tratará de un enigma que nadie había logrado descifrar durante muchos siglos, esto no significaba todavía, ni confirmaba la existencia de una fortuna escondida en el fondo de un lago.

Lo cierto es que las pistas conducían a la fortificación defensiva y nunca esta había estado tan lejos de su alcance. Una numerosa guarnición militar francesa se acuartelaba para protegerla y vigilar la frontera luso-española. En medio del conflicto armado acercarse a sus muros sucumbiendo a la tentación era ahora un autentico suicidio. Quizás con una guarnición española, las intrigas, sobornos pudieran ofrecer un amplio campo de acción sin limitaciones ni restricciones, pero sus actuales inquilinos saldrían a su paso en el vasto campo abierto y sin explicaciones, sin dudarlo el pelotón de fusilamiento sería el destino inevitable de los cuatro hombres.

- Se como llegar a ese baluarte sin ser vistos – todos se volvieron hacia Francisco sorprendidos, este continuo – En el prado de la Peña hay una fuente con un deposito de piedra, el depósito oculta con un tablero la existencia de un túnel en su interior. Se trata de la conexión con varios pasos subterráneos que cruzan la frontera, uno de estos túneles conecta con un pasadizo secreto del Fuerte de La Concepción. Es una vía de escape de los sitiados desde los tiempos del Rey Felipe IV de Habsburgo, una vía olvidada y descubierta hace pocos años.
- ¿Cómo puedes saber eso? – pregunto su hermano.

- Hermano sé que me admiras, soy tú hermano mayor pero eso no cambia que soy un contrabandista, un poco sinvergüenza, tramposo, pendenciero y amigo del oro fácil. He comerciado legal e ilegalmente a ambos lados de la frontera con todo tipo de mercancías e incluso con armas del ejército. El sargento Concepción descubrió el pasadizo hace unos años, por casualidad. Estaba borracho como siempre y tropezó sus huesos contra un bloque de granito en la pared. Su hombro golpeo con tal fuerza que abrió la puerta del pasadizo. Lo hemos utilizado en secreto para negocios y salidas que prefiero no comentar.

- ¿Cómo llegaríamos al lago? Supongamos que llegamos al baluarte del Príncipe seguimos sin saber donde está la entrada de la cámara de agua, el supuesto lago que buscamos – Germán sentía la aventura seguía siendo muy peligrosa- En algún momento deberemos caminar por un torreón lleno de soldados, pienso que seriamos descubiertos sin remedio.

- Eso es lo bueno, porque no tienen ni siquiera que vernos, ni siquiera oírnos. El pasadizo dentro del fuerte consta de dos partes separadas, una bifurcación es la entrada al baluarte, la otra es un acceso al lago convertido en sala de agua. Este último acceso es sólo accesible nadando un poco, recuerdo el agua mana y esta siempre medio inundado. Es en el lado opuesto donde los franceses tienen acceso para coger el agua – el escocés le escuchaba con atención y decidió intervenir.

- Quieres decir que podemos movernos libremente por los pasadizos y mientras no salgamos al exterior en el propio interior del baluarte, sus defensores ni siquiera tendrían contacto visual con nosotros. No puedo creer tanta suerte.

- En mi humilde opinión – intervino Manuel – creo que podemos intentarlo a una hora intempestiva, las tres o cuatro de la mañana, recorrer el laberinto, el túnel hasta la fortificación, desviarnos hacia la sala de agua y sin ser vistos buscar durante un par de horas lo que oculta la llave y su enigma. No creo los franceses sospechen de las profundidades de la tierra bajo sus pies pueda surgir un peligro para ellos y si no me equivoco a esas horas dudo la sala de agua este vigilada.

- ¡Ese es el plan! – exclamo Francisco – No digo que vaya a ser un paseo pero podemos hacerlo y ahora ¿Votos en contra? – nadie movió un músculo - ¿Votos a favor? – todos levantaron su mano al unísono y el plan fue aprobado para esa misma noche a las tres de la mañana. No sospechaban un inesperado invitado se les uniría en la expedición a las entrañas de los sombríos pasos subterráneos.

En la pequeña plaza se escucharon unas voces que vibraban en el aire. Los dos hermanos se acercaron y pudieron comprobar una extraña comitiva a lomos de sus caballos. El grupo lo precedía una bella mujer montada en un caballo blanco. La joven cubierta por una capa de delicado terciopelo negro sólo muestra sus ojos claros y una tez blanca adornada por sus labios carmesí. Otro jinete avanza, este lleva una capa abierta de paño gris. Finas ropas se vislumbran en el que parece el líder de la comitiva, la chaqueta de botonadura delantera totalmente abierta deja ver un cinturón de cuero negro con hebilla de plata, dos pistolas se acomodan a ambos lados de su cintura sobre el pantalón negro. El hombre da una palmada en el cuello del caballo, para calmarlo, desmonta de un salto con rapidez al tiempo que la capucha de su capa cae y deja ver su rostro, su cara se muestra ante los dos hermanos. Extiende sus brazos y estos se lanzan a ellos. No hay palabras. Lagrimas furtivas inundan sus mejillas, memorias del pasado inundan sus recuerdos de la infancia y la adolescencia. El recién llegado aprieta las cabezas contra su pecho, siente dolor en su corazón, escalofríos recorren su espalda y un hormigueo postra sus rodillas en el suelo. Sus hermanos llorando se arrodillan llenos de profunda emoción. Júbilo y nostalgia en el reencuentro se mezclan con gritos y sonrisas. Una generación, tres hermanos se abrazan, sendas perdidas se reencuentran, seres queridos unidos de nuevo. La vista al cielo de los tres hermanos, indican un recuerdo a sus difuntos padres que les contemplarían dichosos en un pacto más fuerte que un juramento de sangre. Unidos de nuevo, compartirán su suerte. Castillejo es testigo de un reencuentro fraternal. La joven sobre su montura les observa, no puede reprimir sus lágrimas. Los querandíes callan, serios e impasibles, en sus corazones no se alberga ninguna debilidad. Los tres hermanos se levantan, golpes de complicidad en los hombros. No sospechan que los campos de batalla les aguardan, quizás para vencer, quizás para morir, solo la justicia de Dios y no la de los hombres puede discernir su futuro.

EN LAS ENTRAÑAS DE LA TIERRA

A

travesaron a pie el monte por una senda abandonada llena de barro. El estrecho camino abierto por el paso de animales les era desconocido y estaba en muy mal estado. La pequeña expedición avanzo con dificultad por pequeños terraplenes, pronto atravesaron un

pequeño arroyo y se encontraron en lo alto de un teso conocido como el teso de San Pedro. La bajada precedía la subida por la falda de un nuevo cerro, conocido como el cerro de La Fuente. Un paraje cercano a las ruinas de una antigua cabaña de pastores es su objetivo. Entre cientos de encinos y esta cabaña se encuentra, la charca de la Peña. La charca recoge sus aguas del nacimiento de una pequeña fuente que mana desde hace siglos, desde tiempos de los romanos. Los hombres llegan y descansan mientras beben el agua potable de la fuente, está será su última oportunidad en horas. El fuego de varias hogueras se divisa entre los árboles a unos pocos cientos de metros, estas fogatas iluminando la noche y los muros del Fuerte de la Concepción. Antorchas prendidas se consumen en los derruidos baluartes.

Es una noche sin estrellas ni luna y la comitiva se siente a salvo de miradas indiscretas. El silencio se rompe solamente con el croar de las ranas de la charca. La quietud del encinar se altera y se quiebra con el canto leve de las aves nocturnas, que emergen su canto como un macabro mensaje en la noche más sombría. Las luciérnagas resurgen como estrellas del bosque y su frágil luz brilla como una guía ancestral de los seres del bosque.

Los hombres respiran las últimas bocanadas de aire puro del encinar, es un aire que huele a hierba fresca, esta se confunde con el pasto, la tierra y el tomillo. Las escobas características del encinar dibujan sus formas negras y se confunden en el suelo con las sombras de los hombres. Antes del cielo nuevo, de la nueva tierra que emerge con el amanecer de un nuevo día, se adentraran en las entrañas de la tierra.

Dos querandíes desaparecen en el interior del depósito de piedra de la fuente. Francisco les guía hasta el final del depósito, donde un muro de piedra les cierra el paso. Este muro es el extremo de la entrada secreta del túnel de los contrabandistas. No tardan en desmontar el muro, ordenan sus piedras en los laterales interiores del depósito. Bajo la luz de improvisadas teas Richard se muestra sorprendido, imaginaba un túnel de tierra pero es un conducto excavado en la roca totalmente de piedra, incluso su suelo es de dura roca.

Los once hombres comienzan su andadura por el túnel, pronto este se convierte en un laberinto de túneles, todos idénticos. Ante ellos se muestra un entramado de cinco túneles enigmáticos, el enjambre subterráneo se complica.

- Francisco ¿Cómo diablos vamos a encontrar el camino correcto al pasadizo? – pregunta Germán – Avanzar aquí es un enigma. Yo no contaba con este obstáculo en el camino – el hombre de Alameda le sonríe.

- No pensarás que he venido aquí para perderme – bromea al

tiempo que eleva su antorcha al techo – Mira el camino está marcado – señala un circulo blanco pintado en el lateral de un túnel – Siempre debemos seguir los círculos blancos para llegar al fuerte, nunca abandones el camino marcado. En el regreso recordar, el laberinto esta marcado con círculos de color rojo. Ambos sentidos están marcados.
- ¡Maldito contrabandista! – exclama Germán – Podías haberlo explicado mucho antes. No me gustan las sorpresas.
- Tonterías. Son pormenores sin importancia- Francisco avanzo por el túnel marcado con el círculo blanco.

Avanzaron en silencio y confiados por aquellos extraños conductos, solo escuchaban el sonido de sus pasos. En algunos puntos se vieron obligados a reptar despacio. Los querandíes habían confeccionado unas excelentes antorchas que mostraban algunos escondrijos en algunos pequeños túneles laterales. Francisco avanzo a rastras por un túnel a la izquierda que se estrecho de repente durante unos pocos metros, para volverse amplio en su llegada a una gran bóveda circular. Se detuvo un momento y señalo el suelo, todos pudieron ver un agujero, un hoyo profundo en el centro de la inesperada sala natural. La evitaron y agradecieron llevar las antorchas. Juan Grande lanzo una piedra, durante unos instantes interminables no se escucho nada, finalmente la piedra llego al final de su camino, un sonido claro delato la presencia de agua en el fondo. La bóveda actuaba como receptáculo de unos diez túneles. Francisco no dudo en este punto de dirigirse hacia el túnel más grande de todos. Sus hermanos comenzaron a sospechar lo poco que conocían a su hermano y sus actividades delictivas en la frontera.

La sensación de ahogo pronto crea cierta ansiedad en los miembros de aquella exploración. Llevaban treinta minutos recorriendo aquel camuflado mundo subterráneo cuando el último túnel dio paso a una galería diferente. Por fin se encontraban en el ansiado y esperado pasadizo del fuerte. La forma circular del túnel era ahora una estructura revestida de bloques rectangulares cuadrados de un granito blanco cegador. El pasadizo tenía dos metros de ancho, casi un metro noventa de altura y una longitud de cincuenta metros, acercándose al nivel inferior del baluarte del Príncipe. Al final del recorrido se mostraban tres escalones tallados y el pasadizo mostraba dos bifurcaciones, una de ellas ascendente, la otra descendente.

- Si subimos estaremos junto a la entrada secreta del baluarte del Príncipe –comento Francisco – En cambio si bajamos llegaremos a una corriente de agua que se adentra en la sala del agua, el lago interior que se utiliza como abrevadero de las bestias.

Fueron bajando uno a uno por la bifurcación hasta una corriente de agua subterránea que conectaba con el lago. La altura del agua

había bajado casi un metro desde la última vez que Francisco movido por la curiosidad la había descubierto y visitado. La bajada del nivel del agua había dejado al descubierto dos pasos en cada lateral de unos sesenta centímetros cada uno. El paso derecho les brindaba un acceso franco y directo a su objetivo. La suerte estaba de su parte.

Las antorchas iluminaron el lago y los querandíes fueron colocando mas teas intentando aportar visibilidad a la bóveda del lago. Al otro lado, se divisaba la puerta de madera que servía de acceso desde el fuerte. Estaba cerrada, no se escuchaba ningún ruido, ningún paso y…

- Me temo esta es la parte que no hemos tenido en cuenta – Richard miro a Francisco – Esto es como la noche más oscura y encima buscamos algo que no sabemos que forma tiene.

- ¡Dios mío! – Manuel se sentó en un bloque de piedra junto al agua – Gran verdad has dicho. Pero presiento que aquí hay algo que se abre con esta llave – sus dedos acariciaron la llave colgada de un cordón a su cuello- ¿Dónde? Esa es la cuestión. Nada destaca sobremanera en estas paredes. No veo losas talladas o algo que se asemeje a una pista – el joven se tapo la cara con sus manos, las abrió, miro a su alrededor y nada de nada. Los querandíes desplegaron decenas de teas e improvisaron una pequeña fogata con restos de madera hallados en un rincón. El lago se torno iluminado. Aguas de un verde cristalino mostraban sus fondos - ¿Alguien tiene una idea? Porque muy pronto amanecerá y no podemos permanecer aquí.

- Yo tengo una idea – Juan Grande avanzo hacia Manuel, se paro en la orilla mirando fijamente el agua, elevo sus brazos y los bajo extendiéndolos en cruz señalando de nuevo al agua. Los seis querandíes se arrojaron a las transparentes aguas sin dudarlo – Si hay algo en el fondo de este lago y no está a más profundidad de cinco metros, mis indios lo encontraran.

El agua es poco profunda. Manuel calcula que la profundidad media apenas son dos metros. En el fondo del lago, las sombras de los indígenas se mueven sin cesar. Las burbujas van indicando sus salidas y las nuevas inmersiones. Sus esfuerzos no parecen dar ningún resultado. Un indio sale del lago y se acerca a su amo. Le informa el fondo está cubierto por un lodo arenoso donde hay varias rocas pero no ven nada que llame su atención. Todos los indios van saliendo del agua y de rodillas por el agotamiento forman un circulo que rodea a su patrón. Juan ordena a todos una última inmersión, es consciente de que el tiempo se acaba. Los querandíes se sumergen de nuevo en las heladas aguas, será su último intento. Van pasando preciados segundos y al borde de la hipotermia, de nuevo uno por uno van regresando a los pies de su dueño, avergonzados por el escaso éxito de sus intentos. Todos no, falta uno de ellos. Pasa un minuto agónico y en el crítico momento que sus compañeros están prestos a volver a las

frías aguas para socorrerle este aparece en la orilla. Esta tiritando, sus extremidades están entumecidas apenas puede razonar, pero susurra en su lengua nativa palabras incomprensibles a los europeos. Juan le cubre con su capa de paño, debe recuperar la temperatura, debe protegerse del aire frío y la humedad del ambiente reinante en el lúgubre lugar. El indio más joven se acerca a Juan y le susurra unas palabras. Este aprieta los puños, observa al indio enfermo que se va recuperando, le da las gracias con un gesto de aprobación. Se vuelve hacia sus hermanos al tiempo que abraza a Richard y Germán.
-¡Lo hemos encontrado! – Exclama el de ultramar – Mi hombre lo ha encontrado. Hemos tenido mucha suerte.

-¿Qué ha encontrado? Pregunto Manuel presa del nerviosismo ¿Qué demonios hay en el fondo de este lago? – Volvió a preguntar a su hermano – Por todos los santos no me mantengas en ascuas, en esta incertidumbre, mi corazón estallaría en mil pedazos si no fuera por este maldito frío en mis huesos que lo retiene en su sitio
– todos se fueron acercando a Juan en busca de respuestas.

- Calma amigos míos. Todo a su tiempo – comenzó su relato Mi hombre estaba a punto de abandonar la búsqueda cuando encontró una pequeña cueva acuática y pensó merecía la pena investigar en su interior. Intuyo que algo misterioso por descubrir se ocultaba sumergido en la cueva y aun a riesgo de quedarse atrapado se aventuro a comprobarlo. En su lengua tribal ha dicho que encontró restos humanos pero también encontró – el hombre prolongo con un silencio la espera de sus acompañantes.

-Por lo que más quieras… ¿Qué ha encontrado? Estoy a punto de lanzarme al agua yo mismo, me enteraría antes de que vos lo contarais – dijo Richard bromeando.

- Ha encontrado un cofre de metal, no muy grande y no lo pudo abrir se necesita una llave, esa llave intuyo – el hombre señalo la llave en el cuello de su hermano – Hay que recuperar ese cofre cuanto antes y debemos salir de aquí como almas que persigue el diablo – Con un gesto, cinco querandíes excepto el aun renqueante se sumergieron de nuevo. No tardaron en volver a la superficie con un cofre en sus manos. Richard y Germán ayudaron a sacarlo del agua. Pesaba más de lo que se intuía, calcularon unos cincuenta kilos.

- No debemos abrirlo, pronto amanecerá, creo que se impone volver al laberinto de túneles y salir de esta cloaca antes del alba. Hemos tenido mucha suerte de no ser descubiertos. Los franceses pronto vendrán a coger agua para sus caballos, no deben ver ni una tea encendida, ni un rastro que delate nuestra presencia – todos asintieron a las palabras de Manuel.

Los once hombres iniciaron una carrera desesperada, primero por el pasadizo, luego por los túneles. Se turnaron para llevar el pesado

cofre. Siguieron los círculos rojos sin demora hasta la entrada secreta de la fuente romana de la peña. Aire puro, necesitaban aire puro, salir al exterior a la libertad de la mañana, al día despertando al alba. Pronto cruzaron el depósito, los primeros rayos de sol se vislumbraban por la apertura de la fuente, salieron como si en ello les fuera la vida, inconscientes de lo que les esperaba al otro lado.

- Quietos todos o disparamos – Julián Montes grito con fuerza – Al menor movimiento no tendremos piedad de vosotros – le acompañaban una docena de hombres, delincuentes de la peor calaña de la frontera, armados con fusiles, cuchillos, alguna pica y pistolas. Los ojos del asesino brillaron al percatarse de la presencia del cofre.

- Maldito bastardo – grito Manuel – Sabia que debía haberte matado hace mucho tiempo.

- Perdiste tú oportunidad. Veo que tienes algo que me pertenece – señalo la llave que sobresalía por la camisa del joven.

- Tuya, este objeto no te pertenece. Te estás delatando, tú asesinaste a la pobre Elena y también al hombre del pajar, para apropiarte de esta llave. Asesino eres un asesino.

- Si no te lo voy a negar estas en lo cierto y no me avergüenzo de ello. El hombre me contó su historia en una noche de tabernas. Un objeto valioso dijo y no se equivocaba. Le mate porque no me la hubiera dado por las buenas. Una tradición ancestral, los protectores del reino, pamplinas e historias sin sentido yo esperaba una joya y era esta llave, un objeto dorado insignificante. Elena me la robo y pago caro su osadía, la muy ramera. Cuando la mate no halle la llave, ni siquiera cuando profane su cadáver desde la cripta secreta de la iglesia. Imagine que estaba en tú poder. Aquella noche escuche vuestro palabras mis ojos vieron vuestro descubrimiento.

- Maldito patán, ignorante desvergonzado.

- En eso tenéis razón, la naturaleza no me brindo con mucha inteligencia para resolver enigmas. Era cuestión de tiempo, personas más versadas e inteligentes me pusieran este cofre en bandeja. Sólo había que vigilar vuestros pasos. Entregármelo y quizás os deje vivir. Somos trece contra ocho y no tenéis elección – Manuel se sorprendió, trece contra ocho, el patán no sabía contar pensó.

De repente del interior de la fuente se oyeron unos gritos, su hermano Juan apareció junto con dos querandíes, cuchillos hábilmente lanzados se clavaron en las gargantas de dos bandidos, al tiempo que las boleadoras surcaban el aire provistas de afiladas cuchillas sujetas a sus cantos redondeados segando los cuellos de otros tres bandidos. Los cuatro querandíes que sujetaban el cofre, lo soltaron en el suelo y cuchillo en mano se lanzaron al encuentro de un pequeño grupo de bandidos. Uno de los indios cayó abatido por un disparo. Al ver caer a su compañero en la hierba, los tres indios en su

carrera mataron a dos rivales con hábiles puñaladas mortales en sus infames corazones. Comenzó un intercambio de disparos. Germán fue abatido a los pies de su yerno, triste final para el viejo maestro, nefasta noticia para Corina. Richard disparo su pistola alcanzando al asesino de su suegro. Lloro a su lado un par de segundos, el abuelo nunca conocería a su nieto, crueldades del destino. Richard reacciono y se oculto detrás de una gran roca, ganando tiempo para cargar su arma. Un nuevo disparo segó la vida de un bandido. Francisco luchaba cuerpo a cuerpo con una de aquellas bestias. Julián Montes le apunto con una pistola para inclinar la balanza pero Manuel se lanzo como un demonio contra el malvado pastor y evito el disparo. La lucha se volvió cruel, en una cuestión de morir o vivir, una pelea por la supervivencia. La furia de Manuel se desato con una fuerza, una ira incontenible, alcanzo una roca y no paro de golpear al asesino en la cabeza, hasta aplastarle todos los huesos del cráneo. Juan observo a su hermano pequeño con gran satisfacción por su valor. No vio venir a una de aquellas alimañas con una pica en la mano para atravesarle, afortunadamente para él uno de sus leales querandíes se interpuso en la trayectoria mortal, recibiendo el impacto de la pica que le atravesó de lado a lado. Juan con su boleadora en mano golpeo al atacante hasta que pudo clavarle su facon en un costado. Los dos bandidos supervivientes comenzaron a huir presas del pánico ante el empuje de los hermanos y sus acompañantes.

Sin tiempo que perder, los tres hermanos, Richard y los cuatro indios supervivientes cogieron el cofre y se refugiaron en la espesura del bosque. Los disparos se tenían que haber escuchado en el Fuerte de La Concepción y era cuestión de tiempo que destacamentos franceses de caballería llegaran al lugar desde la guarnición.

Caza y fuga

D

os soldados recorren el patio. Unos instantes después, llegan a la bóveda donde se encuentra su superior. Distinguen en la penumbra la sombra del joven capitán Philip Magendie. Casi no respiran por el esfuerzo. Talones juntos se cuadran firmes. La sombra erguida avanza hacia ellos. Los militares permanecen firmes, abocados a la espera de una voz de mando que no llega. El recinto permanece en silencio, se respira cierta tensión. El oficial da unas vueltas alrededor de sus hombres, estos son objeto de una improvisada revista. Gorros de piel de oso limpios con sus altivos morriones, pelo correcto, bigotes acicalados. Los uniformes parecen impecables. Su casaca azul prusiano tipo levita mantiene todas sus botonaduras. Charreteras rojas y bocamangas perfectas. Los mosquetes limpios y sus bayonetas brillantes, ninguna objeción a las polainas pero de repente su vista se detiene, horror las botas están sucias. Los dos veteranos granaderos de

la infantería en línea van a pasar un mal rato. Sus botas polvorientas delatan su carrera desde el cercano campo atravesando la vereda llena de barro. Inadmisible error para veteranos acuartelados, con tiempo a su juicio para enmendar aquella penosa imagen, un desliz imperdonable. Sus soldados son su imagen personal y la mediocridad no se contempla bajo su bandera. Limpiaran sus botas y el patio de armas del Fuerte de La Concepción como castigo a la osadía de presentarse con las botas sin limpiar.

-¿Qué ha sucedido en el cercano bosque? – pregunto el oficial a uno de los granaderos de mayor graduación.

- Señor, fueran quienes fueran han huido dejando un rastro de cadáveres en el lugar. Hemos contabilizado catorce cuerpos sin vida. Parecía un ajuste de cuentas local pero hay algo mas – el sargento fue interrumpido por su oficial.

- Explicaros, por todos los santos, no tengo toda la mañana para preocuparme por un puñado de españoles luchando entre ellos.

- Hemos encontrado en el lugar de los hechos, oculto y escondido en el interior de una fuente, lo que parece ser la entrada de un entramado de túneles y pasadizos. Creemos intentaban llegar a nosotros para acabar la voladura que el perro ingles Craufurd realizo tan deficientemente en Julio. Un golpe definitivo a nuestras mermadas defensas.

- ¡Tonterías! – Exclamo el capitán Magendie – Esta es una zona de contrabandistas, estoy seguro nosotros no éramos su objetivo. Estamos asistiendo únicamente a la lucha por el control del contrabando fronterizo, una pelea fratricida entre dos bandas rivales.

- Ahí algo mas señor. Creo que tenemos un detalle que va a interesaros por lo extraño y fuera de lo común de la situación.

- Por favor decirlo y marcharos tengo muchas cosas que organizar esta mañana, no tengo tiempo que perder con asuntos de los delincuentes locales.

- No todos los muertos eran españoles. Dos cuerpos pertenecen a una raza muy parecida a los quapaws de nuestra extinta y breve colonia de Luisiana – el sargento sabia de lo que hablaba no en vano durante en el año de nuestro señor de 1803 durante un periodo de veinte días había sido el escolta personal del representante de Napoleón en Luisiana. Esta corta visita le permitió tener un breve contacto con los indios locales

- Indios, interesante pues se contarían con los dedos de una mano los que puede haber en estas tierras– el oficial recordó su encuentro en la taberna con el hacendado español, el hombre que despertaba sus simpatías y sus recelos. Recordó los indios querandíes que le acompañaban. – Visitar al viejo tabernero de Val de la Mula, seguro que tiene noticias del paradero de su hija, estoy seguro nos llevara

hasta el español – los granaderos asintieron y tras un saludo marcial se retiraron de la estancia de su superior.

Caminaron entre los encinos, saltaron entre las rocas, avanzaron sin parar. El cansancio parecía no existir. Bajaron por la falda del monte sigilosamente, pronto llegaron a las tierras de cultivo y a un viejo camino de tierra. Lo siguieron, sin temor aunque conscientes de que este camino era visible desde la cercana población. Llegaron a la rivera, era una zona poco profunda, la cruzaron sin mirar atrás. El agua y sus cientos de gotas salpicando sus cuerpos impregno sus ropajes, su frescor alivio el esfuerzo, limpio su sudor. Manuel detuvo la marcha en un pequeño claro, se ocultaron entre el agua y un juncal. Permanecieron en silencio durante bastante tiempo. Nada se oía. El castellano se giro sobre sí mismo, la rivera estaba tranquila, el monte permanecía todavía silencioso. Los franceses no se habían internado en la cerrada espesura de escobas, zarzas y encinos. No se aventuraron en una persecución en territorio desconocido, evitaron lo que bien podía ser una emboscada. A sus espaldas se elevaba un pequeño cerro rocoso. Conocía aquel lugar de leyendas. Era la casa de la mora, lugar objeto de las historias de un mito local, el sitio que todos los lugareños evitaban en las horas del ocaso y en las del alba. La leyenda decía allí moraba una bruja malvada, que robaba infantes recién nacidos para sacrificios humanos. Sus seguidores adoraban al diablo y la llevaban ofrendas, comida y objetos de valor. Pero el castellano sabía que esto solo era un cuento para asustar a los niños, a los no tan niños y a las mujeres fácilmente impresionables en las duras noches de invierno. Lo único que había en aquel cerro era una caverna minúscula apenas para albergar tres o cuatro personas.

Cuantas veces los adolescentes del lugar la habían visitado para demostrar su valor, cuando realmente el único peligro era el escarpado camino que daba acceso a la caverna excavada en la roca. Este capricho natural, de una no menos naturaleza salvaje, moldeado por la erosión y el paso del tiempo, le pareció un lugar adecuado para descansar y ocultarse unos instantes, unas horas de cualquier inesperado perseguidor. Señalo un pequeño sendero de roca a sus acompañantes, entre la rivera y el cerro, avanzo sin pensar. Fueron subiendo, algunas piedras fueron cayendo, rodando hasta el agua, su sonido era delatador, por fortuna seguían estando solos. El cofre lo portaban los querandíes, este dificultaba su marcha pero a su vez les daba ánimos para continuar. De pronto en la mitad del cerro apareció ante sus ojos la pequeña caverna.

Los hombres se lanzaron al suelo, lanzaron sus capas, sus armas y sus sombreros al suelo, jadeaban por el esfuerzo de la subida, pero se sentían ahora a salvo. Desde la caverna divisaban la rivera y sus pasos, los profundos y los no profundos. En frente, ante sus ojos, se les

mostraba visible la bajada del monte varios kilómetros. Esto les garantizaba cualquier huida, cerro arriba con tiempo para cobrar ventaja, tiempo valioso para salvar sus vidas. A la derecha, a escasos novecientos metros, se divisaba el pequeño pueblo de Castillejo de Dos Casas. Los hombres se recostaron contra las rocas, no hablaban pero todos tenían una intención grabada a fuego en sus pensamientos. El cofre, el receptáculo de sus esperanzas, el motivo de arriesgar sus vidas, estaba depositado en el centro de la pequeña caverna. Todos ardían en deseos de conocer su contenido, era el tiempo de abrirlo y saber si tanto dolor, muerte y riesgo había merecido la pena. Richard lloro con amargura, el viejo maestro, el abuelo de su futuro hijo no se mereció el final de sus días a manos de aquellos desalmados. Tampoco los dos querandíes caídos miembros de un gran pueblo, una tribu inmortal, lejos de sus tierras, lejos de sus familias se merecieron aquel final, nunca volverían a cabalgar por sus llanuras sin fin de sus amadas tierras del norte de La Plata. Todo por aquel misterioso cofre que encerraba un secreto de casi dos siglos.

- Manuel, si la llave colgada de vuestro cuello abre este baúl, creo es el momento de comprobarlo. Así sabremos porque hemos arriesgado nuestras vidas – Richard le señalo la cerradura.

- Estoy de acuerdo con el escocés. La curiosidad de tu hermano mayor está creciendo por momentos – Francisco le invito a acercarse al cofre con un gesto de su mano derecha.

El joven Manuel estaba tan impaciente como el que más de los presentes. Avanzo hacia la cerradura al tiempo que la llave dejaba la seguridad de su cuello. Sus manos temblaron presas de la emoción. Sus dedos sujetaron con fuerza la cabeza de la llave. La hundió en la cerradura, respiro profundamente, contuvo la respiración y giro lentamente la llave. Todos observaban su mano. La llave estaba girando, respiro aliviado, sus dudas se disiparon en un instante, la llave abría la cerradura. Un sonido metálico les indico que el cierre estaba abierto. La tapa del cofre, como impulsada por un resorte, un fuerte muelle de esperanza, se elevo un par de centímetros. Las dos manos del joven cogieron con fuerza la parte superior de la caja, sus dedos se introdujeron parcialmente en su interior. Su primer esfuerzo fue en vano. Su hermano Francisco se prestó a ayudarle. La tapa no cedía. Juan cogió su cuchillo y lo hundió en la hendidura abierta, un último esfuerzo apalancando la tapa oxidada por el tiempo. Sus hermanos se emplearon con fuerza. Por fin sus esfuerzos obtuvieron su recompensa y la tapa cedió, se abrió totalmente. Los ocho abrieron sus ojos como platos, ante ellos se descubrió algo que cubría sus expectativas, sus sueños más hermosos, sus deseos de riqueza.

El cofre estaba lleno de gemas preciosas de incalculable valor. Perfectamente tallados brillaban los zafiros de color azul aciano.

Grandes rubíes estrellados de un rojo intenso se mezclaban con diamantes cúbicos brillantes. Esmeraldas hexagonales de un verde cromado completaban el impresionante tesoro. Hundieron sus manos en el cofre, las gemas eran de todas las formas y tamaños. Richard mostro en su mano dos piezas de gran belleza, un enorme diamante rosa y el único conocido diamante azul de la historia. Un tesoro digno de un rey, no hay millones de doblones suficientes para comprar tamaña riqueza. Sin saberlo el perdido tesoro de la Orden de Santiago, el tesoro para el resurgir de una nación se presentaba ante aquellos hombres.

- Tenemos que andar con cautela y ocultar este tesoro – el escocés hablaba en serio.

- ¿Qué estás diciendo? Esto es una fortuna. Podemos vivir como reyes, en palacios, con cientos de criados, la vida soñada – Manuel no pudo acabar su frase, su hermano Juan le cogió por los brazos y le zarandeo con fuerza.

- Piensa un poco hermano, Richard tiene razón. Estamos en guerra, pillaje, requisiciones, injusticias, asesinatos y hambre en el suelo peninsular. Acaso piensas que puedes conservar un tesoro como este, la respuesta es muy simple, sólo en tiempos de paz podrás intentarlo. Solo entonces mis barcos llegaran a los puertos peninsulares y podrán servir la excusa perfecta de riquezas de más allá de los mares, de ficticias minas descubiertas en tierras lejanas. De propiedades inexistentes que generaran tal riqueza – Juan hablaba muy en serio.

- ¿Qué propones hermano? – pregunto Francisco.

- Debemos enterrar este tesoro y esperar tiempos mejores, tiempos de paz. Será el futuro de nuestros hijos, la garantía de bienestar sin fin para nuestras generaciones venideras – sus hermanos y el propio Richard asintieron dando su conformidad al plan.

En la misma caverna, en un extremo de esta cavaron un profundo hoyo con la ayuda de sus cuchillos, metieron el cofre en el agujero hasta taparlo con tierra seca y hojarasca. No pararon hasta que la superficie quedo camuflada y mimetizada con el resto del suelo. Entonces aparecieron los querandíes con una gran pesada roca sobre una improvisada camilla y la situaron sobre el lugar donde reposaba su secreto.

- Ahora debemos volver al pueblo y hacer nuestra vida normal.

- Me temo que yo no puedo volver – dijo Juan – Los muertos querandíes habrán llamado la atención y será cuestión de tiempo los franceses me busquen. Conocí a un oficial francés que fue testigo en mi boda con Catarina, no tardara en relacionarme con la escaramuza del teso de la fuente.

- Te equivocas hermano, aún podemos arreglar este asunto. – Manuel se volvió hacia Francisco buscando complicidad – Tus

hermanos son testigos de cómo hace unos días vendiste a dos de tus indios de las colonias a un lugareño llamado Julián Montes. Los muertos no hablan y el documento en español que escribiremos a tal fin será suficiente para engañar a cualquiera.

- ¡Estupendo, es una gran idea! – exclamo Richard – Ya podemos entonces regresar al pueblo de inmediato.

- Me temo Richard que tú no podrás regresar junto a tu esposa.

- No te entiendo Manuel. ¿Por qué no puedo volver junto a Corina? Mi mujer me necesita. Si lo dices por mi suegro muerto, tu lo has dicho los muertos no hablan, nadie lo identificará como el maestro de un perdido pueblo de provincia.

- Richard, los franceses investigaran en el pueblo, no podrás ocultar tu condición de escocés, te delataras y te colgaran como a un perro. Arriesgaras la seguridad de tu esposa y el futuro bebe.

- Tengo que darte la razón – su semblante se volvió muy serio y mostraba gran consternación - Prométeme que protegerás a mi esposa y al bebe si llega el caso.

- Te lo prometo. Ana y yo los cuidaremos como a una hermana o a nuestro hijo. En el prado Grande, oculto mis caballos y las sillas de montar, toma el más veloz y cruza la frontera, reúnete con los tuyos amigo.

Los dos hombres se abrazaron y el escocés comenzó a subir el cerro en busca del camino del prado Grande, un largo viaje le esperaba hasta reunirse con el ejército aliado en Portugal. El resto de la comitiva se dispuso a volver al pueblo por el camino de la rivera, la ruta del viejo molino.

FRONTERA TOMADA

L

a frontera sintió las convulsiones de la tierra, el azote sin piedad de los acontecimientos. El protagonismo en la historia de los moradores de la marcada delgada línea que unía los destinos de los hombres a ambos lados de la frontera. La sangre derramada en la triste expedición despertó el interés de los moradores del Real Fuerte de La Concepción. Las batidas se sucedieron sin cesar por todos los pueblos de la comarca. Un nombre brillo con luz propia en la tela de araña que fue tejiéndose desde la guarnición. Castillejo de Dos Casas y su nuevo ilustre morador se convirtió en el objetivo de las casacas azules. Al amparo de las sombras de la noche, sables y bayonetas recorrieron las calles. El pueblo duerme ajeno a los movimientos clandestinos de los soldados del fuerte.

La tenue luz de una lámpara de aceite ilumina los deseos de una pareja en su lecho bendecido por los votos de un sagrado matrimonio.

Las manos del hombre recorren el cuerpo de la mujer. Sus dedos sienten la redondez de sus pechos. La atrajo hacia su cara y mordió en

un arrebato animal lleno de pasión sus pezones, sus labios besan luego suavemente el cuello de su esposa. Ella corresponde con un beso ardiente hasta lo más profundo de la garganta de su amado. Las manos recorren sus espaldas mientras intercambian besos sin final. Se besan en los rincones escondidos de sus cuerpos. El marido devora la boca que le besa todo el cuerpo. Sus manos recorren la cadera de la mujer, una sube hasta la nuca, produce en ella un escalofrió intenso, la otra mano baja suavemente por el vientre, sigue deslizándose más abajo hasta el sexo donde un dedo lubrica el punto escondido de su placer femenino. El hombre siente una mano en el tronco de su pene. Es el momento idóneo para tomar a la mujer, sus deseos se vuelven incontrolables, la lanza boca arriba, encendido a punto de explotar. Lentamente la mujer sintió como el hombre la penetraba, sin dejarla apenas respirar. Sintió la erección de su compañero, sus manos recorriendo las zonas erógenas y la eyaculación en el momento del clímax, en la plenitud del acto de amor sin tregua.

De repente se abrió la puerta de la alcoba e irrumpieron unos invitados inesperados. La mujer desnuda despierta la lujuria pecaminosa de los soldados. Sus sentidos bebiendo de la belleza de la mujer atraen los peores pensamientos carnales y la malicia mas desmedida. El peligro de una relación sexual forzada se manifiesta en el aire cada vez más tenso de la alcoba. La violación no se produce. Los soldados tienen órdenes. Su superior había sido claro y tajante al **prohibir** categóricamente tocar a la mujer contra riesgo de ser fusilados. La tentación es fuerte, difícil de resistir pero la muerte ante el paredón amedrenta a los soldados franceses que desisten de sus intenciones. La mujer tapa su cuerpo desnudo con una manta color crema de lana de oveja. Su marido es entonces forzado a vestirse y a empujones lo sacan de la casa. Catarina llora desconsolada, su marido comienza un penoso camino a pie atado al trote caprichoso de una cabalgadura, directamente sin descanso hacia el viejo fuerte de la frontera, allí le espera un duro e improvisado interrogatorio.

Una hora después se encuentra en la estancia del oficial al mando de la fortificación. Este no le mira, sentado tras la mesa de un improvisado despacho, firma las órdenes del día, revisa los correos con las últimas instrucciones del mando del ejército de Portugal. Finalmente eleva su vista, reconoce en el prisionero al hacendado que días atrás encontrara en la posada portuguesa de Val de la Mula. El mismo al que facilitará el paso de la frontera junto con su joven esposa. El militar apoya una mano en su barbilla y observa al castellano, deja la pluma en el tintero pero aun no articula palabra, quiere crear un clima de tensión, un ambiente propicio para el miedo escénico que desea imponer. Quiere crear un clima de confusión donde el miedo acabe delatando a su forzado invitado. El castellano se

muestra tranquilo en un estado casi ausente, intentando controlar sus emociones, sus debilidades. Se siente abandonado a su suerte y sólo la benevolencia de las bestias, la que decidan los verdugos de su nación podrá ayudarle en semejante trance.

Finalmente el oficial se levanta de su sillón, avanza seguro hacia el preso, no ha considerado necesario atarlo ni siquiera encadenarlo o vigilarlo, no teme por su vida, sabe que escapar es imposible, tanto como entrar en la fortificación. Rodea al prisionero, sus manos están situadas detrás de la cintura, se para a la altura de su costado izquierdo, avanza hacia una bandeja de plata, toma una jarra con su mano derecha y llena dos copas de Oporto, ofrece una a su oponente, este no la rechaza. Es el momento de decidir el futuro del español.

- Sabéis, pensé que nunca más volvería a veros pero sois un hombre difícil de olvidar. Vuestros acompañantes delatan vuestra presencia allá donde vais. ¿Qué turbios negocios os llevaron a las proximidades de mi fuerte? – pregunto el francés.

- Excelencia, no entiendo que queréis decir, no comprendo vuestra pregunta. Nunca he sentido el menor interés en aproximarme a este fuerte, salvo para visitaros, es justo agradecer vuestra ayuda y hospitalidad del otro día.

- Creo que insultáis la inteligencia de un oficial de su majestad imperial, vuestros indios muertos a escasa distancia de este lugar dicen lo contrario, delatan la mentira de vuestras afirmaciones.

- Siento su muerte, no tenía ni idea, pero esos indios no eran ya míos. Reconozco he vendido dos de ellos a un hombre de dudosa reputación… - el oficial le interrumpió con gran enfado.

- Queréis que crea que un rico hacendado como vos, lleno de oro ha necesitado vender dos valiosos esclavos por míseros reales de plata, ni siquiera lo entendería si se tratase de cientos de doblones de oro.

- No exactamente por dinero, fue una justa transacción por la casa donde vuestros hombres han irrumpido esta noche asustando, aterrorizando diría yo a mi joven esposa. El propietario no quería venderla bajo ningún concepto pero la idea de poseer dos esclavos indios le sedujo y finalmente acepto. Tengo un documento firmado que da fe de ello. Entiendo perfectamente vuestra confusión, yo también hubiera pensado como vos, pero mis deseos solo han sido tener un lugar íntimo donde vivir con Catarina, un hogar en la intimidad- el castellano recordó la estratagema preparada por su hermano Manuel, la casa de Julián Montes, hombre sin familia estaba libre porque no ocuparla entonces y crear un documento para justificar su ocupación contra la venta de dos esclavos. Esta podía ser la cuartada perfecta que podía salvarle de un pelotón de ejecución. Todavía podía salir indemne de aquella ratonera sin salida. Qué gran verdad, los muertos no pueden hablar.

El capitán francés carraspeo, sus pruebas se venían abajo. Sintió no podía justificar moralmente el arresto del español. Lo tendría unas horas retenido en una celda para luego soltarle. No obstante, observaría a este hombre en sus futuros movimientos por la frontera. Algo le decía que el hombre mentía pero las pruebas eliminaban sus intenciones, que se quedaban en simples conjeturas, sólo la duda martilleaba su mente. Brindo con el español en un pacto de fingida benevolencia, un deseo de mantener un vinculo abierto con el castellano, pero ya no le veía como un amigo, intuía estaba ante un enemigo en ciernes. Un peligro que añadir a una frontera cada vez más hostil, donde los enemigos del imperio dormían en una calma fingida, prestos a empuñar sus armas contra el invasor de su patria.

La navidad del año 1810 llego y paso por la frontera como siempre, sin nada que celebrar. La rabia por la ausencia de defensores de la causa golpeaba los corazones de todos y cada uno de los lugareños. Gente sin alma dormitaba en la frontera como centinelas dormidos esperando el despertar de su instinto luchador. Las noticias que llegaban de Portugal no eran del todo halagüeñas, el ejército francés del Mariscal Massena se movía cautelosamente por el suelo Portugués y toda Extremadura se sometía al poder del ejército imperial, esperando el momento de golpear al ejército anglo-portugués protegido por las líneas defensivas de Torres Vedras.

Mientras, el Duque de Wellington todavía más prudente si cabe que el líder del gran ejército imperial no se decidía a avanzar ni contraatacar la extensa línea del frente francés. Para ambos cobraba vital importancia recibir refuerzos y víveres, la llegada de estos inclinaría la balanza a favor de uno u otro de los bandos. El invierno surgió como poderoso aliado de los anglo-portugueses, que además se vieron reforzados por dos divisiones españolas que se asentaron en Extremadura para desviar la atención francesa. Muchas fueron las luchas y batallas que se sucedieron durante el primer trimestre de 1811. Marzo amaneció y finalizo con el inicio de una extraña y no entendida retirada total francesa hacia la provincia de Salamanca. Paris se revolvió en sus tripas al conocer la noticia.

En Castillejo de Dos Casas, nacía el 25 de Enero, la hija de Corina y Richard Wrestling, la niña recibía el nombre de Rosalía en honor a su abuela materna. Richard recibió la noticia el 8 de Marzo de 1811, en pleno asedio de Badajoz, donde estaba protegido, acogido y acompañado por un famoso cronista ruso, el escocés cubría de nuevo la guerra peninsular para el londinense The Times. La noticia le lleno de alegría y sintió profundamente no encontrarse junto a su esposa en tan feliz acontecimiento aún en tiempos de guerra.

La niña nació teniendo como padrino de excepción a Juan Grande. El honor de ser la madrina recayó en Ana Martín. Muy a pesar de la

turbulenta guerra y la ausencia obligada del padre, el bautizo se celebro por todo lo alto en el pequeño pueblo un 12 de Abril de 1811 y así consta en los anales de la pequeña iglesia de Santiago Apóstol.

La joven Corina vivía por aquel entonces bajo la protección de Manuel Grande y Ana Martín, al igual que la joven Eliana, huérfana de Ciudad Rodrigo. Con ello Manuel Grande cumplía sus promesas de protección y agradecimiento en el injusto mundo que le había tocado vivir.

Finales de Abril, año 1811 de nuestro señor, el castellano se encuentra en el pequeño huerto familiar, donde el trabajo se acumula, para unos frutos escasos, una recompensa efímera. La joven Eliana le acompaña, juega en el borde de piedras de un pozo de agua. Sus pies se mueven con destreza, salta a la pata coja de una piedra a otra, por un momento resbala, recupera la estabilidad, brazos en cruz, ligero aleteo de sus manos y otra vez saltando. Mira a su benefactor y sonríe. Manuel también sonríe y permanece tranquilo, el pozo es poco profundo apenas un metro cincuenta y tan sólo un metro de agua.

La azada se hunde en la tierra, los surcos van tomando su forma. Esta sudando, pero no está cansado. Hunde ahora una tornadera en la tierra para remover el estiércol que ha traído y esparcido por el pequeño huerto. Sabe y presiente esa mañana que su tiempo se acaba y pronto reclamaran su presencia. Si por lo menos pudiera acabar todo lo que su mente le reclama. Le comienza a doler la espalda, permanecer mucho tiempo agachado no es bueno. Eliana está intentando coger unos membrillos del árbol que se eleva desde la trasera del pozo. Estos acompañaran las frambuesas que ha recogido de unas plantas cercanas al pozo. Manuel se acaricia el pelo de su cabeza y piensa, al final esta chiquilla se va a caer en el pozo y tendremos que salir corriendo.

Vuelve a hundir la tornadera, el tridente se esfuerza por no entrar en la tierra, raíces enredadas, la limpia con esmero, utiliza la azada que crea unos golpes metálicos, empieza a cansarle la rutina del huerto. Levanta su vista, su casa se ve entre dos viejas higueras, observa una figura conocida dejando atrás la puerta delantera de la vivienda, es su mujer. Ana Martín corre con todas sus fuerzas hacia su marido, el pequeño Francisco esta en sus brazos. No tarda en alcanzar el pequeño huerto, sin respiración, casi sin aliento, las malas noticias fluyen desde su garganta, voz ronca de un catarro mal curado confirman las sospechas del hombre, su tiempo de falsa paz en medio de la guerra clama su final.

- Franceses, Franceses – grita la mujer – En los altos de Castillejo entre Barquilla y Villar de Puerco. Miles de ellos. También en Alameda, tu hermano Francisco ha llegado con María hace unos minutos, en Alameda del Gardon están tan próximos a la población

que han preferido venir aquí.

- Tranquilízate mujer. No puede ser tan grave – Manuel trata de tranquilizar a su mujer pero sin convicción en sus palabras. No puede continuar con sus palabras, se escuchan los cascos de un caballo acercarse por la calle del Calvario. El sonido de los herrajes se aproximaba a su casa, pronto diviso un extraño jinete acercándose a su puerta, dejo la tornadera y apartando a su mujer e hijo a un lado avanzo por el camino de las higueras, al encuentro del recién llegado.

Mientras en efecto, los altos de Castillejo de Dos Casas se plagaban de soldados franceses. Veinte mil seiscientos hombres del segundo cuerpo del ejército francés al mando del General Jean Reynier ocupaban los altos. La primera división del General Merle formaba a la derecha de los cerros en vanguardia, la segunda división del General Heudelet formaba a la izquierda. Protegía la retaguardia una brigada de caballería compuesta por seiscientos coraceros al mando del General Soult. Las fuerzas de ocupación en la cercana Alameda estaban al mando del General de división Jean Solignac, se trata de la segunda división parte del octavo cuerpo del ejército francés, fuerzas de reserva al mando del General Junot, duque de Abrante.

Manuel observo como el jinete desmontaba de su caballo blanco, su hermano Francisco y también su hermano Juan recién llegado calle abajo le daban un apretón de manos. Francisco se atrevió incluso con un abrazo. El joven se fue acercando, pronto la emoción hizo su efecto y un escalofrío le recorrió la espalda, su garganta se seco, el miedo de todo hombre por la muerte, ese miedo que hay que sentir con respeto pero ocultar a los tuyos, se presento en todo su cuerpo e invadió todo su ser. Allí estaba ante sus ojos, el alférez creador del Regimiento ligero de Lanceros de Castilla, la leyenda viva de la Brigada de Don Julián. El hombre conocido por los franceses como el Diablo, conocido por los españoles como El Charro, defensor de la religión, el rey y la patria.

Julián Sánchez “El Charro” llamaba a todos los hombres de bien a una última carga, una última batalla por la frontera, por el honor y la gloria de España. La muy noble familia Grande siente la llamada, presiente los días de paz en la guerra han llegado a su fin, acudirán a la llamada, sin dudar lucharan una vez más, pagaran su deuda por haber nacido en la muy noble tierra de la frontera. Los batallones Charros, los supervivientes del asedio de Ciudad Rodrigo, los voluntarios son llamados de nuevo a las armas.

- Compatriotas, es un placer volver a ver caras conocidas en esta mi misión – el Charro se dirigió a los tres hermanos por igual, aunque no conocía a uno de ellos – Dentro de pocos días se iniciara una gran batalla en estas tierras. Wellington asedia Almeida con tropas aliadas de ingleses, portugueses y españoles. El Fuerte de la Concepción será

muy pronto el símbolo que marque la liberación de Portugal. Massena lo sabe y vuelve sobre sus pasos para socorrer Almeida y ese maldito fuerte, tratara de oponer una feroz resistencia a lo que será el comienzo de la liberación de nuestra patria. Venderá cara la entrada aliada en España.

- ¿Qué quieres que hagamos? – pregunto Manuel – Sabes que cabalgaremos contigo pero las fuerzas asentadas en Castillejo y Alameda son numerosas. ¿Cuántos hombres nos acompañaran?

- Entre mi brigada y los voluntarios charros espero reunir mil quinientos jinetes. Pero no temas nuestro objetivo no es atacar a los franceses en estos cerros de Castillejo o Alameda. Nuestra misión será reunirnos con el cuarto y décimo de caballería de los dragones portugueses, comandados por el general de brigada Barbacena. Estos nobles aliados han recibido instrucciones de acercarse a la villa de Fuentes de Oñoro.

- ¿Dónde no reuniremos con vuestra brigada?

- El 3 de Mayo, detrás de los altos de Castillejo, justo detrás de segundo cuerpo del ejército francés, detrás del mismo enemigo que ocupa los altos de Castillejo – contesto Julián Sánchez.

- Es una locura solo podremos llegar a Fuentes de Oñoro atravesando las líneas de Castillejo y Alameda – Manuel estaba contrariado – Es un autentico suicidio colectivo.

- No es correcto. La quinta división del Sir William Erskine atacara el Fuerte de la Concepción con diez mil hombres, serán dos brigadas inglesas de infantería junto con el segundo y quinceavo regimientos de infantería portuguesa y un regimiento de cazadores portugués. AL mismo tiempo, tres brigadas de la sexta división británica cruzaran el río Turones en dirección Alameda hacia la rivera de Dos Casas al encuentro del octavo francés del general Jean Solignac. Una brigada portuguesa comandada por el barón de Eben apoyara ambos avances. Wellington ha dispuesto la caballería intervenga en este lado de la frontera, al mando del General Stapleton Cottom, la primera y segunda brigada de dragones y húsares avanzara también contra Solignac, si se rompe el frente en un día estos podrán apoyar a Sir William Erskine. Treinta mil franceses quedaran aislados del grueso del ejército de Massena. Valerosa misión se presenta para apenas dieciocho mil anglo-portugueses retener a tamaña fuerza. En esa confusión intentaremos llegar al río Turones y siguiendo su orilla izquierda llegaremos hasta el mismísimo Wellington en Vilar Formoso donde se encuentra nuestro destino junto a la caballería de los dragones portugueses.

- No entiendo la naturaleza de nuestra misión, recorrer tan difícil camino para… - el Charro interrumpió a Francisco.

- Esa será nuestra misión, recorrerlo los primeros para observar si

tropas francesas se encuentran en nuestro camino más allá de Alameda. Si llegamos, Wellington tendrá la prueba de que en frente estará el grueso del ejército francés de Massena y concentrara todas sus fuerzas disponibles en su ataque, incluida la reserva.

- Ahora lo entiendo seremos la carnaza expuesta a las alimañas, si no llegamos será porque hay mas fuerzas entre el Fuerte de La Concepción y Massena. Si llegamos nos incorporaremos a una gran batalla

– Manuel sonrió burlonamente – Si soy sincero ni lo uno ni lo otro me consuela, mas me valía ser un escondido porquero en estos tiempos de convulsión y peligros. – Todos rieron ante la resignación del castellano.

Brindaron por su nueva alianza, sellaron su compromiso con un buen vino blanco de la tierra de Castilla. Era el momento más digno para un lazo de sangre. Luego comieron hasta que las fuerzas agotaron sus cuerpos y los cuatro hombres se quedaron dormidos hasta la mañana siguiente. Julián Sánchez salió muy temprano a reunirse con sus hombres en la zona de Barquilla. Estos habían recorrido las pequeñas poblaciones promoviendo la pequeña leva. Pronto llegarían a reunirse los voluntarios, dignos herreros, agricultores, porqueros, ganaderos, hijos de bien todos los combatientes Charros, la noticia, el nuevo llamamiento a las armas se extendía por toda la frontera ocupada.

LA BATALLA DE FUENTES DE OÑORO

D

os de mayo de 1811, tiempo de despedida triste y dolorosa. Sus amadas esposas acompañaran sus recuerdos, se acostaran y amanecerán sin ellos. La tristeza se revestirá de una amarga angustia, por el regreso incierto de los seres queridos. Se desgarra el alma de los nobles corazones, como una nube por las tierras de la frontera. Los hombres se preguntan ¿Por qué haciendo lo que debemos esta tristeza? Es un día trágico que precede a otros y requiere de las fuerzas necesarias para afrontarlos. Es duro para las que se quedan, más duro para los que se marchan. Quisieran este día no sea el día de un adiós, tan solo el comienzo del resurgir del hombre, la paz de una nación libre, llena de orgullo. Serán guerreros, serán hermanos que lucharan hasta la muerte. Unidos en una lucha desigual, con orgullo patrio defenderán su vida, su tierra olvidada de la mano de Dios, defenderán a sus seres queridos, por la libertad de sus hijos, libres de la tiranía de una nación que busca el sometimiento de los pueblos de la vieja Europa. Las lágrimas afloran en todas y cada una de las mujeres, Ana no puede más, su marido se acerca.

-¿Por qué lloras amada mía? - le pregunta Manuel. - Porque tú eres mi vida le contestó su mujer -El padre de mi hijo, la luz que me

motiva al alba, la caricia que me da fuerzas en el ocaso, en el crepúsculo de cada día.

La joven Eliana avanza hacia ellos, les abraza con fuerza a ambos, su corazón está roto, palabras sinceras surgen de una voz apagada, palabras presas que se escapan de sus labios, generosa inocencia.

-Lucha por sobrevivir – susurra la joven - ¡Tú eres el padre que nunca tuve! No dejéis viuda a mi nueva madre.

Juan Grande se abraza a Catarina, pacta su despedida con un beso en la frente de su joven esposa. Se da la vuelta, sus leales querandíes prestos a recibir sus ordenes, prestos a montar en sus caballos.

-No amigos míos, no esta vez, no sería un hombre justo si no os liberara en este momento de vuestros votos y ataduras hacia mi persona. Esta no es vuestra guerra. Sólo pido y lo hago como amigo, no como señor, dueño o patrón que protejáis a nuestra familia hasta nuestro regreso. Pero cuando el año acabe prometerme que regresareis, que emprenderéis viaje a vuestro hogar, a la cuna de vuestros ancestros, todo lo dejo dispuesto para ello, mi mujer conoce mis deseos, espero no mi última voluntad – Los cuatro supervivientes querandíes asintieron con un leve movimiento de cabeza. Para el hacendado, suficiente, sus hombres morirían antes que abandonar a los suyos a su suerte.

Los tres hermanos, sin mediar mas palabras montaron en sus caballos, sin volver la vista cabalgaron hacia la salida del pueblo, el camino de Barquilla les espera para reunirse con otros veinte jinetes. En la hora señalada los patriotas de Castillejo comienzan su marcha, sus monturas relinchan en su trote hacia el incierto destino bajo el impulso de las espuelas. Las garrochas se elevan hacia el cielo. Las botonaduras de oro de sus trajes charros anuncian que los hijos honorables de Salamanca, hombres duros de la frontera, Charros de bien, dirán sus últimas palabras en el campo de batalla.

Aquel jueves 2 de mayo de 1811, se reunieron las huestes en las proximidades de Barquilla. Hombres nacidos sobre un caballo, de una pasta y casta diferente formaron casi dos batallones de caballería. Dos mil jinetes comparables a cosacos de leyenda fueron cubriendo las llanuras y los bosques de encinos cercanos. No hay gritos ni arengas, la orden es ocultarse, esperar el momento oportuno, se impone no llamar la atención hasta que el ejército anglo-portugués comience la batalla contra el francés. Es primavera y el ataque parece ser inminente, el viernes 3 de mayo es el día elegido por Wellington para cruzar la frontera. Maldición, desesperación, el viernes amanece con la noticia más inesperada, un jinete anuncia un cambio de planes, no atacan los aliados, es el segundo cuerpo francés el que avanza por el noroeste, la segunda división del octavo cuerpo del duque de Abrante también avanza desde Alameda.

Los tres hermanos suben a sus caballos y se preparan para la marcha, les esperan dos horas de gran tensión. No es una carga lo que pretenden, su movimiento será como una huida a galope tras las líneas enemigas, para salir a campo abierto. Una carrera a galope tendido al encuentro de sus aliados, los dragones portugueses. El riesgo es mucho, cualquier error, una división del ejército francés en el camino y saben que estarán muertos. Julián Sánchez y cinco jinetes se adelantan, su galope va tomando una perfecta armonía, se van alejando, es la señal, los dos batallones les siguen.

Pronto dejan Castillejo a su izquierda, a lo lejos se divisa el Real Fuerte de La Concepción, a su derecha Aldea del Obispo, la población que ha sido abandonada por sus habitantes antes de la batalla. La infantería francesa del II cuerpo avanza contra las brigadas inglesas de Sir William Erskine que sitian el fuerte. Los batallones charros giran a la izquierda dejando la lucha a su derecha, no es su misión socorrer a la quinta división anglo-portuguesa. De repente en campo abierto se despliega ante ellos un panorama inesperado, la sexta división inglesa del General Alexander Campbell junto con el primero, catorceavo, decimosexto de dragones y el primero de húsares al mando del mayor general Stapleton Cotton esta frente a frente en un choque mortal con la segunda división francesa del VIII cuerpo del general Jean Solignac. La lucha es encarnizada y la hueste castellana tiene que evitar formar parte de esta confrontación. Su misión es cruzar este último escollo y reconocer el camino hasta Vilar Formoso, en busca de la posible presencia del VI y IX cuerpos del ejército francés. Su sola presencia delataría el fin de la batalla, convertiría en un intento frustrado, la recuperación de Almeida y el Fuerte de La Concepción. Wellington debe obtener esta información para concentrar sus esfuerzos en retener al mariscal André Massena y sus veintidós mil efectivos en la frontera de Fuentes de Oñoro. Es de vital importancia, estos no auxilien a los veinte mil hombres de Jean Reynier y Jean Solignac.

Los Charros conocen el terreno, es su gran ventaja galopan ahora hacia la derecha, hacia el río Turones, una vez lo alcancen seguir su ribera izquierda les llevara en unos cincuenta minutos ante Wellington, en su marcha podrán comprobar si Massena dirige todas sus fuerzas definitivamente al socorro de Almeida o por el contrario se centra en evitar la entrada de Wellington en España. La lucha va quedando atrás. Galopan ahora totalmente visibles, sus caballos sudan, relinchan, el esfuerzo de bestias y jinetes es brutal. Francisco detiene su caballo en un pequeño cerro, sus dos hermanos le alcanzan, milagrosamente el llano esta desierto.

- ¡La batalla está a nuestras espaldas! – Exclama Juan Grande – Nos alejamos del fragor de la lucha. No veo al enemigo. Massena tiene que estar con la mitad de su ejército en Fuentes de Oñoro, en el lado

español de la frontera. El muy cobarde no ha querido mover todas sus fichas en esta confrontación.

- No te olvides que aún puede avanzar, no subestimes al francés – le dice Manuel - quizás esto es lo que ha buscado desde Bussaco, desde Torres Vedras, un ataque final contra el Duque de Wellington.

Espolearon de nuevo sus caballos, se van quedando rezagados del grupo. A lo lejos se levanta una extraña polvareda en su dirección, directa al corazón de su extensa formación en línea. Los castellanos preparan las garrochas, los oficiales desenvainan sus sables al brillo de la mañana, se preparan para cargar. Una orden les hace reducir su marcha, las garrochas se elevan. No hay peligro, el cuarto y décimo de dragones portugueses aparece ante su vista para escoltarles hasta el corazón del ejército ingles, hasta el centro de mando.

Sir Arthur Wellesley, Duque de Wellington, tercer hijo del Conde de Mornington, se jugaba todas sus cartas y prestigio como Comandante en Jefe de las fuerzas británicas en España y Portugal en la batalla de Fuentes de Oñoro. El hombre, a sus 42 años recién cumplidos apenas dos días atrás, pasea por su tienda con nerviosismo, observa sobre la mesa la maqueta incompleta del campo de batalla. La lucha se ha iniciado en el noreste, cerca del Fuerte de la Concepción, cuarenta mil hombres se están batiendo en las tierras de la frontera, el resultado dependerá de sus hábiles movimientos, la suerte está en las manos de un consumado estratega. Se rasca la cabeza, ciertas dudas siembran sus pensamientos, no las tiene todas consigo. Su estado mayor le rodea, esperan sus órdenes. Dos divisiones están ya en la lucha, cuatro esperan entrar en combate. El teniente de brigada Lord Blantyre irrumpe en la tienda.

- Señor, los lanceros de Castilla han llegado a nuestra posición, no han encontrado ninguna resistencia a su paso, confirman nuestras dos divisiones se baten en un combate brutal en las cercanías del fuerte de la frontera – el teniente se cuadra ante sus superiores.

- ¡Magnifico! – exclama Wellesley – Esto significa que el grueso del ejército francés esta ante nuestras narices, justo en el lugar que queríamos- el militar se vuelve hacia Robert Craufurd – Es el momento, avanzara pronto con la división ligera en vanguardia hacia el VI cuerpo de André Massena. Tiene que cortar el avance de las tres divisiones del General Loison, cueste lo que cueste.

- ¿Cuándo inicio el avance? – pregunto un ansioso Robert.

- Calma amigo mío, no ves que tú avance es ahora un suicidio, está bien que tengas ganas de morir, pero por lo menos espera a conocer el resto de mis órdenes, el apoyo que te voy a brindar – sonrió el de Mornington al tiempo que se volvía hacia los mandos de la primera, tercera y la séptima, las divisiones británicas expectantes de sus despachos.

- General Spencer, General Picton, necesito que combinen sus fuerzas para por un lado apoyar el avance de Robert Craufurd y por otro lado retener al IX cuerpo francés del Conde de Erlon.
- ¿Qué sugiere excelencia? ¿Cómo dividimos nuestras fuerzas? – preguntaron sus generales.

- Propongo que el General Nightingall, al frente de la segunda brigada del teniente Lord Blantyre, la tercera del General Howard, ambas de la primera división conjuntamente con la primera brigada del coronel Mackinnon y la segunda brigada del General Colville de la tercera división avancen contra el IX cuerpo del Conde de Erlon, situado justo en frente de nuestras posiciones – el comandante en jefe miro a sus oficiales estos tomaban buena cuenta de sus instrucciones, continuo – La primera brigada del coronel Stopford junto con las brigadas portuguesas del coronel Manley Power avanzaran al apoyo de Craufurd, les seguirá la cuarta brigada de caballería del Barón Low con todos sus batallones de dragones y húsares- el general Howorth le interrumpió.
- Entiendo nuestras cincuenta piezas de artillería cubrirán ambos avances. Sugiero el Capitán Norman Ramsay situé nuestras tropas de la caballería real para proteger las piezas y cargar si es necesario en cualquier brecha que deje nuestro avance.
- Correcto general Howorth, es lo más sensato.

- Por San Jorge – rugió el general John Houston – La séptima está deseosa de entrar en combate, no veo mis hombres entren en vuestros planes. Nos vamos a quedar otra vez en retaguardia, en la reserva que nunca lucha. El general John Doyle me ha trasladado el interés de sus brigadas portuguesas de participar en esta batalla, el segundo de cazadores portugueses arde en deseos de ajustar cuentas con esos desalmados, llevan tiempo buscando su oportunidad, desde Busacco se han batido bien, quieren su bautizo de fuego definitivo.

- Todo a su tiempo, reservo para la séptima una misión difícil, es mi deseo vuestra división avance por detrás de nuestras líneas hasta que todos sus efectivos puedan girar hacia la derecha del flanco izquierdo, con suerte este será un movimiento envolvente y a la espalda de las tres divisiones del General Loison. Caballeros ¿Esta todo claro?
- Sí señor, excepto que papel van a jugar en esta batalla las huestes de Castilla.

- Es mi deseo que los españoles se muevan libremente entre la población portuguesa de Freineda y Fuentes de Oñoro, serán como una pequeña retaguardia asentando puñaladas mortales a todo enemigo que se ponga bajo sus picas, esas garrochas que manejan con tanta destreza. Esto garantizara la retirada de Houston hacia Portugal si es necesario, aunque esto significará que nuestras esperanzas

estarán segadas y la batalla estará perdida.
- La séptima no se rinde, ni tampoco retrocede – Houston se abrió la casaca roja disgustado, como oficial de la vieja escuela, actuaba muchas veces siguiendo su propio criterio, a veces intuitivo, muchas veces arriesgado.

- Cierto mi buen general Houston pero recuerde que no podemos sacrificar a nuestros hombres. Espero que su criterio le dicte la mejor manera de preservar y mantener sus fuerzas intactas, el camino a Francia aún es largo- Wellington se volvió hacia el resto de oficiales - Espero que nuestros hermanos de armas de la quinta y sexta división resistan al II y VIII franceses, no quiero ni pensar si esas tres divisiones francesas rompen nuestra línea más alejada, irrumpen en Almeida y nos cortan las vías a Portugal, justo a nuestra espalda. Caballeros, el cinco de Mayo al alba, con los primeros rayos de luz, iniciaremos nuestra batalla particular. ¡Por la victoria, por Inglaterra! – sus oficiales secundaron su arenga con gritos de ¡Por San Jorge, por el Rey, por Inglaterra! y abandonaron uno por uno la tienda de mando. La suerte de la batalla estaba echada.

La mañana del 5 de Mayo de 1811 no pudo comenzar peor para los intereses británicos. Las fuerzas francesas se adelantaron a sus planes de batalla y atacaron a la confiada séptima división del General John Houston en el flanco derecho, los franceses mandaron a lo mejor de su caballería ligera y por momentos los ingleses estuvieron al borde de la aniquilación. El primero de caballería de húsares llego al auxilio y Robert Craufurd por proximidad pudo auxiliar a sus compatriotas.

Los franceses se mostraron superiores a la caballería británica pero la infantería portuguesa formo en perfecto cuadro con sus tres regimientos, la destreza del regimiento de cazadores portugués contuvo la avalancha de la carga francesa, en el límite de la resistencia de sus fuerzas el brigadier John Sontag reorganizó su brigada y paralizo el avance de la caballería del general francés Montbrun, este último no tardo en pedir la asistencia de la reserva a caballo de la guardia imperial. El enfrentamiento entre las dos caballerías se vuelve inevitable. Los ingleses se preparan para la humillante derrota, su caballería parece derrumbarse por momentos, la batalla parece que va a acabar como empezó.

Repentinamente, en el cerro de las Carboneras, como fantasmas hasta ahora ocultos, dos mil lanceros de los batallones de Castilla, cargan sin miedo contra la caballería imperial. Los Charros miden sus fuerzas a la caballería más prestigiosa del imperio. Impactan con su ala derecha, hunden sus garrochas en los sorprendidos coraceros, causándoles cien bajas. Los españoles se reagrupan para asentar un nuevo golpe, son contenidos por un batallón de granaderos, comienzan entonces un repliegue ordenado hacia Fuentes de Oñoro.

La caballería imperial les sigue ajenos a la trampa que les viene encima. Quinientos Charros desmontan y se protegen tras los muros de piedra de los cercados para ganado de la población. Sus mosquetes se preparan, los improvisados parapetos son perfectos, la primera salva abate a cincuenta perseguidores. Los franceses se sienten en peligro y se retiran en desbandada. Julián Sánchez retiene a sus hombres, perseguirles significa caer en el mismo error, es necesario evitar caer en medio de un fuego cruzado de los batallones de las dos divisiones del IX cuerpo comandado por el general Conde de Erlon.

Manuel apoya su espalda en el muro de piedra, sus hermanos se acercan, están en medio de un infierno, la artillería francesa concentra su ira sobre su posición, seis piezas de cuatro libras de una compañía cercana disparan sin cesar los obuses que silban sobre sus cabezas.

- Hermanos. Me temo hemos caído en nuestra propia trampa – dice un aterrorizado Juan.

- Ciertamente pero no me voy a quedar aquí a comprobarlo, todavía podemos montar y escapar hacia nuestras líneas – replica Francisco.

- Veo seis piezas con sus correspondientes trenes de artillería, escuadras de seis artilleros, interesante, no tienen protección de la infantería, entre baqueta y baqueta, ajustan al unísono la batería en posición y tardan casi nueve minutos – observa el joven Manuel Grande.

- ¿Qué estas pensando hermano? – pregunta Juan – No estarás pensando lo que pienso… De ninguna manera, es un suicidio…

- Nuestros fusiles no llegan a esa distancia, vamos seguirme – el joven monto en su caballo y grito a sus compañeros, un centenar de charros acudieron a la llamada.

Avanzaron como diablos contra la batería francesa, el joven fue contando al ritmo del trote de su cabalgadura, algunas garrochas se prepararon para el impacto, fusiles apuntaron a los artilleros. La distancia era mayor de la que esperaban. Los franceses han sustituido los proyectiles, ahora no son obuses, cajas de metralla están listas para enviar su mensaje letal, mortales en la distancia corta preparan un millar de bolas de plomo para segar las vidas de los hijos de Salamanca. La metralla se produce y sesga las vidas de treinta hombres. Los supervivientes ahora galopan enfurecidos, saben que los artilleros no tienen tiempo para un segundo disparo. La rabia contenida abate a los artilleros, estos apenas pueden disparar sus fusiles, ni siquiera llegan a utilizar el bricole, los sables cortos se quedan en sus fundas. Los uniformes azules, se tiñen de sangre sobre el campo de batalla, en la falda de las Carboneras. No hay clemencia, no se aceptan prisioneros, es una carga a degüello para los que con el fuego de sus proyectiles han teñido el campo charro de huérfanos y

viudas.

Los caballos cercan la posición tomada, a lo lejos la lucha es cruel. Los charros son testigos en la distancia de una heroica carga de caballería. El Capitán Norman Ramsay protege a la artillería británica con un galope mortal hacia la tercera división francesa del general Ferey del VI cuerpo francés. Los batallones de Castilla se van reunificando en torno a los setenta héroes que han tomado la batería francesa en las Carboneras. Julián Sánchez aparece majestuoso sobre su caballo blanco, saluda con su sable a los tres hermanos y prosigue su galope, quiere ayudar a la caballería Real del Capitán Ramsay.

- ¡Se ve que no hemos tenido suficiente! – exclama Manuel – Ese hombre quiere que nos maten sin remedio. Cargar contra una división francesa con apenas mil quinientos hombres es de locos.

- Si de locos ingleses, de locos españoles – afirmo Juan.

- No podemos quedarnos rezagados unámonos a nuestros compañeros y a esos bravos jinetes de la artillería inglesa – Francisco giro su montura y salió en persecución del charro. Sus hermanos no tardaron en alcanzarle.

La carga en auxilio de los ingleses, de repente cuan pájaro sin alas se detuvo en medio de su camino, en el centro del campo de batalla. Dos batallones hannoverianos se interponían entre los jinetes de Salamanca y sus deseos de ayudar al británico. Los setecientos hombres de los batallones franceses formaron una línea defensiva, sus disparos comenzaron a abatir a los jinetes y a sus bestias. Al menos cincuenta hombres besaron el suelo ensangrentado del campo de batalla. La precisión de sus disparos obligo a la hueste del Charro a volver sobre sus pasos pero sus esfuerzos fueron en vano. La caballería francesa de Montbrun avanzaba en su retaguardia para cerrarles la retirada, cerca de los hannoverianos. Las fuerzas españolas detuvieron sus caballos, buscando una vía de escape entre los dos posibles fuegos, la situación se volvía crítica por momentos. De repente, un hecho extraño sucedió en aquel preciso instante. Incompresiblemente, las tropas de Montbrun comenzaron a atacar a los dos batallones hannoverianos, los caballos del general se internaron en la línea de sus propios aliados, que comenzaron a caer al filo de sus sables. Gran error, los uniformes rojos tan llamativos de la legión hannoveriana confundió al francés, que pensó atacaba a los británicos. No obstante sería solamente una cuestión de pocos minutos que estos se dieran cuenta de su atrocidad y retomaran la lucha en la dirección correcta. Francisco conocía aquellos campos, a lo lejos se divisaba un pequeño pinar, sabía que precedía a una pequeña vaguada, si conseguían llegar se ocultarían momentáneamente a los ojos de la batalla. Señalo el camino y pronto todos le secundaron en una cabalgada por su supervivencia, aún decenas de compañeros caían a su alrededor, los

fogonazos de los fusiles delataban una fuerza oculta de francotiradores en lo alto de un cerro, disparos mortales y precisos segaban las vidas de jinetes por doquier, muertos en combate sin la oportunidad de intercambiar un solo disparo con sus oponentes.

Los cansados caballos, ya sudorosos, tan nobles y leales animales fueron flagelados por los espolones de las espuelas hasta el límite de sus fuerzas. Sus hermosos y robustos cuerpos avanzaron por aquella llanura, volaron en su retirada hacia la salvación. Sangre sobre las espuelas, sangre derramada sobre el campo charro. El pequeño pinar se erige como una meta lejana para los apenas novecientos supervivientes. Los caballos van llegando y se confunden entre los árboles, es un pequeño bosque de pinos, pronto lo atravesaran, el otro lado será una incógnita pero nada puede ser peor que lo que queda atrás en el campo de batalla.

Salieron finalmente de entre los árboles y el destino hizo que se toparon con un gran convoy de municiones que llegaba por el camino de Ciudad Rodrigo. Este era vital para las aspiraciones francesas en la batalla. El refuerzo bélico estaba fuertemente escoltado y protegido por una compañía de caballería ligera. Además se completaba con diez baterías de artillería a caballo de cinco piezas cada una, cañones de seis libras para constituir la espina dorsal de la batalla.

Los jinetes charros cayeron sobre el tren de artillería como fieras. El destino había puesto en su camino el destino de Wellington. La frenética retirada de las huestes de Castilla se convirtió en una escaramuza mortal, una emboscada inesperada sobre el sorprendido convoy.

El intercambio de disparos se prolongo durante más de treinta minutos. Cadáveres de hombres y caballos cubrieron el improvisado escenario. Las bajas se sucedían sin cesar por ambos bandos. Los tres hermanos luchaban juntos y pronto se dieron cuenta de lo poco efectivas que resultaban sus garrochas. Apenas podían llegar a cargar contra los protectores del convoy de municiones y artillería. Parapetados detrás de los trenes de artillería, los charros eran presa fácil de los disparos de sus oponentes. No obstante con muestras de gran valor, los protectores de las municiones fueron sorprendidos por cargas de jinetes superiores en número. Estos, fueron avanzando por la larga caravana de suministros, sin piedad, sin respetar a un solo hombre. Los franceses no les iban a la zaga en cuanto a empeño y defendían cada metro de sus posesiones, cada instante de sus vidas.

Manuel cayó al suelo cuando mataron a su caballo. Se sintió perdido. Una carga de pólvora exploto en las inmediaciones, el humo cegó su vista e incluso dificulto su respiración, el cansancio le hizo mella e hincado de rodillas, sus sentidos se agudizaron, prestos a defender su último aliento. Se sintió abandonado en medio del fragor

de aquella lucha. Cuatro artilleros franceses se aproximaron al joven, bayonetas caladas, surgieron de la nada y avanzaron con un grito de guerra. Su suerte se acababa como la tarde que le iluminaba, quizás por última vez. Dos jinetes llegaron y descabalgaron de inmediato, los caballos huyeron, los dos hombres pistola y sable en mano, protegieron ambos costados del joven. Reconoció de inmediato aquellos rostros, sus hermanos estaban prestos a defender al más joven de su sangre. Descargaron sus pistolas, dos franceses cayeron en el suelo, con habilidad esgrimieron sus sables evitando las bayonetas, hirieron de gravedad a sus contendientes, los remataron sin piedad, no se puede tener piedad cuando no se espera ninguna del propio enemigo.

- Hermanos me habéis salvado la vida – un agradecido joven les tendió las manos, estos le ayudaron a levantarse – Creía que esta era mi última hora en este mundo. El final de mi camino en el mundo de los hombres. Cuanto me alegro poder seguir viendo vuestras feas caras – bromeo.

- Es nuestro deber proteger a nuestro hermano pequeño. Así lo prometimos a padre y madre, eso es un voto sagrado que cumpliremos siempre – dijo Juan.

- Todavía tu hermano mayor ha de darte mucha guerra, más que estos inofensivos franceses – siguió bromeando Francisco – Soy el mayor y aun así no enterrare tus hueso en la tierra de… - No pudo acabar su frase.

Dos balas le atravesaron el cráneo, su sangre salpico a sus hermanos, sus caras se llenaron de su misma sangre, sus trajes negros se humedecieron con la sangre de su hermano que caía a sus pies. Moría una parte de ellos en ese instante y las lágrimas debían esperar, los asesinos de su querido hermano avanzaban hacia ellos, se prepararon para defenderse. Un grupo de franceses, cinco o seis avanzaban hacia su posición con claras intenciones de rematar el final de sus días sobre la tierra. Cruel fatalidad, aquel cinco de mayo de 1811, la divina providencia quería acabar con una estirpe, con nobles hijos de Salamanca, con tres hermanos de una misma sangre, herederos de los valores nobles de una tierra, una frontera conquistada pero no vencida. La tensión aumento a su límite pero aquel no era el día de su hora, aunque la llamada de la muerte se manifestaba inevitable, quedaba todavía el factor suerte y esta por una vez no les iba a ser esquiva. El décimo sexto de dragones del Coronel Von Arentschildt de la segunda brigada de la caballería británica irrumpió entre los dos hermanos y sus atacantes, surgieron como fantasmas, de la nada, entre la bruma de humo y pólvora, salvadores e inesperados, impartiendo justicia entre los crueles asesinos del primogénito de los Grande.

Los franceses dieron por perdido el convoy de suministros y municiones. Los trenes de artillería fueron abandonados a su suerte. Sus defensores se dieron a la fuga en todas direcciones. El ritmo de la batalla, su balanza estratégica se inclinaba a favor de los aliados.

- Excelencia, siento ser el portador de muy malas noticias – el conde de Montbrun tomo aire, volvía del campo de batalla muy cansado, sin caballo había recorrido una larga distancia a pie y su parte de guerra desataría la ira de su superior.

- Louis Pierre, no entiendo vuestras palabras, nuestro ejército ha establecido una brecha en el centro del campo de batalla, me abalanzaré sobre ese perro ingles antes de que se dé cuenta, Wellington está acabado- André Massena apretó sus manos como si estuviera aplastando una nuez.

- Mucho me temo excelencia, que seguir avanzando puede acabar con nuestros hombres. Nuestros correos no llegan con la fluidez deseada, pero los pocos que lo hacen, informan de una escasez de munición alarmante. Retorno del corazón de la batalla, el IX cuerpo del conde d´Erlon pronto tendrá que lanzar piedras a los ingleses.

- Tres días luchando, muriendo en esta tierra y nuestra intendencia falla. No puede ser – grito el príncipe de Essling, duque de Rivoli. Yo mismo ordene a nuestras fuerzas de Ciudad Rodrigo de enviar municiones e incluso artillería suficiente para reducir a esos perros y devolverlos a patadas hasta el Atlántico- se volvió entonces hacia un callado duque de Abrantes presente desde el principio en la improvisada reunión – La retaguardia es cosa vuestra ¿Qué diablos habéis hecho mal? Responder a mi pregunta.

- Ciertamente excelencia, pero no puedo ser responsable de los ataques y emboscadas que nos cortan los suministros. No dispongo de hombres suficientes para proteger los transportes de municiones, además hay más noticias, peores me temo – el general Junot, duque de Abrantes continuo con su amarga intervención – El fuerte de La Concepción ha capitulado, nuestras fuerzas en Almeida, unos mil quinientos hombres se han evadido del sitio ingles con el menor número de bajas y tras burlar el cerco del general británico Erskine, corren a unirse al duque de Istría.

- ¡Maldición! – exclamo Massena - Lo teníamos en la punta de los dedos, la victoria se nos escapa – observo a un nuevo oficial que llegaba hasta su puesto de mando.

- Señor, nuestros espías comunican los aliados han sufrido unas dos mil bajas, pero hemos calculado que las nuestras se acercan a los seis mil hombres entre muertos, heridos y capturados por el enemigo.

- Es inaudito, Wellington casi pierde dos divisiones, comete un error de bulto en su estrategia y aún así me obliga a retirarme para no perder mi ejército. General Junot circule mis órdenes de inmediato,

nos retiramos a Ciudad Rodrigo, abandonamos este campo de batalla, tristemente una retirada mas.

- Excelencia, los aliados lo interpretaran como una victoria, la liberación definitiva de Portugal, su entrada triunfal en el territorio español, perderemos la frontera natural de ambas naciones – el conde de Montbrun perdió su compostura de oficial del imperio – Deberíamos luchar hasta las últimas consecuencias, hasta nuestra última munición.

- Cumplan mis órdenes, la ultima munición ha sido disparada hoy y mucho me temo ha alcanzado el corazón de nuestro imperio, caballeros me temo Francia esta herida por nuestra negligencia – André Massena se dispuso a montar en su caballo para el largo y penoso retorno a la ciudad mirobrigense.

Clavada esta una improvisada cruz en el medio del campo de batalla, donde tantos y tantos hombres han cambiado el color de la tierra, ahora una tierra de sangre, en una frontera de sangre. Es seguro, los tiempos de la guerra se alejaran como si nunca hubieran existido. El olvido pronto cubrirá el rastro de la tumba solitaria sin lapida, ni nombre y las generaciones como siempre olvidaran los tiempos que no tuvieron que vivir.

La frontera volverá a su rutina, a sus tradiciones y esperanzas de futuro, es el sino de los hombres en su ir y venir. El epitafio para honrar al difunto sólo diría, aquí yace un valiente, un hijo de la Alameda del Gardon, nació, creció y murió sirviendo a su patria, sus restos moraran en este paisaje abrupto para siempre. La historia a buen seguro no recordara su nombre.

Quinientos jinetes muestran en el ocaso del día, su respeto a uno de los suyos, un silencio sepulcral invade a todos y cada uno de los hombres de esta tierra fronteriza, un escalofrió de orgullo y emoción invade, colma cada centímetro de sus pieles.

Dos hermanos van colocando en su dolor, en la aflicción de sus pechos, las piedras de la tumba, una a una estas van cubriendo la mortaja. Cada una lleva escrito y grita al cielo, el nombre de su hermano, el duelo por el ser perdido, un héroe, un patriota de España, un soldado voluntario que perdurara en la memoria de su familia. Sus hijos clamaran al cielo en los tiempos venideros, comprenderán con orgullo y dirán; aquí yace nuestro padre, que lucho con bravura y murió por una frontera libre.

Tropas inglesas, desfilan marcialmente entre la tumba y los castellanos, encabeza sus filas el mismísimo comandante en jefe del ejercito anglo-portugués. El duque de Wellington abandona sus filas, saluda a los jinetes charros con un saludo militar, estos elevan sus garrochas, bajan sus cabezas en señal de respeto. Wellington desmonta y saluda la tumba con reverencia. Es un homenaje sentido no sólo al

difunto, es un acto medido y extensivo a todos los castellanos que se han unido a la lucha. En el aire suenan y se extienden los tristes acordes de una gaita del regimiento real de los montañeros escoceses, del cuarenta y dos de infantería británico, un símbolo del respeto por todos los combatientes caídos. Wellington abraza a los dos afligidos hermanos, monta de nuevo en su caballo y se incorpora a la marcha silenciosa de sus tropas. Una canción melancólica que habla de muerte y pesar se entona en las filas aliadas.

Dos nuevos jinetes se aproximan hasta la tumba, los ojos de uno de ellos están llenos de lágrimas. Los dos hermanos, lo reconocen al instante, el no tarda en unirse a su duelo y los tres hombres se funden en un fuerte abrazo. Manuel asiente con su cabeza al tiempo que golpea el hombro del recién llegado con la palma de su mano en señal de agradecimiento por su presencia. Richard ha llegado en tan triste momento, le acompaña el general de la división ligera Robert Craufurd.

- Richard amigo mío, en estos tristes momentos, tú presencia me reconforta, pensé que también te habíamos perdido para siempre – dijo Manuel – En la guerra sólo ganamos un dolor eterno y perdemos a nuestros seres queridos.

- Tengo una niña que no han visto mis ojos y te juro por mi querida y amada Escocia que no moriré sin verla – siguió el escocés – Ahora que esta parte de la frontera está libre, nada me impide acercarme a Castillejo de Dos Casas para abrazar a mi mujer, conocer por fin a mi descendencia. Deberíais hacer lo mismo, el siguiente avance se demorará unos cuantos días, la liberación de Ciudad Rodrigo no será inmediata.

- No Richard, las despedidas del hogar son tristes y dolorosas, no haremos pasar a nuestras mujeres por un nuevo amargo trago, sufrieron, sufren y sufrirán, eso no va a cambiar, su recuerdo nos dará fuerzas para afrontar el tramo del camino que nos falta por recorrer – Juan le abrazo –Mi hermano y yo avanzaremos con nuestros compañeros de armas.

- Tú debes ir y reconfortar a tu joven esposa, debes acariciar la carita de tu preciosa hija y si eres sensato te quedarás junto a ellas hasta el final de la guerra – le dijo Manuel.

- A fe mía que lo haré, pero no me quedaré con ellas, tengo una obligación que cumplir, un deber que va más allá de mis deseos. me reuniré con vosotros muy pronto- concluyó el escocés.

LAS DAMAS DE HIERRO

L

os cañones y los disparos se dejaron de escuchar el día anterior. Se hablaba de una gran batalla, ni vencedores ni vencidos se nombraban, sólo muchos muertos. Parecía como si nadie hubiera ganado o perdido

aquella batalla que se extendió desde Aldea del Obispo hasta Fuentes de Oñoro durante tres días de Mayo.

Castillejo de Dos Casas había sido testigo en pocos días de la presencia de las tropas francesas en sus altos y de su posterior avance ante la llegada de la quinta división del general Sir William Erskine. El real Fuerte de La Concepción que se divisaba desde el pequeño pueblo fue liberado por los ingleses después de una feroz lucha, pero lo cierto es que sus defensas, voladas en Julio del año anterior por Craufurd no habían sido reforzadas a tiempo para contener un ataque de aquellas dimensiones, de tal magnitud.

Al igual que la guarnición de Almeida, en el vecino Portugal, los defensores se dieron a la fuga sin presentar batalla. Defender ambas plazas no entraba en sus planes, no sin la ayuda de André Massena y este incomprensiblemente no asigno efectivos suficientes a sus defensas, se había limitado a organizar un ataque en masa contra el avance anglo-hispano-portugués y los había dejado a su suerte, mas por las circunstancias que por sus intenciones que siempre fueron las de socorrer la ciudad de Almeida.

La fuga de los franceses de ambas plazas fue comentada por el estado mayor de Wellington por su disciplinada y organizada retirada pero lo cierto es que muchos de aquellos soldados aprovecharon la ocasión para desertar de las filas imperiales. Para muchos la situación que les tocaba, unido al peligro y el hecho de mantenerse con vida bajo los estandartes de las águilas, se volvía insostenible con el paso del tiempo. Tras cuatro años de guerra peninsular y con las campañas de Italia, Austria e incluso Alejandría a sus espaldas, los soldados comenzaban a dudar de su suerte y de su propia supervivencia. No es de extrañar que muchos desertaran y se escondieran en la frontera, para vivir del pillaje y de atrocidades peores hasta el final de la guerra.

La joven Eliana era la única que conocía los avatares de una lucha sin cuartel, sus consecuencias y el horror de los vencidos, no en vano había sido testigo de muchas desgracias y atrocidades cometidas durante el asedio de Ciudad Rodrigo. A su corta edad reunía más experiencia en sobrevivir que el resto de las mujeres de la casa y por ello su sexto sentido, que muchos hombres llaman la intuición femenina la mantenían totalmente alerta. La batalla que se libro despertaba toda su desconfianza y su temor. Se sintió en la obligación de proteger al pequeño Francisco y concentro todos sus esfuerzos en las necesidades del primogénito de Ana, nadie se lo había pedido, no expresamente pero el pequeño era adorable, sustituía en cierto modo a su hermano perdido y formaba parte de lo que ella consideraba ahora su familia.

Bajo aquel techo convivían en aquellos días, cuatro mujeres

adultas, la propia Eliana aún una niña, el pequeño Francisco y el bebe de apenas tres meses de la joven Corina. Entre todas aquellas mujeres existía cierta complicidad, si bien las dos cuñadas competían entre sí para organizar el día a día a su conveniencia. Tanto María como Ana eran mujeres de un carácter muy fuerte e incluso extrovertido. Pronto Ana hizo comprender a su cuñada María, que en su casa sólo era una invitada y como tal debía seguir las normas de la anfitriona. Este problema en cambio no lo tenía con la joven Catarina, quizás por su condición de portuguesa, quizás por el escaso dominio que esgrimía la joven del castellano o por su optimismo desbordante, lo cierto es que los choques entre estas dos mujeres eran apenas perceptibles por no decir inexistentes.

La joven Corina, vivió los primeros días de la batalla totalmente recluida voluntariamente en un cuarto de la casa. Dedicada en cuerpo y alma al cuidado de su pequeña hija. Apenas pisaba las calles del pueblo, estas la daban miedo, en cada esquina veía un peligro oculto, algo acechando para hacer realidad sus peores pesadillas y temores. Prefería la protección de las paredes de aquel provisional hogar de acogida. Esperaba la mayor parte del tiempo en una mecedora la solución de sus problemas internos, su inadaptación a los acontecimientos, el final de tanta lucha a su alrededor. Echaba tanto de menos a su querido esposo Richard. Lo cierto es que Ana comenzó a obligarla a salir de aquella habitación y paulatinamente la fue integrando en los muchos quehaceres diarios de la casa. Las cuatro mujeres fueron estrechando poco a poco lazos de amistad indestructibles, lazos equivalentes a los que unían a sus respectivos maridos en los avatares de la guerra y campos de batalla. Sus tertulias de media tarde, sentadas en el corral de la casa pasaron a ser el momento ameno de cada día a pesar de las circunstancias bélicas que las rodeaban.

-Mujeres de nuestra categoría elevan el nivel de esta población – bromeo María ante el dispendio preparado por la anfitriona, un surtido de dulces regado con un excelente vino dulce– Solo nos faltan nuestros esposos. Maldita guerra – La mujer remienda con total dedicación un viejo mantel de color rojo, sus manos reposan un momento sobre sus rodillas, cambia su semblante, sus pensamientos no se pueden evadir de su mente, de la triste realidad, tiene un terrible presentimiento, un dolor en su pecho la sofoca, la aguja se detiene en la tela, dos diminutas lagrimas recorren su cara.

- Ya estas llorando otra vez – le increpa Corina. Cuantas veces te tengo que decir que lo que está escrito no se puede cambiar y no me vuelvas a decir que te acuerdas de tus dos hijos, bien sabes que los niños están mejor con tus padres en Sailices.

- No lo puedo remediar, un mal presagio me invade, es como una

visión, donde se me representa la muerte, donde alguien deja de respirar en este mundo, lo peor es que presiento es alguien muy cercano, muy familiar.

-Vamos a cambiar de tema – interrumpió Ana – La guerra desgraciadamente es una realidad, no lo podemos cambiar. Nosotras no hemos empuñado un arma, no hemos realizado un solo disparo pero somos el baluarte de nuestras familias. Todo tiene que estar en su sitio cuando esto acabe. Somos mujeres de Castilla y además provincianas de Salamanca ¿Qué más se puede pedir?

- Eh que yo no soy de aquí, soy una extranjera- la joven portuguesa golpeo el hombro de Ana- Aunque comparto vuestra suerte me quejo de vuestra exclusión en muchas de las tareas de esta casa, es como si despertara vuestros recelos por mi condición, de joven, guapa y extranjera – Catarina se tronchaba de risa con su propia broma, al tiempo que partía con un cuchillo afilado un poco de queso de oveja, fue ofreciendo minúsculos tacos, dados perfectos a sus compañeras de tertulia.

-¡Portuguesa! Exclamo Corina – Lo que pasa es que eres la mujer más bella que conozco, cuando Dios repartió la belleza, se excedió en el reparto, lo que tenemos es una sana envidia, tendremos que esconder a nuestros maridos cuando esto finalice, eres la tentación en carne y hueso… ni un solo día voy a dejar que mi marido este a vuestro lado – la picara Ana bromeaba y sonreía.

- Bromista sabes muy bien que yo solo tengo ojos para mi marido.

- No bromeo – Ana volvió a reír ahora con todas sus fuerzas.Corina la niña esta despierta escucho sus lloros, debe tener hambreLa encantaba su papel de anfitriona, lo disfrutaba con creces.

- Voy a ver lo que le sucede al lucero de mí vida, lleva cinco horas sin tomar pecho, ya me extrañaba que aguantara tanto tiempo dormida – la joven desapareció en el interior de la casa, al momento los llantos del bebe cesaron, la leche materna estaba causando sus efectos.

- Criatura – pensó Ana, la joven Eliana y el pequeño Francisco llegaron a su lado, acaricio la cabeza de su hijo al tiempo que ofrecía un dulce de anís a la niña. De repente el sonido de la puerta de madera del corral la asusto, le aterrorizo lo que sin invitación entraba en su humilde morada.

Una pequeña partida de unos ocho desertores franceses, pendencieros, borrachos y crueles entraba en sus dominios de mujer. Una tropa de elite convertida en una infame hueste, débiles por no haber comido hace días irrumpía para estorbar la paz efímera de aquel hogar. Sus uniformes rotos, botas llenas de barro, les convertían en un despojo de la tierra, muy distante de lo que en otro tiempo fueron orgullosos soldados. Marginados, excluidos y perseguidos, aquellos

animales ya sin patria recorrían las casas de los pueblos de la frontera, alcanzando ya una justificada fama de salvajes sin corazón. Cometían atrocidades con gran brutalidad y su vileza era tal que no reparaban en incluir terribles violaciones en sus fechorías. El peligro de ser violadas estaba ahora muy presente en las tres mujeres e incluso temieron por la niña y la joven Corina ajena al peligro que se les venía encima. La agresión sexual comenzaba a manifestarse en los deseos e instintos de aquellos soldados. No iban a renunciar al saqueo, pillaje y mucho menos aquellos hombres acostumbrados a matar se resignarían sin satisfacer sus necesidades sexuales.

- Quien lo iba a decir, que una casa de este miserable pueblo, hasta ahora lleno de ancianos y niños piojosos podía deparar esta sorpresa, mujeres tan bellas, como las del mejor burdel – el soldado más viejo babeaba al tiempo mostraba su sucia lengua en señal de provocación inmunda.

- Viejo Philipp apenas tienes dientes, ¿Qué vas a hacer con una mujer de verdad?- bromeo un soldado al tiempo que señalaba a Catarina – Esa es para mí, cuando acabe con ella tendréis una máquina de placer, tiene aspecto de viciosa, aunque para vicioso Lafond, veo en sus ojos que ha elegido su víctima – el pestilente Lafond no apartaba su vista de Eliana, el muy cerdo se acariciaba sus partes pensando ya en la violación de la niña.

- Desgraciados, dejarnos en paz, tomar comida, dinero, ropas pero no actuéis como salvajes, respetarnos como nuestros hombres respetarían a vuestras mujeres – imploro Ana.

- Nosotros no tenemos mujeres y que yo sepa vosotras tampoco tenéis hombres que os protejan. Seguro se revuelcan en algún burdel militar mientras juegan a la guerra en vez de protegeros – el soldado señalo a Ana avanzando y dos compañeros le secundaron.

Ana sintió como dos hombres la sujetaron de brazos y piernas, para inmovilizarla y consumar el acto cruel. Ana volvió su vista, impotente vio como el gigantón Lafond sujetaba a la niña Eliana al tiempo que levantaba su vestido y sus piernas quedaban al descubierto, era como su hija pequeña y no podía hacer nada, no podía protegerla. Tampoco podía hacer nada por María y Catarina, estas despojadas de sus ropas, se defendían con todas sus fuerzas para evitar que aquel acto infame se consumara, para evitar la penetración de aquellos desalmados. Su pequeño hijo estaba sentado en el medio de aquel horror, llorando desconsoladamente. Uno de aquellos hombres la sujeto aun más fuerte de los brazos y con sus rodillas la obligo a abrirse de piernas. En ese momento apareció la joven Corina por la puerta de la casa, con su pequeña en brazos, grito con todas sus fuerzas ante aquel trágico atardecer, un soldado corrió hacia ella. No pudo llegar. Un cuchillo hábilmente lanzado se clavo en su espalda. Otro soldado sintió como

una flecha le atravesaba el cuello. Desde lo alto de las paredes del corral, cuatro salvajes se lanzaban a degüello contra los violadores. Un disparo acabo con otro desertor. Los querandíes no tuvieron piedad, uno de los indios fue abatido por los disparos de tres miserables, los querandíes no cejaron en su empeño. Pronto las mujeres se pudieron refugiar detrás de sus valientes protectores, pero los infames frustrados violadores, clavaron un sable en otro leal indio. Los otros dos se vieron contra la pared de la casa desarmados y dos franceses, los últimos de la hueste les apuntaban con sus dos pistolas recién cargadas. Ya no hay escapatoria, morirán cumpliendo los deseos de su amo, proteger a su familia. Dos disparos se escucharon en el aire y los dos franceses mordieron los suelos fulminados. Richard Wrestling, había llegado como un ángel salvador, en el instante preciso. Corina corrió a sus brazos con la niña. Richard abrazo a ambas. Por fin sus seres más queridos reunidos, su familia unida, observo la fragilidad de su pequeña hija y lloro de emoción, sus primeras lágrimas en mucho tiempo.

CIUDAD RODRIGO LIBRE

L

a paciencia de Sir Arthur Wellesley era infinita, preguntas sin respuesta azotaban su agitada mente. Su rival estaba herido en su orgullo pero sus fuerzas no estaban ni mucho menos doblegadas. La estrategia debía seguir un admirable proceso ahora que las fuerzas de ambos ejércitos parecían igualadas en número y medios. El duque ordeno tras la batalla de Fuentes de Oñoro parar el avance de sus fuerzas que se atrincheraron en la frontera y formaron una línea defensiva al otro lado del río Coa. Intentaba por todos los medios evitar una ofensiva del francés, un intento desesperado de retomar la frontera ahora liberada.

Espías informaron a Londres que el mariscal André Massena no estaba al frente de sus enemigos, frecuentaba ahora la corte imperial de Paris. El desastre de la retirada de Portugal junto con la nulidad de su estrategia en Fuentes de Oñoro despertó las iras del gigante de Córcega, que no dudo en recluirle en Paris como castigo por su negligencia e incompetencia en el campo de batalla. Solo sus logros en campañas pasadas, su lealtad incuestionable y su amor a Francia, le libraron de un castigo mayor que el destierro de la campaña.

Comandaba ahora el ejército peninsular, la extinta armada de Portugal, el mariscal Auguste Marmont, duque de Ragusa. Este militar a sus treinta y ocho años, muestra un deseo de gloria temerario y censurable en un mariscal del imperio. Pretende detener sin refuerzos del Norte y del Sur a Wellington e iniciar una nueva conquista de Portugal, triunfar donde ha fracasado su antecesor. Los británicos sienten temor por un contraataque devastador por el control de la

frontera. Este nuevo enemigo adolece de un patrón definido, es imprevisible y la cautela se impone antes de intentar la liberación de Ciudad Rodrigo.

Richard Wrestling se acerco a la pequeña vaguada en Espeja, sus días de descanso en Castillejo de Dos Casas habían pasado más rápidamente de lo que hubiera deseado. Corina y su pequeña hija disfrutaron por fin de su compañía durante unos pocos meses. El esperado encuentro se había producido bajo las peores circunstancias posibles, pero la familia se pudo reunir por primera y última vez. El incidente con los desertores franceses sirvió como toque de atención para las moradoras del hogar de los Grande, este desagradable suceso las acerco a una cruda realidad, mientras los invasores camparan a sus anchas por el suelo peninsular, el peligro y la seguridad de sus vidas permanecería siempre pendiente de la delgada línea que acompasaba los designios de la guerra.

Richard había abandonado el pueblo esa misma mañana bajo la firme promesa a Ana de que no preocuparía a su marido con el suceso, con los sórdidos detalles de la amarga experiencia. Tiempo habría en el futuro para las explicaciones, para hurgar en el triste capitulo de sus vidas, en la vergüenza que las acompañaría de por vida a pesar de que el ultraje milagrosamente no se había materializado.

La noticia de la muerte de Francisco fue un nuevo jarro de agua fría para María, sin aliento por lo acontecido, recibió una nueva lección de vida y muerte en apenas unos minutos. Creyó enloquecer, devastada por la muerte de su esposo, el padre de sus hijos. Richard fue el heraldo que le transmitió los tristes detalles de lo que para ella fue la peor noticia del mundo. La muerte de su marido aun conociendo los excesos y defectos de este era una gran pérdida para ella. Finalizaba con una relación que fue muchas veces difícil, no siempre como debiera pero no diferente a muchas otras infidelidades en aquel lado de la frontera. Lo importante permanecía en la esencia, el sustento prioritario de su familia durante muchos años. Muerto con honor, como un héroe sólo esto la consolaba en los tristes momentos. Decidió abandonar Castillejo de inmediato para reunirse en el dolor con sus hijos, en su hogar paterno de Sailices, pero no para permanece allí, sus obligaciones en Alameda del Gardón, reclamarían pronto su presencia, para cuidar de sus bienes, su hogar.

El escocés detuvo su caballo, observo el campamento inundado por las fogatas. Continúo entrando en el asentamiento ahora desmontado, con su caballo fuertemente sujetado por su mano derecha. Los soldados se reunían alrededor del calor de las fogatas, le observan pero su paso no despierta ningún interés. Cientos de pequeñas tiendas de campaña se asentaban por todos los lados jalonando una gran carpa blanca fuertemente custodiada, asume ese es el centro de mando

del duque de Wellington, rumores en cambio dicen que se aloja estos días en Almeida. El recién llegado busca un sitio tranquilo y apartado para reponer sus fuerzas y busca a sus amigos. No tuvo que buscar mucho, ahora lejos de la confusión divisa entre dos encinas, una fogata más grande que todas las demás, una treintena de hombres descansaban en aquel cercano lugar a unos caballos que pastan libres en el campo, a escasos metros de los castellanos. Reconoció enseguida que no eran soldados profesionales, sus trajes charros los delataban, sin embargo eran los más organizados en aquel campamento donde la vida aun no combatiendo era a todas luces muy dura. Richard avanzo presa de la emoción, se va acercando, distingue la presencia de sus compañeros apoyados en el tronco de una de las encinas, los dos hermanos le han reconocido.

- Todavía estas vivo escocés, me alegra volver a verte – Manuel se levanta para darle un abrazo, su hermano permanece sentado ¿Qué nuevas traes de nuestros hogares?

- Sobrevivo de milagro, Portugal fue como un polvorín a mis pies y que he de decir del sitio de Badajoz, pensé que no salía vivo de allí pero estos últimos meses el único peligro ha sido contentar a mi mujer y esquivar las rabietas de mi pequeña hija – Richard se cuido de no mencionar el incidente de sus mujeres con la infame partida de desertores, le hubiera gustado poder decírselo, pero era un hombre de palabra y como tal cumpliría los deseos de Ana. – Denoto cierta inactividad en este lugar es como si no quisierais luchar más, ¿Qué sucede? ¿Tenéis miedo a los franceses? Ciudad Rodrigo esta a tiro de piedra y vosotros seguís aquí viendo pasar el tiempo. Bromas aparte ¿Qué demonios esperamos para liberar esa ciudad?

- Buena pregunta, pero mucho me temo que no corresponde a estos humildes voluntarios responderla – Juan señalo la gran carpa al fondo del campamento.

- Wellington es un gran general, estoy seguro que el avance será pronto pero debe tener información de primera mano que le impide tomar la decisión. Cuando la tome nos arrepentiremos de haberla deseado – los dos hermanos asintieron con la cabeza, a su amigo no le faltaba razón.

- Richard sigues sin contestar a nuestra pregunta. ¿Cómo se encuentran nuestras familias?

- Están bien, ahora que la frontera está tomada por las fuerzas aliadas existe cierta estabilidad y tranquilidad en la zona, se respira cierto aire de libertad, lo peor fue vuestra cuñada. La pobre María, podéis imaginarlo, cuando le di la noticia, se vino abajo, fue una gran pérdida- el escocés observo que los semblantes de sus amigos cambiaron por momentos, se volvieron tristes al recordar a su hermano mayor.

- Si. Fue una gran pérdida para todos a él le hubiera gustado volver a Ciudad Rodrigo, sintió mucho su caída en manos del francés.

- Juan, nosotros liberaremos esa ciudad aunque nos cueste la vida, se lo debemos a todos, se lo debemos a nuestro difunto hermano. Jure un día que volveríamos y por todos los santos de este cielo y esta tierra, que lo haré vivo o muerto. ¿Quién se acerca por el llano? Su caballo me es muy familiar.

Los tres hombres vieron acercarse al jinete, se maravillaron ante el inconfundible majestuoso cabalgar de un caballo de pura raza española. Julián Sánchez se acercaba a los charros, nuevas de la frontera, un nuevo peligro para sus hombres le acercaba irremisiblemente a sus compatriotas.

- ¡Charros! – Exclamo el jinete – Franceses se dirigen al Este a auxiliar a sus tropas asediadas sin cesar por nuestros hermanos de Burgos, Madrid y de todo el Norte. Es nuestra oportunidad. Hoy es Navidad, estamos lejos de nuestras familias pero tan cerca de nuestros hermanos de Ciudad Rodrigo. Tengo la ardua misión en el día que nació nuestro señor de patrullar el camino hasta los muros y protegerlo ahora que el francés se retira hasta que avance el resto del ejercito. Una vez más necesito a los hijos de Castilla, un último esfuerzo. Sólo quiero voluntarios en esta expedición, durará días, seguirme hombres sin miedo, seguirme leales de Salamanca – El charro no espero respuesta, avanzo por la llanura, cientos de jinetes se sumaron al trote de su caballo.

Uno de enero de 1812, un hombre aparto la ceniza del fuego de la extinta fogata, el sonido del río Águeda se mezclaba con el sonido de la naturaleza, con el despertar del nuevo día, el comienzo del nuevo año de nuestro señor. El trino de los pájaros, los grillos, todo permanecía tranquilo. No se percibían otros sonidos que preocuparan a aquella partida de reconocimiento, solo una atmósfera fría propaga sonidos reconocibles en el cauce del río. Su hermano Manuel estaba sentado en silencio bajo un chopo. El día comienza en la arboleda, la ciudad se divisa a lo lejos, el objetivo cercano y a la vez tan lejano centra la atención del joven. Situados en la orilla sur del río, unos cincuenta hombres comienzan a ensillar sus caballos. Richard ajusta su silla, se detiene preocupado, el sonido es ahora distinto, el silencio es latente, un sonido marcial se intuye en un camino rural de tierra, el sonido de los pasos marciales enseguida se instala en la ribera del río.

Tras varias escaramuzas sin importancia desde Tamames hasta el curso del río Águeda, no entraba en los planes de los charros, ahora diseminados en pequeñas partidas de reconocimiento, entrar en un nuevo combate, no tan pronto ahora que noticias esperanzadoras anunciaban el inminente avance de lord Wellesley para liberar la ciudad mirobrigense.

El caprichoso destino cambio su estrategia, el sendero de tierra les presentaba en bandeja una pequeña columna de unos cien soldados franceses. El paso ante ellos era obligado, al amparo de los cañaverales del río, resultaría sencillo emboscarles y causarles varias bajas con certeros disparos. La partida oculta los caballos, los franceses no les habían detectado y avanzaban confiados. Juan se esconde tras un grueso tronco, su hermano le secunda con varios fusiles cargados, mas disparos más bajas, Richard les observa a pocos metros tras un gran chopo, tiene dos pistolas prestas para intervenir. La columna avanza, se acerca y no tiene ningún apoyo de caballería sólo su joven oficial monta un alazán. La emboscada está servida, antes de que crucen el río o que intenten repeler el ataque, todos los soldados deben caer fulminados, sus cadáveres deben bajar por el río.

La distancia se acorta, es el momento de disparar pero algo les detiene, al encuentro de la columna desde la dirección contraria llega otro contingente francés, este es muy numeroso, lo forma un batallón de seiscientos soldados, les escolta una sección de caballería, doscientos dragones. Con un gesto, una señal inequívoca, los Charros retroceden, van dejando el río y se esconden al abrigo de la hierba alta que salvadora crece en las inmediaciones del Águeda. Llegara el momento de saldar cuentas pasadas, el momento decisivo.

Ese instante tan esperado llego el 7 de enero de 1812, cuando las tropas anglo-portuguesas por fin alcanzaban el teso Grande y la ciudad de Ciudad Rodrigo apareció ante sus tropas. Richard Wrestling al día siguiente formaba parte de una avanzadilla charra que junto con la brigada de Mackinnon intentaba acercarse a las murallas de la ciudad, el escocés quiso ser el primer testigo de lo que sería un avance definitivo para abrir una brecha en las defensas de la ciudad. Este movimiento fue pronto un mero reconocimiento que torno hacia su derecha, hacia lo que dos años antes fuera el cuartel general del mariscal Ney, el convento de Santa Cruz. No le acompañaban sus compañeros, los dos hermanos se encontraban en ese momento realizando otro reconocimiento en el otro lado del ataque a la ciudad, muy cerca del convento de Santo Domingo. Richard se sentía un poco desamparado cuando estos no le acompañaban pero el general Mackinnon le había pedido expresamente su ayuda para dibujar e ilustrar al estado mayor con un dibujo de lo que sería el ataque para abrir brecha. Sus bocetos ayudarían a comprender el emplazamiento de la parte más débil de la muralla. Richard realizo el dibujo y la brigada retrocedía a sus posiciones en el teso Grande. El convento de Santa Cruz quedo a escasos metros del dibujante, este sintió curiosidad por su aspecto y decidió acercarse para ilustrar lo que ya formaba parte de sus trabajos sobre la guerra peninsular. Su caballo se negó avanzar entre un pequeño terraplén y un muro de piedra, el

último obstáculo para inmortalizar la estampa del lugar que Ney ocupo durante el primer asedio. No importa pensó y diciendo esto descabalgo y avanzo a pie unos metros hasta llegar al pequeño muro de piedra, este de apenas un metro cincuenta de alto. Puso su mochila, sus bocetos sobre el muro y se dispuso a saltarlo, sus dos manos se apoyaron en la pared superior, sus pies encontraron un pequeño saliente donde conseguir el impulso necesario. Un esfuerzo mas y pronto estaría en el otro lado del muro. De repente se escucharon unos disparos, provenían de los ventanales sin cristales del convento, este no estaba desierto. Richard sintió un fuerte dolor en su pecho, bajo su vista, sus manos instintivamente cubrieron sus costados, la sangre fluía a borbotones, un nuevo disparo le alcanzo en el hombro, otro impacto en su pierna izquierda. Sintió como sus ojos se nublaban, una imagen borrosa avanzaba a su encuentro. Entonces una bayoneta se clavo en su vientre, no pudo más y se derrumbo sobre el suelo. Sus últimos pensamientos fueron para su querida Corina, su último aliento para susurrar el nombre de su pequeña Rosalía.

Juan y Manuel sintieron el dolor y la cólera cuando les comunicaron la muerte de su amigo, su hermano, ardían en deseos de vengarle. El cadáver aun caliente estaba en el borde de aquella fosa común, donde descansaría en tierra extraña, junto con los caídos en aquel primer día de asedio. Manuel le toco la frente, cerro sus ojos.

- Era como un hermano - Manuel no podía evitar las lagrimas – Este mundo pierde a los mejores, a sus mas amados hijos, poco a poco nos vamos quedando solos. El que podía haber evitado este horror y vivir ya en paz junto a Corina y Rosalía, el que no tenía porque haber elegido este camino. No tengo palabras.

- Pero lo eligió y murió de acuerdo a sus actos, acertados o no. Era un valiente, un noble hijo de Albión. Fue una víctima del capricho de esta lucha interminable. Perdimos a Francisco, un hermano, ahora a un compañero del alma. Les debemos tomar esta ciudad.

- Te juro hermano que lo haremos, como también te juro que cuidare de su familia, si Dios lo permite y no muero en esta guerra, los cuidare hasta el final de mis días.

- Medios no te faltaran, enterrados en la casa de La Mora tenemos lo suficiente para nosotros, nuestros hijos, los que perduren y las futuras generaciones de Francisco y nuestro querido Richard.

- Ardo en deseos de que este asedio avance y las brechas se abran, ardo en deseos de matar a estos viles franceses que vinieron a turbar nuestra tranquila existencia.

El ataque final a la brecha más amplia de la muralla, la situada junto a la cercana a la puerta de San Pelayo se inicio con las ultimas luces del día, al ocaso de aquel 19 de enero de 1812, al amparo de las tristes sombras de la noche fría, una más de aquel invierno en

constante guerra.

Arthur Wellesley ordeno esa noche el avance de la primera división y con ello el avance de las columnas anglo-portuguesas junto con la división ligera.

Una brigada mandada por el general de brigada Pack avanzo entre el convento de Santa Cruz y el derruido convento de San Francisco, este ultimo mostraba sus techos inexistentes por el incesante martilleo de casi cuarenta piezas de artillería aliada. El teniente coronel O´Toole al frente del segundo cazadores portugueses avanzo en la vanguardia junto con el quinto regimiento de del mayor Ridge cubriendo los flancos del avance.

Entonces cubiertos y protegidos los flancos, el mayor general Henry Mackinnon, que formaba el centro del ataque fue acercándose a la brecha de la muralla. Recibieron pronto el apoyo de las tropas de la tercera división, que estaban al mando del teniente general Thomas Picton.

Doscientos artilleros concentraron el fuego de la mayor parte de los ciento cincuenta cañones que defendían la plaza contra este avance. El general francés Jean Leonard Barrie, un barón de la vieja escuela concentro dos mil soldados de infantería en la brecha, prestos a vender cara su derrota, la liberación de la ciudad. Quinientos muertos costaría la cruel defensa esa noche a los defensores del ejército imperial.

El mayor general Robert Craufurd llego en ese instante a unirse al ataque, al frente de tres regimientos de la división ligera pronto atravesó el arrabal de San Francisco por el puente romano, ordeno a sus hombres desplegarse a la izquierda del avance principal. Su objetivo era la pequeña brecha abierta días antes, esta se encontraba totalmente desguarnecida.

Todos los avances de las tropas sitiadoras alcanzaron el foso, se preveía una gran resistencia en esta parte de las defensas. Juan y Manuel, junto con un regimiento de tropa ligera de Craufurd avanzaban a pie junto con trescientos charros hacia la pequeña brecha. Sin pensar en sus vidas, los dos insensatos fueron los dos primeros combatientes en cruzar el foso. A su derecha la noche se iluminaba con los fogonazos de ambas artillerías, el ruido de los proyectiles era ensordecedor, pero por suerte ni un solo disparo estorbo el avance de los dos hermanos. Hubiera sido mortal que un solo francotirador apostado en lo alto de las defensas hubiera sido consciente del cruce clandestino de aquel foso. Los dos hermanos se detuvieron en la pequeña brecha, indecisos, al otro lado todo parecía tranquilo, una pequeña plaza coronaba cuatro pequeñas calles. La situación invitaba a entrar para adueñarse de la ciudad. Un oficial británico les alcanzo sigilosamente, reconocieron en la oscuridad al

mayor general Robert Craufurd, le seguía una pequeña tropa de asalto junto con unos diez avezados charros.

- Siempre es un placer veros en estas situaciones tan reposadas – les dijo bromeando el escocés mientras más asaltantes se concentraban junto a la brecha en la muralla- Nunca la cobardía o el desaliento ha parado a vuestra noble familia, es un gran honor luchar a vuestro lado, voy a avanzar.

- Con todos nuestros respetos, la gloria de ser los primeros en pisar el suelo sagrado de esta ciudad nos corresponde por derecho, como españoles y salmantinos tenemos una deuda que salvar en esta noche, por nuestro hermano caído en Fuentes de Oñoro. Que su lucha y esfuerzo no hayan sido en vano – Manuel no dudo y avanzo al interior de la ciudad. Su hermano le siguió de inmediato.

El mayor general Craufurd les siguió resignado, entonces un disparo alcanzo su pecho, brazos atrás se desplomo sobre el duro suelo empedrado, un reguero de sangre broto de su cuerpo tendido boca abajo. Los dos hermanos volvieron sobre sus pasos a auxiliarle, le retiraron al abrigo del exterior, junto a la muralla vieron la gravedad de la herida, mortal. Un último aliento, un hilo de pocas esperanzas mantenía con vida al heroico oficial. Con la ayuda de dos soldados británicos de infantería le retiraron hacia el hospital de campaña, situado más allá del río Águeda. A su paso entre la tropa, los leales a Craufurd se llenaron de rabia incontenible al ver a su amado general herido. La bandera de la división ligera hondeo y avanzo seguida por todos los hombres sin miedo, pronto se internaron en las murallas al tiempo que la primera división atravesaba la otra brecha. Los franceses muy inferiores en número rehusaron el cuerpo a cuerpo y los mil quinientos supervivientes se rindieron sin remisión.

Arthur Wellesley fue clemente con los prisioneros aun lamentando sus considerables pérdidas. Trescientos muertos y unos dos mil heridos fue el alto precio que los aliados pagaban en el asedio a aquella fortaleza. Ciudad Rodrigo volvía a ser libre. Dos generales de leyenda perecieron en el asedio, a la baja del leal Craufurd se unió la del general Henry Mackinnon alcanzado por una mina.

Manuel y Juan observaron desde lo alto de la muralla, en la puerta de San Pelayo un amanecer que se elevaba libre al alba. Sus cabellos hondearon al viento frió de la mañana, sus caras sudaban, sus miradas se perdieron en el horizonte, ojos vidriosos observaron los campos que se extendían hasta su propia tierra, hasta el lugar donde sus familias esperan pacientemente su regreso. En sus trajes charros esta todavía fresca la sangre de Robert Craufurd, el escocés forma parte ya de una leyenda que crecerá con el tiempo en las historias de la frontera, su herida mortal, su muerte inevitable, perdurara en la memoria de los castellanos, en los recuerdos de todos los combatientes en ese glorioso

día.

Los dos hermanos sienten que su deber esta cumplido, se debaten en una gran lucha interna, por una parte quieren continuar con sus pocos compañeros vivos hasta la liberación de Salamanca, por otro lado sienten que deben regresar junto a los suyos, su deuda con esta guerra esta pagada con la sangre de sus armas, con la sangre de su hermano. Saben que continuaran es una cuestión de deber y orgullo.

ENTRE ARAPIL CHICO Y ARAPIL GRANDE

C

ampos de Salamanca, 22 de Julio de 1812. La calma no precedió en absoluto a la esperada batalla. La zona se vio asolada durante la noche por una terrible tormenta, presagio de los peores temores de los hombres. En pleno verano allí estaban como inesperados invitados los rayos, truenos y centellas, actuando como mensajeros de muerte en la noche más aciaga. Proclamando a los cuatro vientos la muerte y destrucción que se avecinaban en aquellas nobles tierras al sur de la ciudad de Salamanca. Fenómenos propios de la estación de las lluvias se unían al inminente caos para perturbar y destruir las últimas horas de descanso de los cien mil combatientes. En las tierras del oeste se rescribirá la historia de esta guerra contra el invasor francés a fuego y sangre.

Salieron los dos hermanos el 13 de Junio de Ciudad Rodrigo para no volver la vista atrás, recuerdos trágicos acompañaban sus pasos en los ensangrentados campos de batalla, un hermano, un amigo, muchos compañeros quedaban atrás enterrados en las tumbas sin nombre de los campos y caminos salmantinos. Junto a la torre de babel que constituía el ejército de Sir William se aproximaron a Salamanca. La tormenta les sorprendió como a todos, como un mal presagio a escasa distancia del campo de batalla. Un incesante granizo golpeo sus cuerpos, la incesante lluvia les calo hasta los huesos, les lleno de desesperación y cansancio. Cabalgaron hasta un sendero donde unos encinos les brindaron cierta protección contra la incesante lluvia y el frió aire de la noche. Calados y llenos de barro permanecieron a lomos de sus caballos, poco a poco se fueron aproximando los miembros de su compañía, parte de su batallón de caballería. Distinguieron a su regimiento de infantería a escasos metros preparándose para acampar junto al resto de la división española. Por fin compatriotas, hermanos de armas, españoles todos se unían al ejército de Wellington en la lucha, en la batalla por la supremacía peninsular.

Sin desmontar, clavaron sus garrochas en el suelo, sus capas se cerraron sobre la lanza e intentaron descansar. Un teniente de dragones se les acerco acompañado por varios húsares y cazadores a caballo, no intercambiaron palabras, tan sólo se miraron, el teniente les saludo cordialmente con un gesto de su mano derecha y volvió

sobre sus pasos, seguido por su pequeña escolta.

- ¿Qué significa esto? Has visto su mirada. Nos ha escudriñado de arriba abajo como quien busca y rebusca algo y no lo encuentra. ¿Qué demonios le ocurre a ese oficial Juan?

- Estarán acampados en las inmediaciones e identifican los grupos cercanos para estar tranquilos. Estos lanceros británicos son precavidos, no quieren sorpresas y despertar al amanecer junto al enemigo.

- No lo creo, saben muy bien que el enemigo aun no ha cruzado el puente de Alba de Tormes, me inclino a pensar que lo que quieren es identificar nuestros uniformes para evitar confusiones durante la batalla- concluyo Manuel.

- Maldita tormenta, por Dios estamos en el mes de Julio, es que el altísimo quiere ablandar la tierra para enterrarnos a todos más fácilmente- el joven se volvió a su hermano - Juan si muero durante la batalla, prométeme que no abandonaras mi cuerpo en esta tierra. No quiero morir pero de hacerlo no me gusta este lugar, quisiera reposar en el camposanto de Castillejo, donde los que me perduran me honren aunque sólo una vez al año. A veces me pregunto si nuestro hermano Francisco no se revolvería en su tumba por haberle enterrado en el campo de Fuentes de Oñoro, tan lejos de su amada Alameda.

- No elegimos el lugar de nuestra muerte, al menos no durante una guerra, mira el pobre Richard enterrado junto a cientos en el foso de la muralla mirobrigense. Sus antepasados de Escocia, tierra de fantasmas sí que se revolverían de conocer tan triste destino mortuorio.

- ¡Pobre Richard, evito pensar en su suerte! – exclamo Manuel – No quisiera morir menos como lo hizo el escocés, mi amigo del alma. ¿Qué me sucede? Tengo miedo al fin o afloran en mis sentimientos de cobardía por proteger mi bien preciado, mi vida. ¿Quién evitará que salga corriendo de este infierno?

- No te preocupes hermano, no vamos a morir, sobreviviremos a la tormenta, sobreviviremos a la batalla y volveremos por fin a nuestro hogar, junto a nuestras amadas esposas. Te lo prometo.

Un fino haz de luz dio lugar a los primeros rayos de la mañana. El olor a rocío sobre la hierba inundo a todos, los troncos en cruz de los encinos despedían las últimas gotas de la lluvia en la aurora. Despuntaba el alba cuando abandonaron el frondoso bosque de encinas. Formaron con su división junto a todo el ejército. Líneas paralelas formaban en perfecto orden de combate. Siete divisiones, cincuenta mil hombres prestos para la lucha. La artillería formo en el centro, protegida y expectante para hacer valer el sonido de sus sesenta cañones. Los batallones formaron sus cuadros prestos a reclamar la gloria de la batalla. Esperaban la orden. Regimientos de

dragones a caballo, escoltados por sus hermanos, los temibles húsares y lanceros, recorrieron la retaguardia de las líneas aliadas para ocupar el flanco izquierdo. La caballería española avanzo a la vanguardia al mando de Julián Sánchez "El Charro". Se detuvieron, preparados para acometer al enemigo. Observaron entonces los movimientos del ejército francés, que ocupaba el teso de San Miguel y avanzaba entre las elevaciones de Arapil Chico y Arapil Grande.

Los cuadros franceses se preparan para combatir delante de la primera línea enemiga. Cuarenta y cinco mil franceses reciben la orden de atacar, ochenta cañones disparan sus mensajes de muerte y destrucción, su carta de presentación en la batalla.

Manuel y Juan, escuchan los sonidos de los tambores de guerra. Tropas británicas avanzan para ocupar las posiciones adelantadas del enemigo. Oficiales y suboficiales, desenfundan sus sables y espadas a la cabeza de sus hombres, estos forman líneas de orden cerrado. Sus mosquetes y rifles están cargados para el mortal encuentro. Voces en todas las lenguas arengan el ataque frontal. La caballería francesa dispone a sus laceros para un enfrentamiento épico con la infantería británica, tras atacar una división, quieren alcanzar su premio, su gloria, una carga contra la caballería anglo-portuguesa, un duelo por el honor de ser considerados los mejores entre los mejores.

Gaiteros escoceses conducen y acompañan a sus regimientos al centro de la batalla, los instrumentos de viento resuenan en el campo de batalla con sus sonidos melancólicos y tristes. Según avanzan, el sonido se vuelve más estridente pero es un sonido hermoso, un canto al valor de las tropas que les preceden, una oda al valor de sus soldados. Los dos hermanos divisan un regimiento de los highlanders reales escoceses, presumen de ser los mejores soldados del mundo, les acompañan los mejores gaiteros del mundo. El regimiento de las tierras altas de Escocia avanza lento pero sin detenerse, son inconfundibles con su tradicional kilt a cuadros verdes y negros que les distinguen de todo el ejército británico. Avanzan por el honor, por la gloria, por la victoria y por Dios. Sólo conocen un destino, vencer o morir.

La caballería charra castellana observa su paso, en silencio aún parados en su posición. Sienten ellos tienen que avanzar sin miedo ni pánico, secundar el ejemplo de los highlanders. Los españoles esperan la orden, por fin esta llega y avanzan arrogantes e impetuosos. Jinetes sin miedo, hijos de las tierras del oeste cargan contra los perfectos cuadros franceses, cargan sin importarles las consecuencias. Avanzan hacia los Arapiles hacia el corazón del gran ejército que impide su paso.

El choque es bestial y cruel, sus lanzas embisten a la infantería enemiga. Son como una pesadilla, antes de que las bayonetas les

alcancen, sus lanzas que tienen más distancia de alcance que estas, se hunden en los pechos de los hombres. Logran romper las filas de una compañía, pero estos resisten, aguantan la carga de los charros. Los españoles se preparan para una segunda carga mientras el enemigo se reorganiza en el centro del campo de batalla. La carga tiene que ser decisiva pero se reagrupan ahora mil quinientos infantes para evitar su fama y gloria.

Un batallón portugués se suma al ataque por el flanco derecho, el izquierdo lo atacan ahora los fusileros británicos, gran ayuda para los charros en su segunda carga. La caballería da media vuelta antes de darse de bruces con su propia infantería para abrir los cuadros franceses. El éxito de su temeraria carga supondrá de producirse una brecha hasta el río Tormes, la ciudad de Salamanca a sus pies. Los francos lo saben, sus tropas se comienzan a reagrupar para recibir el brutal impacto de las garrochas charras que buscan resquebrajar sus flancos. Dragones franceses acuden a interceptar el avance sus sables Klingentha brillan amenazantes, la primera línea de la infantería se dispone a disparar contra todo jinete que atraviese a los dragones imperiales franceses, una segunda línea se dispone a reemplazarlos tras el primer disparo de los mosquetes Charleville, toda una columna apoya tras ellos la defensa. La artillería también quiere participar y dispara para silenciar los mosquetes de los highlanders de las tierras altas, los mosquetes Brown Bess se silencian de repente, tampoco se escuchan los rifles Baker del batallón de cazadores portugués. Sables y lanzas de ambas caballerías se encuentran en el centro de la batalla, los dos hermanos milagrosamente atraviesan la carga de la caballería francesa junto con muchos de sus hermanos de armas. Entonces comienza un infierno para ellos, los mosquetes Charleville disparan una y otra vez, más de cincuenta jinetes caen en el duro campo antaño regado por prosperas espigas de trigo ahora por la sangre ya marchita de los españoles. No avanzan ya, un muro de fuego, proyectiles y la ira del enemigo frena su avance.

- Juan esto es un infierno, no podemos retroceder, no podemos avanzar, es como una ratonera, una trampa mortal – Manuel ve como un disparo acierta en la montura de su hermano y este cae al suelo junto a la bestia. No duda un instante y se dirige hacia el lugar

- ¡Hermano, hermano! – exclama al tiempo que grita – Dios de la batalla, no golpees mas a esta familia, ya hemos pagado un alto precio a nuestros designios en esta guerra- Su hermano se levanta detrás de la montura muerta – su hermano respira aliviado.

- Hermano, estoy todavía vivo y milagrosamente intacto – su hermano se acerca a galope corto y sube a la grupa del caballo, busca equilibrio para no caer, el caballo se acostumbra al peso adicional, las cuatro patas se mueven acompasadas intentando el galope.

Una pieza de artillería francesa centra el fuego en el caballo que se descuelga por un costado de la lucha, galopando sin cesar hacia sus líneas. Su primer impacto socava la tierra, su segundo intento despide la metralla que alcanza al noble animal, este eleva sus cuartos delanteros, está herido mortalmente. Fallan sus cuartos traseros, antes de caer, el caballo relincha de dolor, un jinete salta del caballo, el otro cae rodando hasta que unos cadáveres le frenan bruscamente, el caballo por poco le aplasta.

- Manuel, Manuel – el castellano busca a su hermano - ¿Dónde estás? - Una cabeza asoma por una pequeña zanja circular llena de ramas y rodeada por piedras, no lo duda y se lanza al abrigo del improvisado parapeto – Pensé que te había perdido. Es lo más sensato tomar aliento un minuto y decidir hacia donde encaminar nuestros pasos- Eleva la cabeza y mira a su alrededor.

- Ciertamente, tienes toda la razón, ahora mismo no sé si estamos en medio del campo de batalla o a cientos de metros de la batalla – disparos de artillería de ocho libras sobre sus cabezas, caen cerca impulsando terrones de tierra sobre sus cuerpos. Esto no les preocupa pero es un signo inequívoco de que están al alcance del enemigo, los terrones diseminados por los proyectiles pueden dar paso peligrosos trozos de metralla.

Los dos hermanos abandonan la escasa seguridad del hoyo justo cuando un proyectil lo alcanza, la suerte, el destino les ha sonreído una vez más. Entre el humo de la batalla ven como cuatro regimientos de dragones franceses al mando de Boyer avanzan irremisiblemente a su encuentro. Mil quinientos jinetes cargan ferozmente pero ellos no son el objetivo, a sus espaldas llegan al choque las fuerzas de la Legión Alemana del Rey de la séptima división británica, les preceden cinco regimientos de caballería de la división ligera de Alten, sucesor del difunto Craufurd. Entre dos fuegos, los dos hermanos no ven escapatoria, corren por sus vidas. Un estandarte llama su atención, la división española, lo que queda de sus tres mil quinientos hombres, ha divisado a los suyos y corre en su auxilio, llegan a tiempo los mil quinientos valientes para hacer valer sus intenciones. Un hombre avanza hacia los dos hermanos, Manuel le reconoce al instante, el antaño sargento ahora teniente Pedro Concepción le da un fuerte abrazo.

- Nunca imagine que me alegraría tanto de ver tu fea cara – bromeo Manuel – Es un honor ver a un compatriota en estos momentos de tensión – volvió a abrazar al teniente.

- ¡Basta ya, basta ya!- exclamo el teniente – a nuestra formación voluntarios, esta batalla no ha finalizado, todavía la diosa victoria no nos ha bendecido con los laureles de los vencedores- el teniente no puede continuar con sus palabras, es alcanzado por dos disparos

simultáneos del enemigo, uno de ellos en la boca, el otro en el pecho. Manuel se postra de rodillas cerca del cuerpo sin vida de Pedro Concepción, teniente, héroe de la Alameda del Gardon.

Manuel siente un pesar infinito y terror al contemplar que ahora su hermano ha sido alcanzado por un disparo, una bala perdida postra a Juan de rodillas a escasos pasos. Corre hasta el cuerpo herido, ya sin fuerzas y evita que este se desplome sobre el duro suelo. Los españoles cargan contra los regimientos de dragones franceses. Manuel permanece con su hermano abrazado. Este le mira y sonríe.

- Ha sido en el hombro, me duele horrores pero sólo es un rasguño, mucha sangre pero te juro que lo contare hermano. No escuchas los vítores. Victoria, Victoria voces amigas proclaman nuestra victoria. Te lo dije hermano, sobreviviremos a esta batalla, perduraremos en el tiempo - miles de voces resonaban con gran júbilo por el campo de Salamanca, abrazos de hermanos de armas daban por finalizada aquella pesadilla.

Tras horas de intensa batalla, los franceses se retiraban en una huida frenética por el puente de Alba de Tormes al abrigo de Salamanca. Dejaban en el campo de batalla seis mil muertos y más de siete mil prisioneros. Los Arapiles se cobraban también cinco mil víctimas por el bando de Sir Arthur Wellesley. El comandante en jefe de las fuerzas aliadas no se mostró satisfecho, el ejército del mariscal Marmont se replegaba, no totalmente vencido, aun fuerte para choques venideros, quizás para oponer resistencia a las puertas de Francia, en las tierras del Cid, en la noble ciudad de Burgos.

Desde el alto de La Peña, los dos caminantes ocultaron sus caras entre sus manos. Era el 10 de Agosto de 1812, cuatrocientos sesenta y cinco días desde la última vez que vieron aquella estampa familiar. Años de guerra quedaron atrás y sus ojos se empañaron de lágrimas. Sus hogares ya no son esclavos de nación extraña, quizás nunca lo fueron.

Tantos males y sangre derramada, tantos nombres perduran en sus memorias que se derrumban de rodillas ante la presencia de su tierra. Sufrimientos del alma golpean su regreso a la tierra de sus padres, donde aflorara todo lo que fueron, todo lo que será de sus vidas futuras. Reinara la paz y guardaran luto por sus seres queridos, ahora es el tiempo de añorarlos y llorarlos.

Francisco Grande, Richard Wrestling, Ladio, Pedro Concepción, Robert Craufurd y tantos otros que como ellos un día se levantaron en armas, por la libertad de la patria, de los pueblos de Europa. No volverán estos, no verán la visión emergente de un pueblo libre lleno de orgullo, de luz esperanzadora. A la vista de Castillejo de Dos Casas, ante su insignificante presencia, quieren rendir, brindar un homenaje a los voluntarios de Castilla, a los hombres del oeste, iguales de

Salamanca, hombres de casta indomable de las fronteras de su tierra salmantina, ahora llenas de tanta sangre. Un homenaje extensivo a todos aquellos que lucharon en las tierras fronterizas de su querida Salamanca. Nunca podrán ser olvidados porque su sangre es la fuerza que surge de las entrañas de esta tierra de hombres valientes. Nacieron, crecieron, lucharon y murieron para que sus hijos les sucedieran. Los héroes sin nombre todos ellos presentes desde su camino sin retorno.

Y ahora los dos hermanos, emprenden su ansiado regreso, bajan por los caminos, el fuerte de La Concepción queda a sus espaldas, Aldea del Obispo a su izquierda, Castillejo de Dos Casas surge al fondo, en paz como siempre lo imaginaron, tan tranquilo, tan apacible. Es el pueblo que siempre resurgirá de sus cenizas. Mientras quede un solo habitante en sus moradas, la frontera seguirá en pie, su leyenda crecerá siempre en torno a los fuegos de los abuelos y contaran estos con orgullo; aquí vivieron los nobles hijos de esta tierra, aquellos que murieron y aquellos que sobrevivieron en los tiempos de Napoleón, Wellington, André Massena, que cabalgaron con orgullo al lado de Julián Sánchez, sus nombres no importan porque sus gestas están grabadas a fuego y sangre en los campos de batalla de Fuentes de Oñoro, Ciudad Rodrigo y tantos otros lugares de la frontera.

El viejo puente les señala que allá tienen su destino, su meta final, no hay bienvenida más grande que la que les espera, el respeto de los suyos, figuras familiares bajan por la calle, llegan al puente, lo cruzan dos mujeres, una pequeña niña y un bebe, todos juntos emprenden su carrera hasta alcanzarles. Se abrazan, no hay palabras, ahora hay risas, ojos alegres, el futuro aguarda, atrás quedaron las fronteras de sangre.

ÍNDICE

1806-1807........ 9
1808........ 19
Invierno 1808, marzo........ 29
Verano 1808........ 37
Abril 1810, el apocalipsis........ 45
Entre espeja y alameda........ 57
El asedio de las garrochas........ 63

Poliana la portuguesa.. 75
La noche del fin del mundo.. 81
Lisboa septiembre 1810.. 91
Octubre 1810, en la paz de la retaguardia.. 99
Frontera invierno 1810... 111
1664 SJC.. 119
En las entrañas de la tierra.. 129
Caza y fuga... 139
Frontera tomada.. 147
La batalla de fuentes de Oñoro.. 157
Las damas de hierro.. 177
Ciudad Rodrigo libre... 185
Entre Arapil chico y Arapil grande... 197
Este libro se terminó de imprimir en Sevilla durante el mes de junio de 2013

